

LA REVISTA NUEVA

Año III — Tomo VII

AÑO III—TOMO VII

LA

REVISTA NUEVA

PUBLICACION MENSUAL

Octubre de 1902—Marzo de 1903



SANTIAGO

IMPRESA MEJIA, NATANIEL, NÚMERO 65

—
1902

Es PROPIEDAD

MEMORIAS INEDITAS ⁽¹⁾

A través de esta llanura va el camino de Copiapó. Dejándolo de lado, nos dirigimos hácia el oeste para visitar las minas de Carrizal. Antes de llegar a ellas, quisimos reposar un instante cerca de una cabaña que encontramos en el camino.—Salió a recibirnos un viejo: una camisa negra i larga le caía hasta las rodillas, sin cubrir bien su grueso pecho, que no era mucho ménos negro, i en el cual brillaba una cruz de cobre amarilla; un gorro colorado de minero cubria sus grises cabellos; una faja negra le ceñía la cintura; pero llevaba las piernas i los piés desnudos. Nos saludó con aire taciturno; sin rehusarnos la hospitalidad, nos advirtió que habia en la cabaña dos enfermos de fiebre a quienes cuidaba. Nos hablaba como médico: de jóven, habia aprendido su arte entre los mineros i gozaba de gran reputacion. Los enfermos yacian acostados en el suelo de la cabaña, en donde no habia ningun mueble.

Hubimos de seguir nuestro camino, i pasamos la noche en otra cabaña, no ménos pobre, pero en la cual, por lo ménos, no habia enfermos.—El propietario, un viejo minero, me contó sus aventuras. Despues de muchos años de trabajar sin el menor éxito, Dios le habia

(1) Véanse los números 25 a 29 de LA REVISTA NUEVA.

permitido descubrir una rica veta de mineral de cobre. Ya se creyó rico.—Hice venir, me dijo, a mis sobrinos i nos pusimos al trabajo; en algunas semanas ganamos lo bastante para pagar las deudas i hacer las provisiones necesarias para continuar el trabajo, cuando de repente, me atacó una grave enfermedad que me obligó a guardar cama durante varios meses. Estuve desahuciado. Los sobrinos i los amigos me abandonaron: solo la mujer i los chiquillos quedaron cuidándome. Los que, por casualidad, llegaban a mi casa, huían rápidos, temerosos de contraer el mal. Yo, moribundo, no oía sino los gritos de los chiquillos hambrientos i los sollozos de mi desesperada mujer. Pero no olvidaba un instante a Dios i al Salvador; i El nos salvó a mi i a mi familia. ¿Cómo? ¿Por qué milagro? No lo sé; pero la desgracia pasó, i, cuando estuve convalesciente, fui a visitar mi mina de cobre; pero no encontré nada, ni huellas de la riqueza objeto de mis sueños: mis sobrinos me habian robado todo: no quedaba nada de esa hermosa veta de un metro; se lo habian llevado todo, i, ántes de abandonar la mina, para que me fuera imposible entrar, habian demolido las galerías i tapado la entrada con piedras. Regresé a casa—agregaba suspirando—triste, i ya nunca soñé en hacerme rico. Me puse a trabajar como *apir*, i hacen ya treinta años que todos los martes dejo la casa ántes de la salida del sol, para ir a las minas, distantes dos millas, i volver los sábados a la caída de la tarde. Gracias a Dios, mi mujer i mis hijos no carecen de pan, vivimos tranquilos i no siento ya deseos de hacerme rico.

Así son todas esas jentes del desierto, que viven ligadas por hondos sentimientos a ese pedazo de tierra

pedregosa, que prefieren vejetar en esa soledad, a vivir en una rejion poblada, en las ciudades, en los establecimientos ricos. Es que sienten satisfechos su orgullo i su ambicion al vivir rodeados de desiertos i de montañas áridas, sintiéndose dueños exclusivos, propietarios únicos de esa modesta cabaña, de las rocas que la rodean i de ese pobre arroyuelo estraviado, cuyo escaso caudal se seca a los rayos del sol si el propietario no lo aprovecha a tiempo para regar su pequeño jardin. Mui raras veces llega hasta aquí alguna pequeña caravana, proveniente de las fértiles llanuras de Huasco Alto o Elqui, a apaciguar su sed: se cambian dos palabras de saludo, otras dos de despedida, i nada mas: ninguna noticia, estas jentes no son curiosas! ¿Qué filósofo seria capaz de tanta paciencia i humildad para llevar semejante vida?

6 de Febrero.—A las ocho de la mañana he llegado a las minas de Carrizal, situadas a dos millas del mar, en la cumbre de una montaña diorítica que domina toda la comarca. Son minas de cobre, descubiertas en tiempo de los españoles, que pueden figurar entre las mas ricas del mundo.

Para quien no conoce este pais, es cosa realmente interesante ver por primera vez, en pleno desierto, una montaña de la cual se han apoderado los mineros. Mas de mil personas escarban la tierra a modo de topos, sacando minerales de cobre por valor de tres millones de florines al año.—El aspecto jeneral es triste: montones de piedras rotas, i fragmentos de rocas de pirita brillante como si fuera oro; miserables chozas de paja; fraguas; i, en la tierra, una cantidad de agujeros de los cuales salen continuamente los mineros medio desnudos, llevan-

do al hombro enormes canastos llenos de piedra. Luego que los vacian, entran a la mina por el mismo agujero, mientras que los mineros mas jóvenes, los muchachos, rompen a martillazos el mineral, separando i botando los pedazos inútiles. Los que sacan las piedras del interior de las minas, llamados *apires*, son ordinariamente jóvenes i robustos; otros, llamados *barreteros*, trabajan en el interior de la mina con una barra de fierro, un martillo i un saco, en que guardan pólvora, mechas i fósforos. Unos i otros llevan en la mano izquierda un palo, en cuya punta hai fija una vela que encienden ántes de entrar a la *boca mina*. Casi todos tienen, por lo jeneral, aspecto taciturno i hablan poco; sus ojos, negros como el carbon, rara vez miran hácia arriba; pero eso no impide que parezcan de carácter dulce i tranquilo.

Entre los mineros, ennegrecidos por la pólvora i el polvo, se pasea, grave i severo, el mayordomo de la mina, de piel ordinariamente ménos cobriza que los trabajadores, mas cuidadosamente vestido, siempre con un cigarrito encendido en la boca. Es la aristocracia, o mejor, la clase media de los mineros. El *caballero*, es el administrador, que no dirige sino mui pocas veces la palabra a los trabajadores, que, ordinariamente, solo le ven de léjos, leyendo el diario en la puerta de su casita blanca.

Todo está tranquilo i en órden; ni bullas ni disputas; solo se oye el ruido de las esplosiones, parecidas a cañonazos, en el interior de la mina, i la voz de los *apires*, que siempre dicen algo al salir de bajo tierra. En varios sitios, grandes fogatas hacen cocer en calderos la comida de los mineros. Gran número de mulas cargadas caminan en fila, en todas direcciones, llevando mineral despues de haber traído provisiones.

He pasado todo el día en estas minas, visitando de alto a abajo hasta sus mas profundas galerias, descendiendo por escaleras que en nada se parecen a las que he visto en Europa: aqui, la escalera es tallada en la misma roca, húmeda i resbaladiza, o bien es una simple pieza de madera sin labrar, en la cual hai, de trecho en trecho, estribos lo precisamente anchos para colocar apenas la punta del pié. I el todo, mal sostenido, poco firme; los estribos o escalones se mueven bajo los pies; no hai baranda para sujetarse, i si el pié resbala, es la muerte. Sin embargo, el *apir* desciende ájilmente por tal escalera hasta profundidades de doscientos metros, i sube por el mismo camino, llevando al hombro dos i a veces hasta tres quintales de mineral.—Triste es el cuadro que se presenta a los ojos del visitante que baja hasta el fondo de la mina: en una sombría caverna, cuyas tinieblas no alcanzan a ser disipadas por la amarilla luz de las velas, se oyen los golpes del *combo* del barretero, que, negro de polvo i cubierto de sudor, clava en la roca la corta barra de fierro, hasta hacer un agujero de quince centímetros, mas o ménos, de profundidad.—Despues de llenar ese agujero con pólvora, pone la mecha, lo tapa con arena i tierra, echa un hilo de pólvora desde la punta de la mecha hasta una distancia de algunos pasos, i le pone fuego, huyendo de prisa a refugiarse de tras de algun ángulo de la mina. Se oye una detonacion, la galeria se llena de humo, la roca estalla i cae en pedazos. ¡Triste vida la del barretero! Por instantes, calla el *combo*: el barretero, fatigado, respira fuertemente, entona una cancion de melodía triste i vuelve de nuevo a su trabajo de ciclope.

Despues de visitar casi todas las principales galerias

de este mundo subterráneo, salí de la mina i me puse a observar la superficie de la montaña, cuya descripción detallada fué publicada en los *Annales des mines* de París en 1851.

A causa de la escasez de agua i de forraje que hai en esta rejion, habia enviado a mi guia i a mis caballos de carga, por la mañana, a un lugar llamado Totoral, a seis millas de distancia. Al ponerse el sol, partí, solo, pues no pude encontrar compañero ni guia. Se me dijo que no habia sino un camino, o mejor, sendero que va derecho a Totoral i hasta el mar, a ambos lados del cual no hai sino desierto, barrancos i montañas, i que no se trataba sino de no perder ese sendero que a veces el viento cubre de arena.

En estas rejiones, a 30° de latitud, el crepúsculo es mui corto en verano; la noche llegó luego i ya no pude orientarme. No distinguia ni el camino ni los precipicios i debí confiarme al instinto del caballo para no perder la dirección. La noche era tan negra que un poeta la habria comparado al infierno de Milton. Era ya mui tarde, cuando, a traves de la oscuridad, distinguí una lucanita en el fondo de un barranco. En dos minutos, el caballo bajó la rápida pendiente que conducia a una casa, en la cual brillaba la luz. Rodeado por una brava jauria de perros, entré al patio en donde el dueño de la casa me recibió hospitalariamente. Con verdadera delicia acepté un canasto de bonitos duraznos i suculentas brevas, con los cuales me repuse de un dia entero de trabajo i casi de ayuno. No fué menor mi placer al respirar, despues del calor del árido desierto, el aire fresco, embalsamado por los árboles que rodeaban la casita.—Dormí, i al despuntar el dia, me despertó el canto del gallo.

7 de Febrero.—La casa en que acabo de pasar la noche, su jardincito i su pequeño campo de alfalfa, son un oasis en este desierto inmenso. El valle, que presenta un aspecto seco i árido, apenas pantanoso en algunos sitios, debe haber sido antes el lecho de un gran río: ahora llega hasta el mar sin derramar en él una sola gota de agua. Su desembocadura forma un puerto, llamado Pajonales, a donde de tiempo en tiempo llegan buques a embarcar minerales.

Estamos a 24 o 25 millas de Copiapó, i en toda esta distancia, segun nos dicen, no hai sino un pequeño manantial, a dos millas de aquí. Por eso los viajeros se ven obligados a atravesar de una sola jornada este terrible desierto, donde es tan fácil estraviarse como en la selva de Bialoviez.

Nos ponemos en marcha a las cinco de la mañana, con tiempo sombrío, cielo gris, naturaleza triste. Solo a eso de las nueve, los rayos del sol consiguen atravesar la bruma, i el viento que sopla del lado del mar, dispersa las nubes, demasiado débiles para luchar con el ardiente calor del sol, que nos deslumbra, nos ciega, nos quema. Me acuerdo de las palabras del poeta:—«Como los árabes quemados por el calor, echando furiosas blasfemias entre el fuego que los consume: vanas quejas!»

Nos encontramos en medio del desierto mas completo que puede existir i que es difícil describir. Podría creerse, quizás, que para mí, hijo de las praderas i bosques de la Lituania, el aspecto de un desierto debería ser triste i fatigoso; i, sin embargo, lo mismo que todo lo creado por la mano de Dios, este desierto no carece, para mí, de encanto i de grandeza.— Es una llanura cubierta de arena, ancha hasta perderse de vista, en la cual se

elevan majestuosamente gigantescas i negruscas montañas de granito, que la cortan en extensiones hasta de dos millas de ancho.—El camino está tan poco señalado, a causa de la arena que continuamente lo borra, que podría compararse a nuestros caminos durante el invierno, cuando se cubren de nieve. El guía solo se orienta por la forma de las rocas, que conoce; pero si por casualidad se pierde, rodaremos por las montañas días enteros, i las mulas i caballos se morirán de calor.

Los rayos del sol derraman sobre este suelo arenoso una claridad tan viva i la intesidad de su reflejo es tan grande, que el ojo no la soporta durante mucho tiempo i busca reposo en el azul del cielo, o en las lejanas cumbres de los Andes, cubiertas de nieves perpetuas. De cuando en cuando, encontramos el lecho de algun antiguo arroyo, cubierto de piedras i arena, como si ayer no mas el agua hubiera corrido por él, apesar de que desde tiempo inmemorial no se ha visto aquí ni correr agua en los arroyos ni caer lluvia. En materia de vejetacion, se ve brotar entre la arena un pobre arbusto seco, sin hojas, de tallo ennegrecido i torcido: el guía me asegura que esa planta, llamada *cuerno de vaca*, no está totalmente desprovista de vida, sino solo dormida, i cuando por azar, llega hasta aquí alguna neblina del mar, despierta, se cubre durante algunos días de verdura i en seguida muere otra vez por algunos años.

No se ven ni pájaros, ni mariposas, ni insectos de ninguna clase. Solamente, al medio día, distinguimos a cierta distancia del camino gran número de buitres, alrededor del cadaver de un caballo. Esas voraces aves tienen un olfato tan fino, que desde sus nidos de los Andes, van a distancias enormes, atraídas por el olor de

los animales extraviados que mueren de hambre i sed, i no los abandonan hasta que no les dejan sino los huesos. —Mas lejos, en un matorral de arbustos espinosos, se nos apareció la bonita cabeza de un guanaco, animal manso e inofensivo, el mas grande de los cuadrúpedos que los españoles encontraron en estas tierras cuando las descubrieron. ¿Que hace en este desierto ese animal tranquilo, serio, tímido, parecido por el color a las rocas i a los arbustos secos? Asustado por los gritos del guia, el guanaco se alejó tranquilamente, sin dejar de mirarnos con curiosidad.

A eso de las tres de la tarde, habiendo cambiado un poco hacia el occidente el rumbo, en la llanura, entre las montañas, se nos apareció a lo lejos un magnífico lago, claro, azul, que parecia brillar a los rayos del sol i rizar-se al soplo del viento. ¡Qué vista tan deliciosa para un viajero en medio del desierto! Avanzamos: todo desapareció. No era un lago, no era agua: era arena ardiente por el calor: miraje, espejismo.

El viento ha aumentado sensiblemente i sopla en corrientes cálidas. Las montañas del este, lijeramente veladas por la neblina, parecen separadas de la tierra, pues no muestran a la vista sino sus cumbres cubiertas de nieve. En la tarde me divierto observando un sencillo fenómeno, producido, se diria, para distraerme: se forman en el aire columnas cónicas de arena, siempre con la punta hácia abajo, i las bases, anchas, hácia arriba, semejantes a columnas de humo saliendo de una chimenea. Esas columnas de arena se mueven en todo sentido, jirando sobre sus ejes, se alargan, se achican, se inclinan, se balancean, hasta que acaba por deshacerlas un golpe de viento. Son pequeñas trombas inofensivas, que cons-

tituyen el único fenómeno revelador de movimiento i vida en este desierto.

Pero cuando el sol empieza a acercarse al ocaso i sus rayos, cayendo sobre las montañas, se reflejan en grandiosos colores de infinitos tonos, hasta que la noche lo cubre todo con su espeso velo, cuando bajo la bóveda estrellada las negras masas de las montañas aparecen doblemente gigantescas e imponentes, el viajero se siente conmovido, su alma se hace accesible a la palabra solemne que la naturaleza le dirige; el pensamiento, no distraído por la variedad de objetos que observar, no teniendo ante sí sino las masas de materia, preparada, se diria, para formar nuevos mundos, mundos infinitos, olvida las miserias i las pequeñeces i se complace en el desierto, en donde nada le impide orar i humillarse ante el Creador!

Durante todo el dia, no he encontrado a nadie, i despues de haber atravesado veinte millas de desierto, llegamos, de noche, al pié de una cadena de montañas, que separa este desierto del valle de Copiapó.

Felizmente, encontramos con facilidad la entrada del desfiladero que lleva directamente a la ciudad.

Bien que los caballos estén mui fatigados, seguimos nuestro camino, i a media noche nos encontramos en el hermoso valle de Copiapó.

IGNACIO DOMEYKO.

(Continuará.)

CONTRA EL FEMINISMO

Siempre he sentido una gran desconfianza hácia el intelectualismo femenino revelado en obras filosóficas i científicas, i confieso que aun en las obras de arte me cuesta algun trabajo convencerme de la existencia del jenio con faldas. No me resigno a creer que sea posible la igualdad completa entre la cerebracion del hombre i la de la mujer. Me he acostumbrado siempre a considerar perfectamente perfiladas las características de la actividad moral e intelectual, principalmente propias de los sexos. La constitucion moral de la mujer, mas sutil i compleja; su excesiva sensibilidad; sus aptitudes todas, preparadas i dirijidas por la sabia mano de la naturaleza hácia el amor i la maternidad; su papel social que, digase lo que se quiera, es el que el pasado i el presente le señalan, mas bien que el rol másculo, mas bien que el sistema casi viril, hácia el cual quieren desviarla los partidarios de ese movimiento absurdo que se llama el *feminismo*, que no es en sus exajeraciones sino el desbarajuste social, desde el punto de vista del hogar, como lo es el *anarquismo* desde el punto de vista de las instituciones consagradas i de la propiedad; todas estas consideraciones, i otras muchas, indican perfectamente el sendero por el cual están lla-

madras a ejercitarse las energías de la mujer. Una de las barrabasadas que en nombre del progreso se cometen, una de las mas injustificables i temerarias exigencias que se tiene so pretesto de *evolucion*, es esa reclamacion absurda de autonomia femenina, de igualdad de derechos a los del hombre en la vida política i social, de igualdad de aptitudes i ocupaciones. No quieren comprender los *feministas* que cada sexo es un valor indiscernible, i que la invacion del uno en las funciones del otro rompe la armonía, la solidaridad i aun la estética en la ecuacion de la vida social.

El bello sexo representa el sentimiento; el sexo feo, la intelijencia; la mujer, la belleza, el amor, el estimulo; el hombre, la lucha, la fuerza, el trabajo. Trocad las cosas i resultará una endiablada mescolanza, en la que los factores de la vida social se neutralizarán, llevando el infierno dentro i fuera del hogar.—¡Sois vanidosos, crueles i egoistas! No concebís nada que os aventaje. En todo quereis ser superiores: sois los mas fuertes, los mas enérgicos, los mas intelijentes, i no podeis admitir que intervengamos en la lucha por la vida, ejerciendo la misma actividad que vosotros, aun cuando poseamos vuestras mismas aptitudes. Quereis acaparar todas las ventajas de la civilizacion i que nosotras continuemos indefinidamente reducidas a la condicion de esclavas vuestras, escluidas de toda lei de progreso. Os subleva la idea de que podamos igualaros en intelijencia, educacion i prerrogativas; os subleva el temor de que sacudamos el cobarde yugo de las leyes sociales, hechas a vuestro antojo, i reivindiquemos para nosotras la emancipacion a que tenemos derecho.—Perdonadme, señoras, que opine en contra de vuestras desdichadas i erró-

neas aspiraciones. La ambicion de la mujer de contrariar sus instintivas tendencias, de reaccionar contra lo que su constitucion fisiológica i su naturaleza moral le determinan, i contra lo que cien siglos han impreso por lei de herencia, es la mas loca empresa i la mas opuesta a los propios intereses de vuestro sexo.

¿Cuál es la mas penosa labor de la Humanidad? La lucha por la vida. Pues bien, en la condicion actual de la sociedad, la mujer está eximida de esta terrible i fatigosa contienda por el pan. Esposa, madre o hija, es decir en los estados normales en que se encuentra, es cuidada, alimentada i amada por el varon. Se queja de la injusticia social, i sin embargo es la mujer quien ménos derecho tiene de quejarse de esta condicion cómoda, en la que sin esfuerzo disfruta el botin de la vida. Sí, se dirá; pero ¿i las desvalidas? ¿i las que no tienen marido, hijo o padre? Pues bien, las leyes no las han olvidado, i han creado industrias i labores productivas, que están en consonancia con la naturaleza femenina. Si esto es así, ¿qué ventaja proporcionaria a la mujer una mayor esfera de accion i un campo mayor de actividad, robado a las parcelas en que el hombre ejercita las enerjias propias de su naturaleza fisiológica i psicológica, enerjias educadas i bien encarriladas ya por el impulso adquirido en cien siglos de labor cada vez mas perfeccionada? En verdad que ninguna; mui al contrario: la estimacion, la idealidad, el estímulo, que vincula al hombre con la mujer, desaparecian, para dar lugar a una odiosa emulacion, a una rivalidad fecunda en desventuras. Fuera de que por la lei natural del predominio del mejor dotado, en esa lucha por la vida autonómica de los sexos venceria el varon i la condicion de la mujer seria peor, pues por un

lado saldría vencida en la competencia, i por otro, habria renunciado su derecho actual al amparo.

Otra aspiracion poco sensata de la mujer moderna es la de hacerse cerebral, con la pueril esperanza de encontrar en la vida del libro i de la pluma un campo de grandes delicias i satisfacciones. La intelijencia i la ciencia son una carga mui abrumadora para que pueda ser soportada por una linda cabecita femenina. En gran parte, los sufrimientos de la humanidad son debidos, precisamente, a las angustiosas dudas, a las decepciones i a la frialdad sepulcral que deja en el alma de los hombres el estudio. ¿Puede haber mayor dolor para el espiritu que la inutilidad de los esfuerzos por conseguir la verdad científica? ¿Hai desesperaciones mas agudas que las que produce el ver abortadas las aspiraciones i muertas las ilusiones acariciadas en un feliz i tranquilo estado de ignorancia? Este sufrimiento seria mayor en la mujer, cuya vehemencia de sentimientos al lado de una cerebracion normal débil, la conduciria a extravíos nerviosos o a un pesimismo altamente disociador, i lo que es peor, contajioso. I la experiencia comprueba esta aseveracion. Las mujeres que han sido cerebrales, no han podido resistir la hipertrofia de esa enerjia que ellas mismas se han estimulado i, por lo jeneral, ello las ha conducido al manicomio, a los excesos, a la neurosis, a la histeria, o por lo ménos a una libertad de conceptos tan nociva que concluye por vulnerar profundamente sus nociones morales i relijiosas. No todas las mujeres intelectuales se llaman Mme. Stael o Fernán Caballero o Emilia Pardo Bazán. I justo es que las cosas sucedan así, puesto que en el hombre sucede algo semejante. Con mayor razon ha de verificarse lo mismo en la mujer, cuyos sentimien-

tos son mas vivos i sutiles, cuya vida es mas orgánica e irreflexiva; por consiguiente, han de ser mayores i mas nocivos los desequilibrios producidos por el exceso de vida cerebral, i mayores los dolores del desencanto, de la duda i del fracaso. Hai otra circunstancia que hace peligrosa para la vida social la *tesis* feminista, i es la atrofia de muchos sentimientos, que se realiza cuando predomina la vida cerebral en una mujer: i son precisamente esos sentimientos que se atrofian los que la hacen mas amable, son aquellos de los cuales la mujer es el mejor depositario, aquellos que hacen que el varon estimule i refresque sus energías, que le hacen encontrar un consuelo i un descanso en el hogar i que, si se quiere, neutralizan en la prole los efectos mórbidos de las energías desgastadas. En la mujer cerebral, desaparece o se atenúa el sentimiento de la maternidad, diluido en las lucubraciones, análisis i esfuerzos de la produccion o de la asimilación científica, filosófica i aun artistica.

En una ocasion, hablando de este mismo tema con un amigo mio muy partidario de la tesis feminista, me respondió lo siguiente:—La mujer está dotada, quizá, si, en mayor grado que el hombre de sus mismas facultades, i muchas de ellas seguramente son mas perfectas. Es muy justo, pues, que la mujer reclame de la sociedad que no las deje improductivas, que no sacrifique sus aptitudes en aras del egoismo viril. Allí donde hai una aptitud es de estricta justicia que exista el derecho de ejercerla, siempre que ello no irroque perjuicio a los demas. Esto es elemental. Si te manifiestas tan *misógino*, tan enemigo de que la mujer tenga condiciones autonómicas de vida social i de que sepa pensar por sí, es pro-

bable, es seguro, que el tipo de mujer ideal que tú has imaginado es el de una mujer hermosa, bien constituida para la concepcion i lactancia de sus hijos, bruta como un par de zapatos, ignorante como un ladrillo, que sólo sepa hacer caricias a su marido, i que cuando abra la boca sólo sea para decir alguna sandez. Te confieso que no me halaga el tipo.—Esta observacion de mi amigo, estoy seguro que seria la misma que me haria, con irónica sonrisa, cualquiera mujer que leyera estas líneas.

Creo que entre el tipo de perfecta animalidad i las exajeraciones del *feminismo doctrinario*, hai un término medio discreto, racional i conveniente que, poco mas o ménos, está determinado por la actual organizacion social de los sexos. Hai un campo de accion cruda, de laboracion i lucha enérgica, de rigurosa actividad que requiere brazos i cerebros fuertes; pues bien allí está el hombre. Hai otro campo de accion suave, de elaboracion sentimental, de dulces luchas, en el que tambien se ejercita cierta actividad mental; pues bien, allí está la mujer. La labor de ambos es complementaria i armónica, i una intromision de funciones turbaría el orden i malograria los resultados. ¿Por qué creer que la intelijencia es superior al sentimiento? ¿Por qué creer que esta designacion de las esferas de actividad de cada sexo signifique una negacion a la mujer de intelijencia i al hombre de sentimientos? Simplemente afirmo que los campos propios para las respectivas actividades son los indicados.

El mayor daño, si la sociedad se resolviera a aceptar la tesis feminista, seria, no para los hombres, sino precisamente para la mujer; ellas serian las perjudicadas, pues adquiririan nuestros vicios i defectos, perderian sus poéticas virtudes, se harian desgraciadas con la preocu-

pacion de la lucha por la vida, que hoy no tienen o con la preocupacion de la ciencia, de que hoy carecen; amén de perder esa bella tendencia idealista, ese atrayente perfume de femineidad, esa deliciosa coqueteria, esa agradable preocupacion de la propia belleza; en fin, todo eso que los hombres no tenemos i que por lo mismo buscamos en el espíritu femenino. Cuando reine el feminismo, indudablemente la soltería será un estado civil que tendrá mucho mayor número de adeptos, porque el hogar conyugal dejará de ser una necesidad moral; será a lo sumo una necesidad comercial o una fría combinacion de esfuerzos para la realizacion de una especulacion científica o mercantil.

No es esto decir que la mujer deba prescindir de la educacion de sus facultades mentales; muy al contrario, creo que nada hai más agradable que la conversacion de una mujer de espíritu educado, de una mujer que lee, que reflexiona, que cultiva las artes i ejercita su criterio afinado i sutil en la apreciacion de las cosas, de las personas i de los hechos; en una palabra, creo que el *dilettantismo* femenino, sea simplemente artístico o tenga mayor amplitud, es el *desideratum* para el bienestar de esta pobre estirpe humana, en lo que hace a la relacion intelectual de los sexos. La inversion del orden social i el desbarajuste, vienen cuando la mentalidad del bello sexo intenta salir del *dilettantismo* para constituir un factor activo, una fuerza en la obra de la civilizacion.

Schopenhauer estampó en uno de sus libros este severo pensamiento sobre la mujer: «La mujer es un ser de cabellos largos i de entendimiento corto». Schopenhauer, filósofo huraño que habló mucho de las mujeres i las trató muy poco, tomó como cortedad de intelijencia

lo que en realidad no es sino diversidad de rumbo. La mujer, cuando la ocasion es adecuada, cuando se trata de asuntos del corazon, i de observacion sentimental, supera al hombre en intelijencia. ¿Quién negará los prodijios de análisis, de discrecion, de observacion, de acierto, de adivinacion i de prevision que realiza en determinadas circunstancias? *Cyrano de Bergerac*, en el drama de Rostand, dice a unas damas que aplaudian los versos de un mal poeta:

...Ninfas hermosas,
brillad cual astros, perfumad cual flores,
sed del sueño fantasmas seductores,
sed musas, a los vates obras bellas
inspirad... mas ¡por Dios, no juzguéis de ellas!

A modo de desagravio del concepto de aquel cascarabias aleman i del poco galante ditirambo, de ese feo narigudo de la Gascuña, haré presente que un gran filósofo frances, Descartes, decia que, por lo jeneral, tenia en mas estima el criterio de una mujer que el de un hombre.

Sois en realidad, oh mujeres, los verdaderos dueños del mundo; lo que llamáis vuestra injusta condicion inferior, es lo que os hace emperatrices del universo. Mas puede vuestro frágil abanico, que una espada; una sonrisa vuestra que una batalla, i un beso de vuestros labios que todas las lejislaciones del mundo. ¿Por qué queréis renunciar a todo ese formidable i oculto poder? Dejados a los hombres el derecho de realizar en el curso de la vida i en el desarrollo de la civilizacion, la obra de la actividad, la enerjía i la intelijencia, puesto que todo ello es para que vosotras disfrutéis cómodamente los beneficios que malograriais con vuestra intervencion activa.

Dejadnos a los hombres hacer la civilizacion; no metáis vuestras blancas i delicadas manitas, hechas para la caricia, en este rudo trabajo de forja: pesa demasiado el martillo i os sacaria ampollas en las manos i los callos las deformarian. Cuando hagamos ciencia i filosofia, callaos, porque una doctrina, saliendo de vuestros perfumados labios, que no entienden de mas filosofia que la del amor, lo echarian todo a perder, del mismo modo que echaríamos a perder el guiso de vuestra cocinera, vaciando en la cazuela un frasco de violetas. Cuando hagamos politica, cuando laboremos tópicos sociales, cuando, en una palabra, trabajemos en construir todos esos engranajes i mecanismos de la vida social, no queráis inmiscuiros en la labor, porque vuestros rostros adquiririan la espresion grotesca de una princesita de madrigal, que mascullase mal oliente tabaco de Virginia i soltara tacos i blasfemias como un contra maestre de barco ballenero. I lo peor no seria eso, señoras; lo peor seria que hariais encallar el barco.

CLEMENTE PALMA.

UNA APUESTA

La fina bruma de la mañana envolvía todavía la ciudad del Cairo, i los primeros rayos del sol doraban apenas las altas cimas de los árboles de la avenida.

Miss Edith, la encantadora turista americana, saltó del lecho i, el espíritu perdilo todavía en sus sueños, se frotó, para despertar, sus azules ojos entenebrecidos.

Llamaron a la puerta; entreabrió el postigo para ver quién era. Era el criado del hotel que le entregó una carta. Miss Edith recordó una apuesta que habia hecho la vispera con tres jóvenes.

—Está bien, dijo, ya bajo.

La apuesta era orijinal: debia, sin guia, escalar las pirámides i descender, cosa que jamas nadie se habia atrevido a hacer. I esos jóvenes, sabiendo que le seria imposible cumplir su palabra, le recordaban por broma su promesa.

Miss Edith apresuró su toilette. Se limpiaba los dientes, brillantes como perlas, cuando se detuvo, el cepillo en la mano, i se miró fijamente en el espejo.

—Si me dan vértigos, pensó, estoi perdida. Pero, bah! dijo luego, tranquilizada, no son tan altas las pirámides!

I acabó rápidamente los últimos cuidados de su coqueteria.

No hizo esperar mucho tiempo a los tres jóvenes que debían acompañarla. Solo uno de ellos, su propio hermano, se esforzó inutilmente por hacerla desistir del loco proyecto que la preocupaba.

Se pusieron en camino.

A la hora matinal en que el coche que los conducía atravesó el puente del canal, un sol radioso flotaba sobre las aguas. Todo dormía todavía, con escepcion de raros i furtivos camelleros, que tiraban por una larga cuerda sus sucias bestias cargadas de yerbas, que mujan, el cuello desesperadamente tendido.

Risueña i bromista, Miss Edith fué la primera que rompió el silencio.

—Si me caigo, dijo, no se olviden de mandar a mis padres, los trozos de mi cuerpo, numerados...

—Reflexiona, insistió su hermano; nadie se ha atrevido todavía...

—Querido hermano, replicó ella, si fuera una cosa vulgar, no habria ningun peligro en hacerla.

I luego, para cambiar el curso de la conversacion:

—¡Qué lindas están las praderas! Hoi, el sol parece derrochar sus rayos i la brisa sopla con inusitada dulzura; hemos escogido un día admirable.

Se calló, paseando sus miradas al rededor. Las palmeras, en grupos poco densos, ajitaban sus verdes penachos. Cerca de las chozas de arcilla de una aldea árabe, los viajeros hicieron detener el coche, para descansar un instante bajo los árboles. Las hojas crujían con lijeros estremecimientos a las caricias de la brisa i, en el suelo, en la verdegueante llanura, manchas de agua reflejaban una blancura plateada... En el pequeño puente de la aldea, apareció un Beduino. Como el co-

chero le hizo señas para que se acercara, el hombre avanzó i empezó a rogar a los turistas, en un inglés chapurreado, que le tomaran como guía en su visita a las pirámides. Aceptaron, i el coche se puso de nuevo en marcha. El Beduino, sentado al lado del cochero, miraba a Miss Edith con fija i silenciosa mirada.

Vastos campos de trigo, semejantes a olas ondulantes bajo el viento, balanceaban sus espigas maduras. Niños árabes, semi-desnudos, corrían detras del coche, pidiendo alguna moneda. Una voluptuosidad especial invadía a los viajeros. A la sombra de sus pestañas, doradas como los rayos del sol, se adormían los grandes ojos azules de la linda americana. El viento fresco penetraba en su chaqueta de seda, hinchándola suavemente; i, desbordándose bajo el sombrerito de paja, sus rubios cabellos caían sobre las alhajas de las orejas, rozando sus rosadas mejillas. Miss Edith estaba mas fresca que esa mañana de primavera: en sus labios rojos como cerezas, zumbaba una canción, como una mosca irritante. El Beduino se volvía para verla i no apartaba de ella sus grandes ojos codiciosos,

Ese hombre tenía la bella i delicada conformación de su raza. El bigote fino, retorcido, sombreaba sus labios pequeños, brillantes, i reproducía el elegante arco de las cejas. Su color era de café con leche. El turbante, de listas blancas i amarillas, adornaba admirablemente el óvalo de su rostro. El chaleco, de terciopelo rojo, abotonado hasta la barba, oprimía el nervioso cuello, i el manto blanco abierto por delante, dejaba ver sus pequeños pies, desnudos en babuchas encarnadas.

Se esforzaba cómicamente por hablar correctamente

el inglés, i designando el horizonte con un gracioso jesto de su brazo estendido:

—He aqui el desierto, dijo; nos acercamos; la arena amarilla nos lo anuncia.

Sorprendida por la novedad de su acento, miss Edith miró atentamente al Beduino; pero luego volvió la cabeza, procurando distraer su mirada en otra parte.

Cuando el coche llegó cerca de las pirámides, los viajeros quisieron primero visitar la Esfinje. El Beduino tomó a la jóven miss por el brazo, i al mismo tiempo que la ayudaba a bajar del coche, cojió su parasol, sin decir una palabra, i lo abrió para hacerle sombra. La jóven le permitió guardar tomado su brazo i ayudarla a caminar por una especie de parapeto de piedra, que bordeaba el arenoso camino, i sobre el cual no habria podido andar sin la ayuda de alguien.

Dieron la vuelta al rededor de la colosal i misteriosa estatua, que les miraba con ojos escrutadores. Las enormes patas inquebrantablemente apoyadas en la tierra, el gigante de piedra velaba dia i noche en el desierto.

Los turistas volvieron al camino de las pirámides. Rodeaban a Miss Edith, suplicándole que no espusiese su vida por una broma loca.

—Es peligroso, le decian, escalar esos bloques sin un guia. Un momento de vértigo, un paso en falso pueden ser mortales.

El Beduino les escuchaba, taciturno e irónico, a poca distancia del grupo.

—Cierto, dijo acercándose; os es imposible subir sola, señorita. Hai bloques informes i lisos, i a nosotros mismos nos cuesta trabajo franquear ciertos sitios.

La jóven le miró desdeñosamente i no respondió, fin-

jiendo no haber oído. Después dirigiéndose a sus compañeros:

—Cuando yo prometo alguna cosa la cumplo; no huyo, como las parisienses, dando gritos de pájaro asustado. Lo vereis: subiré hasta la cumbre i de ella arrojaré mi pañuelo.

En su tono decidido i firme, el hermano de Edith comprendió que era inútil pretender hacerla cambiar de resolución. Se acercó furtivamente al Beduino i le ordenó seguir a la jóven i vijilarla de cerca.

—Quedad tranquilo, le dijo el hombre, apoyando la mano abierta en el pecho; la seguiré paso a paso, ocultándome detras de las piedras, sin perderla un instante de vista.

I una llama de orgullo iluminó sus negros ojos.

—Confiad en mi, agregó.

*
* *

Como Miss Edith deseaba visitar primero el interior de las pirámides, tomó cada uno una bujía i se dirijieron a la entrada de la cripta, que es tan estrecha que debieron ponerse de rodillas para pasar. Miss Edith iba siempre guiada i sostenida por el Beduino. Sentía que la mano del árabe le apretaba con fuerza el brazo; el ardiente hálito del hijo del desierto ajitaba suavemente sus cabellos.

Apenas penetraron en el monumento funerario, se soltó de su guía i saltó sobre una piedra: quería respirar con libertad, pero la atmósfera espesa la oprimía. Algunos reptiles huían silbando por las junturas de las piedras. Miss Edith oía las voces de sus compañeros que, detenidos en el piso superior, se alejaban de ella.

El Beduino encendió un fósforo, i, con la mano, mostró el techo.

Una bruma azul envolvía a la jóven que, de pié entre dos piedras, parecia, vestida de blanco, una estatua de marmol. El hombre la contemplaba apasionadamente. En la embriaguez del hachih debía haber visto i deseado una virjen semejante.....

La presion de la atmósfera aumentaba. Asustada por la soledad, Miss Edith paseaba su inquieta mirada al redor de sí misma. Quiso volver sobre sus pasos, ya no tenia deseos de avanzar mas en el interior de la pirámide. El aire se hacia sofocante i pensamientos indecisos i raros la turbaban. Apresuró el paso. Viéndola dirigirse hácia la puerta, el Beduino volvió a tomarla de la mano i a guiarla.

Edith temblaba. El leve sudor de la mano del hombre obraba sobre sus dedos como un fluido magnético. Intranquila, trastornada, sentia imperiosa necesidad de encontrarse en pleno aire, a pleno sol.

Un instante, pensó que si el Beduino la estrechaba entre sus brazos, ella no opondría resistencia alguna, tan embotado estaba su espiritu i tan confusas sus ideas. Con los ojos húmedos, la cabeza ardiendo, se dejaba arrastrar hácia la puerta.

Al fin, se encontró en pleno aire. Cayó agotada sobre una piedra, la frente sudorosa, las rodillas adoloridas. Un instante, permaneció con los ojos cerrados. Luego, de repente, se levantó; habia vuelto en sí, sacudida por su orgullo nativo, irritada por haberse sometido a tales pensamientos.

Frunció las cejas, i volviendo la espalda al Beduino que de pié cerca de ella la miraba siempre, contempló,

con alguna impaciencia, la masa de las pirámides, i haciendo jirar entre sus dedos el parasol apoyado en el hombro, intentó subir por las primeras piedras.

De repente, oyó las voces de los suyos que le llamaban.

—¿Por qué no subiste con nosotros? le preguntó su hermano.

—La pesadez de la atmósfera me hizo mal, contestó sumisamente.

—Pues si no te encuentras bien, no cometerás ya la locura de subir sola a la cumbre de la pirámide.

—Cumpliré mi palabra, respondió la jóven; ya lo verás, venceré.

—*All right!* exclamaron los jóvenes, estrechando la mano de Edith. Este es el valor que solo tienen las mujeres de nuestra raza.

*
* *

Miss Edith subió, primero, brincando de piedra en piedra, con gran ajilidad, mientras sus compañeros la seguían anhelosamente con la vista. A cada rato, Edith se detenía, miraba, dudaba; luego, seguía la ascension.

Cuando la vió a gran altura, el Beduino se quitó el manto i las babuchas, i empezó a escalar la pirámide con ajilidad de gato. Escondido detras de Edith, espiando sus menores movimientos, la seguía, arrastrándose suavemente.

Reinaba en el desierto un silencio tranquilo. El sol de mediodia inundaba con su luz cruda la inmensidad de las arenas, haciéndolas brillar como oro. Solo se oía, a lo léjos, el ronco mujir de los camellos, a quienes los muchachos pegaban en las patas delanteras para que se arrodillaran.

La joven desapareció un instante a los ojos de sus amigos; luego reapareció. Cerca de la cumbre, no parecía ya sino un pequeño objeto negro i movable. Había alguna inseguridad en su marcha. Movimientos anormales sacudían su cuerpo. De repente, se detuvo en la cima de una piedra; con la mano en la frente, miraba al cielo, sin atreverse a mirar a la tierra. Imposible ir mas lejos. Hizo un movimiento como para buscar un apoyo. Vaciló sobre sus pies.

Pero el Beduino estaba allí: se alzó de repente ante ella i le tendió la mano para sostenerla. Edith vió su mirada inexplicable, que deseaba, suplicaba, codiciaba. Se estremeció violentamente; su espíritu se llenó de espanto; i queriendo huir el contacto de la mano del Beduino, rodó en el vacío.

Destrozada por las piedras en su rápida caída, cuando llegó abajo, su cuerpo era solo un monton de carne palpitante i hecha pedazos.

I una larga raya roja brillaba en la pirámide.

MARIA SEVADJIAN.

(Armenia)

Dreyfus ante el cadáver de Zola

Allí está el prisionero miserando
Cuyo seno rasgó cuchilla aguda,
I a quien envuelve en oprobiosa duda,
I a aleve trama del inicuo bando;

El tendido cadáver contemplando
De su egrejo adalid, con pena muda;
Del gladiador que en la palestra ruda
Combatió jenerosa al mónstruo infando!

¡Cuadro siniestro i a la par sublime!
Un símbolo fatidico él encierra
Que a todo noble corazón oprime:

Del Bien i el Mal en la perenne guerra
Do el crimen triunfa, la Justicia jime
I su vuelo levanta de la Tierra!

NUMA P. LLONA.

Lima, Octubre de 1902.

UNA VISITA A ZOLA

Una gran casa con el doble portal siempre cerrado. Al traves de los espejos, sin azogue, de las ventanas del piso superior, brilla el bronce de las lámparas, i entre los tapices antiguos se destacan, como manchas de nieve, brazos de mármol, cabezas de estatuas; los amigos mudos i eternamente bellos que acompañan al artista en su soledad.

El timbre estremece el augusto silencio de casa señorial, i al abrirse la puerta recibe el visitante una bocanada de esa atmósfera de los museos, hálito del amontonamiento de cosas antiguas, que parece la respiracion de la Historia.

Las jardineras del portal son sarcófagos romanos, con teorías de amorcillos i plañideras, en cuya cavidad marmórea, de un suave color de ámbar, crecen las plantas sombrías; las paredes desaparecen cubiertas por telas vistosas, relieves de altares, frontones escultóricos de la Via Apia i cuadros modernos de pintores revolucionarios, que sostuvieron al lado del maestro la tenaz batalla contra las tradiciones artísticas.

En un gran lienzo, frente a la escalera, la Verdad surge del pozo con su espléndida desnudez, i se retuerce entre los brazos de un esbirro enmascarado que preten-

de hacerla suya. Es el símbolo de la vida del gran artista.

Soriano i yo subimos, guiados por un criado, hasta el famoso estudio del maestro, pieza medioeval, con gigantesca vidriera gótica, tantas veces reproducida por la fotografía i el grabado. Antes de haberla visto, los admiradores de Zola estamos ya familiarizados con ella, como si fuese la habitacion donde venimos a la vida. Detras de los cortinajes, de impenetrable espesor, se adivina el dormitorio con su famoso lecho como un monumento rodeado de verja dorada, i las demas habitaciones de un lujo artístico i antiguo, amontonado por el novelista a punta de pluma, con el frio i rabioso deseo de vengarse de los años de miseria sufridos en el barrio Latino.

Un paquete de negras lanas pasó arrastrándose por debajo de los tapices, i saltó en medio del estudio un gosquecillo de ojos de diamante, delatando con su ladrido alegre i su gordura satisfecha el bienestar de las bestias que acompañan a un matrimonio sin hijos. Cuando mas ocupados estábamos en defender nuestros pantalones de sus saltonas patas, una mano cuadrada, fuerte, de piel rugosa, levantó el cortinaje; avanzó despues una manga de lana azul, i en el oscuro cuadro de la puerta brillaron unos lentes. Estábamos en presencia del maestro.

Cada hombre siente su idolatría. Yo he visto soberanos i aspirantes a reyes por los que se esterminaron miles de hombres en los campos de batalla, i su presencia solo ha despertado en mí un compasivo desprecio para los que se entusiasman con los prestijios del nacimiento. Un dia por casualidad, sorprendi en los jardines del Va-

ticano a Leon XIII, en plena vida vulgar, examinando el trabajo de sus hortelanos, que le construian un parterre a la inglesa, i solo conservo el recuerdo de un viejecillo ágil i enjuto, sin que me impresionase su poder, que pesa sobre muchos millones de conciencias, i la consideracion de que es el verdadero señor de nuestro país, pudiendo disponer a su antojo de la suerte de España. I sin embargo, la adoracion idolátrica, el anonadamiento admirativo, surgió en mí en presencia de un escritor que llena con su nombre el mundo, pero vive aislado en pleno Paris como un leproso, i es para la mayoría de los franceses el *sans patrie* indigno de que se reconozca su talento; el «cerde triste.»

Habia oído hablar de un Zola poco comunicativo, encastillado en una frialdad altanera, contemplando el mundo desde lo alto de su torre de marfil, i veia junto a mí un señor casi jóven i fuerte, a pesar de sus sesenta i dos años, con la mirada alegre, hablando con una vivacidad que muchas veces da a su voz una agudeza de chillido, haciendo rodar maquinalmente las gruesas sortijas de su meñique i acariciándose la melena gris, fuerte i puntiaguda, en torno de su frente, enorme, descomunal, sobrehumana, que parece abrumar con su peso las facciones, dándolas un lejano perfil de caricatura.

Los grandes hombres se humanizan descendiendo a la calle para tomar parte en las luchas del momento. El Victor Hugo anterior a 1848, solemne como un oráculo majestuoso como un semidios, rodeado de una pequeña iglesia de elejidos, en nada se parece al viejo republicano de blanca barba, que despues de pasar por las barricadas del 2 de Diciembre i las amarguras del destierro, fué el abuelo bondadoso de los niños i los pobres de

Paris. El Zola enfurruñado i cerdoso de otros tiempos no existe; i tras las ruidosas sesiones de su proceso, la agresion del camino de Versalles i las rudas batallas para poner «la verdad en marcha», queda un hombre, triste ante la humana estupidez, que recibe con sonrisa bondadosa a los que llegan hasta él rompiendo el cerco del *chau vinismo* irritado.

Nos hablaba de su famosa casa de Medán, diciendo que habia preferido venir a Paris para recibir nuestra visita.

—El ferrocarril pasa lejos del pueblo; hai que seguir un camino vecinal mui malo, i con estas lluvias.

Se oia su voz como al traves de una nube. El estudio se poblaba rápidamente de seres; todo un pueblo, todo un mundo animado por fantástica vida, penetraba por las góticas vidrieras, se filtraba por los tapices, pasaba por entre los cortinajes sin moverlos; ante mis ojos desfilaron el ministro Rougon, con su bordada casaca; Sacard, el intrigante, con su sonrisa de explotador sin entrañas; el atormentado pintor de *L'Œuvre* i la lavandera de *L'Assommoir*; la irritada muchedumbre de *Germinal* i el resignado rebaño rojo i azul de *Débauché*; todos los innumerables personajes de epopeya zolesca, i yo contemplaba con religiosa admiracion la mano cuadrada, de floja piel, que habia sacado de la nada tantos seres, mano omnipotente que en aquel momento, con la nerviosidad de la inaccion, afirmaba los lentes sobre la gruesa nariz o se perdia entre los mechones de la cabellera entrecana.

—Amo al pueblo español como a todos los paises latinos, i me interesa mucho su suerte. ¡Lástima que por desconocer el idioma no pueda seguir mas de cerca sus

progresos! Se bien que hai una España moderna, que trabaja i estudia, i sigue el movimiento europeo. El dia que abandone las letras para descansar, como los tenderos que se retiran de su establecimiento, iré a España. Yo viajo poco: el hábito del trabajo regular, continuo, me hace sentir miedo a los viajes. Mi mujer va a Italia todos los años; yo solo he estado allá una vez, para documentarme cuando escribí *Roma*, i otra vez en Inglaterra, huyendo de la ajitacion nacionalista. No me atrae la España pintoresca i monumental: despues de lo que escribieron Merimée, Dumas i Gautier, poco queda que decir; pero deseo ver Barcelona, Valencia, Bilbao, la España revolucionaria i moderna, que tan cariñosamente me animó durante mi lucha por la justicia..... Vuestro pais tiene un hermoso porvenir. Libre de guerras por la pérdida de las colonias, puede dedicarse tranquilamente a su educacion. Sufre, como Francia i todos los paises latinos, dos males históricos: el clericalismo—pero esto se cura con el tiempo—i la instruccion.

Reconcentró su pensamiento un instante i añadió con viveza:

—Los pueblos latinos aun pueden ser, como en otros tiempos, los directores de la humanidad. Se han apartado de su camino, i de ahí la decadencia. El norte impera por la fuerza. Queremos imitarle, esforzándonos por conseguir su importancia militar, i nos sacrificamos inutilmente sin otra esperanza que la de ser vencidos. No; los meridionales debemos ser grandes por el pensamiento. ¿Ellos tienen la fuerza? Pues nosotros la idea; oponiendo la escuela para todos al cuartel para todos, veríamos quién vencía..... No soi contrario a la existencia del ejército, como han supuesto mis enemigos.

Para que Francia cumpla su mision de guiar a la Humanidad con el pensamiento, precisa, ante todo, que exista, que tenga un ejército que la guarde; pero de esto al militarismo imperante, a soñar en conquista, va mucho. Yo quiero un ejército para la conservacion del pais, no para la accion exterior.

Gastamos la mayor parte de nuestra fortuna en preparativos de guerra, i la nacion decae i se interrumpe la serie de pensadores que hizo universal la gloria de Francia. Si fuésemos grandes por el pensamiento, nuestra propaganda penetraria en el norte, desmenuzando las bases de esas monarquias enormes, de esos imperios góticos, eterna amenaza de la libertad humana, i el triunfo seria nuestro, al derribarlos sin que se diesen cuenta.

Habló de su ensueño de una confederacion de los pueblos latinos, constituidos en repúblicas i libres para siempre de las cadenas históricas, e insensiblemente fué cayendo en el recuerdo de la cuestion Dreyfus. Aquí la voz perdió su agudo tono de clarín, sus ojos se tornaron opacos i se contrajeron los surcos de su frente.

—Nos engañamos—dijo con tristeza.—Creimos que el pueblo era mas ilustrado e independiente. Al ver el pais lanzado en la injusticia por los reaccionarios, nos deciamos con ciego optimismo: «El pueblo no conoce la verdad; el día que se la mostremos vendrá a ella...» I al enseñarle la Verdad, ya saben ustedes lo que hizo.

Hablaba con tono dulce i resignado, que hacia mas imponente su tristeza, i al evocar el recuerdo de aquella lucha sin entrañas, creia yo que iba a estallar de nuevo en la vecina calle el vocerío del populacho pidiendo la muerte del mas grande de los franceses, o que entre el rodar de los carruajes sonaba otra vez el grito de los

vendedores callejeros pregonando papeles con toda clase de infamias contra Zola i su familia.

Para alejar tristes recuerdos hablamos de sus futuras obras.

--Después de *Fecundidad i Trabajo* habia comenzado *Justicia*, i llevaba escrita una tercera parte. Pero el andamiaje de *Justicia* es el proceso de Dreyfus, i este asunto se haya mui caliente en el recuerdo de todos para que no sucite de nuevo la cuestion del militarismo, creando un ambiente de pasion en torno de la novela. He preferido dejar *Justicia* para el final de la serie i ahora escribo *Verdad*, una novela sobre la enseñanza, atacando la intrusion de los religiosos en las escuelas. El proceso del hermano Flaminio sirve de fondo a la obra, i en ella pretendo demostrar el absurdo que es someter la enseñanza a hombres perturbados por una castidad forzada ¡La instruccion! ¡El único recurso de la humanidad para salvarse de los conflictos que hoi la agobian!...

Hablamos despues de los novelistas extranjeros; hizo grandes elojios del traductor Herelle, por haber dado a conocer, en Francia, primero, a los autores italianos, i ahora a los españoles; recordó con entusiasmo su corto viaje a San Sebastian, hace algunos años, cuando le sirvió de acompañante i guia Rodrigo Poriano, i al despedirnos, despues de recibir de sus manos un retrato con cariñosa dedicatoria, nos acompañó hasta la puerta de calle.

—Digan ustedes a todos los que en España trabajan revolucionariamente, tanto de pensamiento como de accion, que estoí con ellos. Soi viejo; mi obra va a terminar, pero mi pluma i mi esfuerzo están al servicio de mis hermanos de raza.

En la escalera nos detuvimos ante un relieve enorme, de madera pintada; un pedazo de altar, con un obispo a caballo, espada en mano, atacando a la morisma.

—Es de origen español—dijo el novelista, sonriendo. —España no ha cambiado mucho.—Los obispos aun esgrimen la espada, i ustedes ocupan ahora el puesto de los moros.

Al despedirnos, en el portal, su voz tomó una entonación enérgica:

—Valor i constancia para la lucha. «La verdad está en marcha i nadie la detendrá». Ustedes, que son jóvenes, verán realizarse muchos ensueños.

Al sentir sus manos entre las mias experimenté el irresistible impulso de la adoracion, i trémulo, sin saber lo que hacia, me incliné, besándola rápidamente. Su delicadeza le hizo permanecer impasible para no aumentar mi turbacion; pero al levantar la vista me encontré su mirada, una mirada indefinible, que aun la veo, que la veré siempre.

Sali a la calle con paso inseguro, zumbándome los oídos, atolondrado por la emocion, i por última vez miramos el cerrado hotel, ante cuyas ventanas lanzaban hace dos años sus ruidos de muerte los grupos inconscientes, azuzados por ciertos escritores que encuentran en la invencion del nacionalismo la fama que les negaron las letras.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Valencia, Julio de 1902.

Cartas de D. Juan B. Alberdi a D. Manuel Montt ⁽¹⁾

Valparaíso, 27 de Mayo de 1846.

Señor de todo mi respeto i amistad: con el anuncio que Ud. se sirvió hacerme dias pasados de que la impresion andaria mas breve en adelante, llego a temer que la causa por qué no vienen pruebas hace muchos dias sea quizá algun extravio de ellas, padecido sin que Ud. ni yo tengamos noticia. He creido, por si tal cosa ha sucedido, que Ud. tuviese conocimiento de ello.

No sé qué impresion habrá hecho a Ud. la nueva redaccion del *Mercurio*. El jóven que la lleva profesa una adhesion decidida a los hombres i a la marcha de la administracion actual. El mismo conoce los inconvenientes con que tiene que luchar por falta de conocimiento del país; por lo que estoí seguro que tendrá placer en recibir las indicaciones con que alguna vez se le favorezca para tratar sobre aquellas materias que parecieren oportunas i convenientes.

El otro día tuve el placer de recibir una carta de Ud. en la misma fecha en que debió llegar a sus manos otra mia, que respondia en cierto modo a los conceptos con-

(1) Véase el número 30 de LA REVISTA NUEVA.

tenidos en la de Ud. por la cual circunstancia creí deber librarle de la molestia de escribir otra mas, que solo servia para interrumpirle sus graves atenciones.

Tengo placer, señor, en repetirme de Ud. su afecto servidor i amigo q. b. s. m.

J. B. ALBERDI.

Valparaiso, 4 de Junio de 1846.

Señor de toda mi estimacion i respeto:

Llego a casa a las 3 de la tarde i me encuentro con la carta que Ud. se ha dignado escribirme. Son tan justas las observaciones en ella contenidas, que no me disculpo i antes me reprocho yo mismo la falta a que talvez me ha conducido la fuente parcial en que he tenido que recoger los datos para la redaccion del trabajo biográfico. Retocaré, señor, con el mayor placer los lugares indicados; i remitiré la prueba inmediatamente. La noble i jenerosa induljencia con que Ud. se sirve esponerme sus justas observaciones, son un nuevo motivo de alta estimacion i profundo respeto que me complazco en tributarle.

Soi señor de Ud. mui atto i SS. q. b. s. m.

J. B. ALBERDI.

Valparaiso, 5 de Junio de 1846.

Mi mui respetado i querido señor:

Devuelvo la prueba con las pequeñas adiciones que someto a la crítica de Ud.—Temeroso de retardar el

trabajo de la impresion, i mas que todo queriendo conservar la unidad del estilo lacónico i breve que he puesto en todo el curso de la redaccion, me he inclinado a no hacer mas agregaciones, por otra parte arriesgadas, pues no teniendo el orijinal todo en mi poder es fácil incurrir en redundancias, con tales agregaciones.—Creo, si mal no recuerdo, que en las pájinas siguientes a las de la adjunta prueba lleno en parte la indicacion de Ud.—Puede valer tambien para reparar en algo esta falta la reflexion que hago en el nuevo párrafo que va.—La consideracion de que el trabajo está destinado para leerse en paises i tiempos distantes de los hechos, me ha conducido a dar laconismo i brevedad a la narracion a fin de hacer la lectura mas llevadera para los indiferentes.—Tambien ha debido tener parte en lá manera con que a veces espongo ciertos hechos, la circunstancia de haberme servido del *Diario* de Placencia i la falta de esplicaciones por parte del señor Jeneral i de otros jefes concurrentes a la campaña.

De todos modos Ud. no debe omitir indicacion interesante alguna, porque siempre podremos retocar en algo los vicios de una redaccion con tanta prisa i escasez de medios auxiliares ejecutada.

Soi, señor, de Ud. mui amigo i obsecuente SS.
q. b. s. m.

J. B. ALBERDI.

Valparaiso, 15 de Junio de 1846.

Se ha de servir Ud. dispensarme de no haberle contestado ayer mismo al recibir la que ha tenido la bondad de dirigirme. Debiendo agregar a la prueba remitida al-

gunas cosas, de acuerdo con lo indicado por Ud. tuve que tomarme un día mas.

Van por fin ahí, mi querido i respetado señor, las breves adiciones que he podido hacer conformándome a las mui discretas i delicadas observaciones que Ud. se sirve hacerme en su carta de ántes de ayer. Me felicitaria de saber que ellas llenaban el objeto deseado.

He agregado algo nuevo sobre el *arco de triunfo* que no sé si Ud. encontrará oportuno.

La segunda modificacion de las dos propuestas por Ud. me parece que deja el sentido del párrafo tal cual convendria que apareciese concebido a los lectores de fuera de Chile, i sobre todo de fuera de América.

Soi, señor, de Ud. mui amigo i obsecuente servidor
q. b. s. m.

J. B. ALBERDI.

Valparaiso, 18 de Junio de 1846.

Señor de toda mi estimacion i respeto:

Pondré todo mi empeño personal a fin de que se practiquen las indicaciones que Ud. se sirve proponerme, del mejor modo posible.—Encuentro mui acertada la medida de hacer alli mismo la correccion de las pruebas, pues de otro modo es imposible que en todo el mes aparezca la impresion.

¿Qué carátula pondremos, señor, a ese trabajo? Yo creo que lo mejor seria llamarlo sencillamente por su verdadero o aproximado nombre, es decir:—

«Noticia biográfica de D. Manuel Búlnes, Jeneral de division de la República de Chile.» O bien esta otra:

«Biografía del Jeneral D. Manuel Búlnes, actual Presidente de la República de Chile.»

Por lo demas, como autor del trabajo pongo absolutamente en manos de Ud. el decidir si es conveniente que vaya al frente un nombre responsable. Si conviene, en efecto, que las publicaciones referentes a la historia no aparezcan anónimas; tambien es cierto que las vá mejor el anónimo cuando no cuentan con un nombre de autor revestido de suficiente prestigio i autoridad. No es falsa timidez, señor; pero le protesto que considero la vida del Jeneral Búlnes asunto para mejores plumas que la mia.—Por lo demas, léjos de causarme temor, me reputaré honrado en decir bajo mi nombre en todas partes i tiempos lo que he dicho en ese trabajo del Jeneral Búlnes, de Chile i sus negocios públicos. Sirvase Ud. hacer sobre esto lo que halle mejor.

Soi, señor, de Ud. mui amigo i afectisimo SS. q. b. s. m.

J. B. ALBERDI.

Valparaiso, Junio 19 de 1846.

Señor de todo mi respeto:

Talvez no he sido bastante esplicito en mi carta de ayer acerca de un punto relativo a la publicacion por hacerse, sobre el que deseo remover a la delicadeza de Ud. todo escrúpulo que pudiese embarazarla. Quiero hablar, señor, de si debe o nó llevar mi nombre de autor el trabajo. Como su publicacion tiéne por objeto i fin una mira séria, creo que todo en él debe subordinarse a esta consideracion: es decir a la consideracion de la conveniencia política. En este sentido, si Ud. halla inconve-

niente el que un individuo extranjero al país firme i responda de la verdad de lo asentado en la biografía, Ud. no debe tener la mas lijera dificultad en hacerla aparecer anónima ni temor de contrariar consideracion alguna de amor propio de mi parte, pues no lo tengo a buen seguro, en este punto; i si me gozaré en que la cosa se haga de modo que el resultado sea el mas eficaz posible.

Si es innecesario este paso que doi me felicito de ello; i si por el contrario conduce a remover alguna dificultad formada por la benignidad de Ud. me felicito mas todavía.

He visto ya al señor Gómez, i va a dar principio con el mayor gusto al trabajo indicado. Yo le prestaré todo el apoyo que pueda.

Perdon, señor, si prolongo esta carta mas de lo necesario. El comisario de la estación naval francesa, hombre distinguido, acaba de visitar una provincia interior de Chile. Ha escrito mucho i se propone publicar algo en Europa. El resultado de sus observaciones es: que ha encontrado el país a una altura que no esperó, i que la accion de la administracion está a mucha mayor altura que la de la sociedad misma.

Soi, señor, de Ud. mui atto. SS. q. b. s. m.

J. B. ALBERDI.

Valparaiso, 26 de Junio de 1846.

Mi respetado i querido señor:

La carta de Ud. que tengo el placer de recibir hoy, me sirve de la compensacion mas bella a que podia aspirar por el lijero trabajo de la biografía.

No me admiro, señor, de las supresiones hechas por Ud. con tanta justicia, sino de que no hayan sido mas numerosas, pues siempre conté con que un trabajo ejecutado tan precipitadamente contuviese multitud de cosas dignas de correccion.—Por lo demas, esas alteraciones por sí solas dan a la colaboracion de Ud. en el trabajo publicado tanta o mas importancia de la que puede tener la parte desempeñada por mí.

Lo que no le dispensaré, señor, es la supresion que me ha hecho de lo relativo a su persona, pues en ello la modestia de Ud. ha cometido una notoria injusticia, que solo olvidaré cuando algun dia me permita ordenar i dar a luz sus trabajos comenzados sobre Derecho Romano.

Si pudiera yo hacerme, aunque en escala proporcional, el Timon de los oradores de Chile! A nadie tendria mayor desco de cortarle un vestido majestuoso i solemne que al señor Egaña, por cuyo talento i calidades de hombre público abrigó una adhesion decidida. Ese personaje es símbolo de una idea politica que conviene rehabilitar en América.

Perdóneme la bondad de Ud. i cuente con la invariable i respetuosa amistad de su obsecuente servidor.

J. B. ALBERDI

Valparaiso, 26 de Junio de 1846.

Despues de escrita la que Ud. recibirá junto con esta, i de puesta en el correo, he tenido la triste noticia de la muerte del señor Egaña (1) i como en la otra em-

(1) D. Mariano Egaña, que falleció el 24 de Junio i que era mui amigo del señor Montt.

pleaba yo palabras a él referentes, en tono un tanto festivo, me apresuro a dar saber a Ud. esta circunstancia cuyo no conocimiento pudiera inducir en la creencia de que no valoraba bastantemente la pérdida de un hombre tan notable como el señor Egaña. He aquí una pérdida, señor, que equivale a una calamidad para el Estado; i no lo es ménos para mí que me habia propuesto sacar material de útiles trabajos de su comercio intimo. Considero, señor, lo que habrá Ud. tenido que sufrir con tal accidente.

Como siempre, señor, soi de Ud. S. SS.

J. B. ALBERDI.

Valparaiso, 11 de Julio de 1846.

Señor de mi alto respeto i decidida amistad:

Ayer tuve el placer de recibir la que Ud. se sirvió dirigirme datada en 9 de este; i por no limitarme a una simple acusacion de recibo diferí hasta hoi la presente, en que ya podré contestar mejor a los puntos de su favorecida.

No quise privar al señor Valenzuela del gusto natural que debia causarle el saber la impresion que en Ud. hizo el artículo referente a su conducta como juez i me tomé el permiso de leerle algunas palabras de Ud. que le dejaron visiblemente contentisimo.—Me confirmó la opinion de Ud. de que en efecto el proceso de Gomez ministra datos para la refutacion indicada por Ud.; me los ha prometido todos. Yo los pondré en manos del señor Gomez, quien sacará de ellos el provecho posible, como tambien me lo ha prometido ayer.—Desprovisto

él de otros datos, como lo estoi yo mismo, para entrar en una contestacion entera, le pedi ayer algunos al señor U. Garfias, i me los ha prometido. Escuso agregar a Ud. que no le informé de que Ud. me hubiese escrito cosa referente a esto.

La victoria electoral es por acá un asunto pasado en cosa juzgada; i lo peor para la oposicion es que ahora nadie le halla razon para que se hubiese opuesto a una reeleccion tan obvia i juiciosa.

Mil gracias, señor, por la noble solicitud que Ud. me manifiesta en saber lo que pienso de mi destino personal. Decidido a ser chileno, visto el estado de mi pais, preferiria la capital o Coquimbo, en caso de instalarse allí Corte, por punto de mi estable residencia, porque Valparaiso me entristece el ánimo i estenúa el cuerpo; i pudiendo conciliar con el ejercicio de mi profesion otro quehacer, me ocuparia con gusto de todo aquel en que me fuese dado retribuir a Chile los beneficios de su jenerosa hospitalidad i corresponder a la confianza con que Ud. me ha distinguido hasta hoi.

Sírvase Ud. favorecerme con su honrosa correspondencia i disponer de toda la adhesion personal por Ud. de su amigo i atento SS. q. b. s. m.

J. B. ALBERDI.

Valparaiso, 16 de Julio de 1846

Señor de toda mi amistad i respeto:

El señor Gomez tomará con gusto la parte que se quiera en la refutacion del artículo de correspondencia

que publica hoy su diario; (2) si Ud. piensa que convenga impugnar los acertos contenidos en ella, puede hacerme enviar algunos datos que transmitiré a aquel señor.

Esa correspondencia me ha indignado sobremanera por la parte en que con tanta cobardía se bate al pobre Sarmiento, distante tres mil leguas. (3)

Tengo ya en mi poder los datos del proceso de Go-

(2) *El Mercurio*.

(3) En esta correspondencia, se defendía a don Joaquín Tocornal contra ciertos conceptos del *Progreso* de Santiago, que, al analizar la vindicación recién publicada en Lima por D. Pedro Félix Vicuña no se había expresado acerca del señor Tocornal con la consideración que, según el articulista, se debía a sus méritos; i atribuía esta falta de consideración a las tradiciones dejadas en *El Progreso*, por su antiguo redactor, señor Sarmiento. «Para el redactor, dice, que lejos de nosotros, i Dios quiera que siempre lo esté, saborea ahora sus ganancias, (*el señor Sarmiento viajaba en Europa con una comisión honorífica del Gobierno de Chile*), era una ocupación laudable cuanto podía agriar a personas inocentes. Nada era vedado para él: la religión, la moral, los sanos principios fueron más de una vez hollados, calumniada la juventud a quien osó presentarse como modelo, i llevando la mordacidad hasta el último extremo, fué a desgarrar el corazón de una monja septuagenaria (*la monja Zaharín*) i remover las cenizas de un hombre ilustre (*alude al juicio necrológico que el señor Sarmiento escribió con motivo de la muerte de don José Miguel Infante*). No es bastante decir que llevó la mordacidad hasta el último extremo, porque los asilos de la inocencia i de la virtud parecen separados del mundo i el eco impuro que se pierde en la muchedumbre no debía penetrar en el santuario de las virgenes.» Este artículo estaba firmado por *Un amigo del señor Tocornal*.

En el número subsiguiente de *El Mercurio*, apareció una correspondencia en defensa del antiguo redactor de *El Progreso* i en ella se dice a la conclusión: «Deje, pues, el amigo del señor Tocornal que el redactor ausente saboree a su gusto sus legítimas ganancias en los lugares lejanos i brillantes, donde, como el amigo, le deseamos larga permanencia; en tanto que la niñez de Chile cultiva su espíritu con los libros, métodos i maestros adoptados, compuestos i formados por ese enemigo universal que, entre otras culpas, parece tener para el amigo, aunque no lo dice, la de haber consagrado cien veces su elocuente pluma a la justa defensa de la presente administración.»— Esta correspondencia estaba firmada por *Uno que no es enemigo del señor Tocornal*, i según toda probabilidad, fué escrita por el señor Alberdi.

mez i Mancilla, que tienen relacion con la politica; son interesantes por lo monstruoso i desagradable de ellos. Hoi mismo se ocupará de su compulsa i arreglo para la publicacion el señor Gomez.

Que su salud se mantenga siempre buena, mi querido señor, es el deseo de su afmo. servidor i amigo.

J. B. ALBERDI.

(Continuará.)

MUSA NOCTÁMBULA

I fué así:

Miré un fraile que marchaba tambaleándose al andar.
—¡Tate!—dije—va borracho el pobrecito, va borracho nada mas.
Miré luego que él entraba a un vecino restaurant.
I yo entonces tras su incierto paso torpe fui detras.
Pidió vino. Pedí leche. I él se puso a cabecear.
Por la sala mi mirada indagadora dió en vagar.
De improviso reconozco en un rostro de otra edad
los encantos seductores, hoi ajados nada mas.
Era ELLE... Triste i mustia su café se iba acabar
cuando dije junto a ella:—«¿No se acuerda de mi ya?»—
—«¡Ah!»—tan solo me suspira; mas qué amargo es este ¡ah!
Otro igual no escuché nunca. Otro igual no oiré mas.
I callamos mucho rato. Nos pusimos a pensar...
Ella, acaso, en su casita que tenia junto al mar,
con su huerto donde habia un hermoso naranjal,
en sus blancos palomares que tumbados hoi ya están,
en las tantas cosas dulces que jamás ya volverán,
en sus flores, en sus pájaros, en su infancia tan fugáz,
en los chiches que la daban, en su madre que no está,
en el dia en que la fueron a la iglesia a desposar...
i despues en cosas tristes, ¡i mui tristes! Nada mas.
Fué por eso que en su cara ya marchita vi surcar
una lágrima mui grande, i otra, i otra, i otra mas.
—«¿Por qué lloras?»—yo la dije—¿qué te puede a ti faltar?»
—«Pues, escucha!»—ella me dijo. I despues de suspirar:
—Tú ya sabes quién me ha hecho desgraciada: él no mas,

el poeta infortunado que jamás podré olvidar,
que ahí anda taciturno i embriagado nada mas.
Mas no sabes que mi madre que hace tiempo muerta está,
i que fueron en un monte mui lejano a enterrar,
en un monte que cubrieron muchas algas, ancho el mar,
una noche a mi me dijo:—«Viva o muerta yo jamás
alejarme de tu lado podré nunca»... Nada mas.
I esto es cierto. Siempre, siempre a mi lado ella está...
Tengo pena, tengo pena, tengo pena, nada mas»...
I volvimos a callarnos. I volvimos a pensar.
I yo vi que estaba hermosa... I yo vi aun mucho mas.
—«¿I qué haces—yo la dije—en tu amarga viudedad?»
—«Vendo amor que yo no tengo. Eso hago.—Nada mas»...

.....

I este sueño fué verdad.

A. BORQUEZ SOLAR.

Santiago, 15 de Setiembre de 1902.

EL SALON DE 1902

En este año no ha habido remates de cuadros como otras veces, ni exposiciones privadas, con escepcion de los desdichados retratos de Clare, exhibidos en el centro comercial, i las pobres cosas de Carmona.

Era un motivo mas para que el salon anual fuera vivamente esperado.

Los que se preocupan de estas cosas --- son algunos --- quieren conocer el progreso de los jóvenes, los envios de los pensionistas de Europa, i saber quiénes son los que trabajan o los que, por este o aquel motivo, abandonan el campo, desalentados.

I estos son bastante numerosos.

A causa de estas abstenciones, de la mediocridad del mayor número de obras espuestas i de haberse admitido mamarrachos a destajo, la impresion que causa su conjunto es el de una coleccion de obras fofas e insulsas que dan grima. Hai escepciones, indudablemente. De ellas se hablará a su debido tiempo.

Por lo jeneral, nuestros pintores no estudian, no leen, no trabajan, no observan i ni siquiera hojean, de vez en cuando, revistas con grabados. En muchos, la educacion artistica no pasa de cierto roce social o de barruntos inconcientes; otros consideran el arte como máquina de hacer pan, algo mercantil, i de ahí, sus quejas en contra

del público que no compra ¿i por qué no compra? La respuesta es obvia: porque lo ofrecido no vale cosa.

Verdad que el artista—pobre por lo jeneral— tiene que vivir, i la vida con su tráfago de tribulaciones, con necesidades imperiosas e impostergables, con la carestía de los artículos de consumo i otros males inherentes a nuestro medio social, es algo serio i en el fondo mui triste i desconsolador. No da tiempo, pues, para ocuparse en idealidades ni en trabajos de lujo que necesitan un vagar desahogado.

Para estos, el retrato es un refujio verdaderamente salvador, no el retrato tomado del natural sino el que pagan: de fotografía a la vista. La jeneralidad de los que encargan esta clase de obras son pobres de espíritu, i maldita la importancia que dan a la composicion, al colorido armonioso, al estudio moral del retratado i demas perendengues que toda obra de arte necesita. Solo piden *parecido*, en buenas cuentas, algo así como fotografía iluminada.

I en este trabajo mecánico, hecho con ira i vergüenza al principio, i con resignacion despues, el pobre artista pierde las ilusiones i lo que es peor, el concepto de su noble arte. Quiere sacudirse, i la pacotilla le persigue, le persigue, i a la postre, muchas veces se le arraiga de por vida.

Se presentan al salon para hacer acto de presencia, i como han olvidado el estudio del natural i se han acostumbrado al trabajo cominero, nadie para mientes en sus obras. Culpan al público—¡ese público incapaz de comprenderles!—i se irritan, cuando alguien sin mala voluntad les dice con franqueza cuán lamentable equivocacion sufren o que han perdido los estribos.

Si pintan paisajes, lo hacen sin emocion de artista, sin saber elejir el sitio ni el momento apropiado. Examine Ud., lector, muchos paisajes de pintores nuestros, compárelos con los pocos estranjeros que hai cercanos i verá Ud., en aquellos, los horizontes recortados, los cerros de carton que se vienen encima, los árboles sin aire que los rodee i por último, la absoluta falta de sentimiento, de saber mirar con alma emocionada la hermosura de nuestro privilegiado suelo.

Si pintan cuadros de costumbres, peor que peor; aciertan talvez en la pintura de una sola persona; pero cuando pasan de dos no saben qué hacer con ellas, ni ordenarlas ni ménos darles alma i vida. Vea Ud. *Un vaso de agua* de Enrique Lynch. El huaso de a caballo i la mujer que le aplaca la sed son monigotes; maniquies de carton-piedra; el paisaje es de una pobreza i de una falta de recursos increíble. En ese cuadro, como en los demas del señor Lynch, falta todo: aire, color, dibujo; no hai siquiera la menor chispa de talento. No léjos de esos cuadros, *Un rodeo* de Jordan. A primera vista se nota movimiento, a lo ménos mucho polvo esparcido por los animales, i sin embargo el ruido es grande i las nueces no parecen. No hai la menor apariencia de que sean animales de carne i hueso, especialmente el del primer plano. Examínese los animales de Correa que están vecinos i se verá la diferencia. El mismo señor Jordan presenta, entre otras cosas, el retrato del popular vendedor de diarios, el *cojo Zamorano*, que tiene carácter, parecido, pero dista mucho de ser una obra de arte.

De otros artistas en este jénero podrian hacerse observaciones parecidas, pero son jóvenes, principian recientemente, i la franqueza que se puede gastar con pen-

sionados en Europa como Lynch (1) no es jenerosa con ellos.

Si pintan marinas... Esto es harina de otro costal. Este año no abundan; casi se reducen a una del señor Casanova i otras de discipulos i discipulas de este señor.

Por si el público no lo sabe: el señor Casanova ha obtenido premio de honor (entre paréntesis Valenzuela Puelma no lo ha obtenido) i fué pintor oficial del abrazo del Estrecho de Magallanes. Pues con todo esto, hai que decirlo: el señor Casanova no es artista. ¿Qué pensarán ustedes de un pintor de marinas que no conoce el agua del mar? El año pasado presentó una tela i a la vista estaba su absoluta falta de estudio del natural. Era trabajo de taller con vistas a Le Gout-Gérard. Su premio de honor lo obtuvo con un cuadro, en el cual el mar era de sulfato de cobre diluido, hasta el punto que exigen para el chocolate los españoles en las casas de huéspedes, i los marineros amontonados en las cubiertas de los buques eran soldaditos de plomo. En el que ahora presenta, *Un golpe de mar*, no hai tales carneros, quiero decir, no hai oleaje, el buque se hunde solo en un fango de sulfato.

I aquí del caso.

Durante varios días tuve la paciencia de contemplar un hecho mui decidór. En la *famosísima* fuente de Neptuno, un caballero, rodeado de sus hijos, contemplaba ab-

(1) Don Enrique Lynch, durante muchos años estudió en Europa por cuenta del Gobierno. En algunos catálogos, se dice discípulo de Humbert —el de la famosa quiebra— en otros de Gervex, en algunos de Dagnan-Bouveret i por fin, en el de este año, de Puvis de Chavannes. Estos artistas no son paja picada, me parece; pero Lynch como si lloviera... no aprovechó nada.

sorto el oleaje producido en el agua de la fuente por un buquecillo de cuerda: el suave balanceo del juguete, la imperceptible estela i el minúsculo cabrilleo de las olillas, si así pueden llamarse.

Eran estudios que el caballero hacia para marinas con el *O'Higgins* i otros buques de guerra. ¿Es concebible que personas educadas consideren el arte como juguete de chicleo regalon?

I no es el único. En otra ocasion, un artista fué a visitar a un colega. Le encontró mui ocupado. ¿Saben en qué? Merece la pena decirlo. En una habitacion, el artista contemplaba un muchacho desnudo metido en una gran palangana i con un baston agitaba el agua que contenia: eran estudios mui comunes en el artista, para sus marinas.

Los dos ejemplos son rigurosamente exactos. ¡Haga Ud. patria con artistas de la laya!

De retratos... no se diga. Hai que exceptuar uno de Espinosa, que acusa evidente progreso, otro de Araya, inferior a los del año pasado—mala señal—, otros bastante mediocres de Thompson i uno mui notable de don Pedro Lira. No está demas apuntar la sorpresa que muchos han experimentado delante de los cuadros de Núñez, especialmente de su retrato grande. Se le creia muerto i sepultado, i vuelve a la vida a luchar de nuevo i tambien a... estudiar.

*
* *

I ahora, a otro punto.

Los caracteres bien templados siempre infunden respeto. De mi se decir que no me canso de admirar la constancia inquebrantable de don Pedro Lira i la evolu-

cion permanente de su espíritu. Despues de tantos años de trabajo, de lucha diaria, viene nuevamente a dar ejemplo.

Hoi presenta 17 cuadros i ninguno demuestra decaimiento. En sus paisajes, se nota la influencia de J. Francisco Gonzalez, un Gonzalez ménos nervioso i mas concluido. Un maestro como Lira no imita, se apropia algunos elementos estraños i los funde con los suyos. Gonzalez es seuelo engañoso, lo que él hace es mui bueno, revela gran talento pero ¡ai de los imitadores! Es artista escepcional i a quien el público no aprecia todavia en lo que vale. Esas *Orillas del Guadalquivir* son verdaderas maravillas.

Pero vuelvo a don Pedro Lira.

De los cuadros que presenta me parecen verdaderas joyas *En el jardin*, i su notable retrato de un discipulo, que es, en mi sentir, la nota mas alta i vigorosa que hasta aqui ha dado el señor Lira como ejecutante. Nada hai que pueda compararse en retratos de pintores chilenos con esa sobriedad i fineza. Otro hermoso cuadro es *Estudio de mujer*, pero éste merece observaciones.

El ilustre Bésnard, decia que las carnes rara vez aparecen sonrosadas en un jardin; siempre tienen reflejos verdes. Es mui natural que ningun color sea absoluto pues depende de los vecinos, de la luz solar i de la luz difusa. Asi lo ha comprendido Delacroix en muchas ocasiones, especialmente en el conocido caso de la Biblioteca del Luxemburgo.

Siento estos precedentes para hablar del cuadro del señor Lira. Una simpática modelo sentada sobre una baranda afirma la cabeza en un soporte. La cabeza le-

vantada i toda la figura al aire libre. Como cuadro es mui hermoso, solamente querría preguntar al maestro ¿por qué motivo la cara parece afeitada i la barbilla i la garganta nó? ¿El color lila pálido del traje alcanza a dar ese reflejo al rostro i el pañuelo blanco i rojo del cuello ese otro a la garganta? No son demasiado suaves los matices para reflejar?

Son dudas que espongo, aunque me parece que el señor Lira no ha conseguido el efecto deseado. La verdad es que la cara parece afeitada con malos cosméticos.

En *Entrando al estudio*, parece evidente que se ha propuesto conseguir el efecto que Paul Chabas obtuvo en el hermoso cuadro que el Museo posee. En la tela del señor Lira el sol es demasiado fuerte, pero vale, de todos modos, i revela flexibilidad de talento en el artista.

Don Ernesto Molina presenta siete cuadros. Este artista carece de espontaneidad, es mui minucioso, pule i corrije i otra vez a lo mismo; se me figura el estilo de algun académico de la española, seco como esparto, lleno de polvo i sin vida: no hai muchas faltas gramaticales, pero es correccion superficial i desesperante. El señor Molina ha pintado con minuciosidad su perro favorito, pero vale mas el modelo. El de la tela es igual a muchos que se encuentran en las joyerias i bazares: de porcelana o composicion. Sus demas cuadros saben a poco, falta calor, mas alma. Molina ha estudiado, tiene buen taller i lo que necesita es aire pleno, mas valentia i calor comunicativo.

Para concluir, diré algo de M. Richon Brunet. Su gran cuadro *Entrada de los toreros* o *Los Toreros en la Plaza*, es de mucho efecto decorativo. En cuadros así,

M. Richon Brunet está en su elemento. Como se ven a distancia, no se nota tanto en ellos ese modo de pintar efectista i no concluido. Véanse las piernas del torero de calzas color de rosa, las patas de los caballos i casi todos los personajes del primer plano; se vé patente la destreza, pero tambien salta a la vista la tosquedad.

Lo mas grave en el cuadro es que no hai movimiento, parece que las figuras quieren avanzar i algun fotógrafo les dice ¡alto! para tomar una vista.

Debajo del gran cuadro hai dos pequeños retratos del mismo artista. El de Benjamin Vicuña S. revela mala vista. El jóven escritor es ancho de pómulos i en el retrato aparece de rostro alargado. Ni en el retrato pequeño ni en telas de caballete hai que buscar las buenas cualidades de M. Richon Brunet. Para conocer estas i tambien sus defectos es necesario conocer sus obras de gran tamaño, pintadas con gran destreza i talvez con demasiada confianza.

Llego al fin de este artículo escrito a la carrera i como tengo fresca la lectura de Mérejkowsky concluiré con estas palabras del divino Leonardo:

«Que tus contornos no sean toscos, ni duros. Nunca las estremidades de tus sombras, en un cuerpo jóven i delicado, sean brutales, sino transparentes como el aire o como el humo o como el eco de una música lejana.

La luz demasiado viva no dá sombras hermosas.

La diversidad de los movimientos es tan infinita como la diversidad de los sentimientos.»

..... I nada de ver las obras del Frai Anjélico chileno.

NICOLÁS PEÑA M.

Octubre de 1902

La Reforma de la Ortografía francesa

No se trata de una reforma revolucionaria, ya que no hiere la etimología de las palabras ni la índole del idioma, como la patrocinada en Chile por algunos fonetistas, sino de una reforma análoga, en algunos casos, a la ya hecha en otros idiomas, v. gr. el español.

Desde algunos años a esta parte, varios escritores franceses, animados del espíritu de simplificar algunas dificultades que se presentaban, a los estudiantes principalmente, han publicado sendos artículos animados de este plausible propósito. La misma Universidad ha manifestado esta intención; el eminente hombre público M. Léon Bourgeois recomendó, en una circular a los examinadores, amplia tolerancia en las pruebas ortográficas, i por fin, el año pasado, M. Leygues, después de una entrevista con varios miembros del Consejo Superior de Instrucción i otros de la Academia Francesa, dictó un decreto como para preparar esta reforma que ahora parece un hecho. Relatemos los antecedentes.

En una de las últimas sesiones del Consejo Superior de Instrucción se leyó un proyecto de los señores H. Bernés, Clarin Belot i Dévinat, Director de la Escuela Normal, en el cual proponen, después de algunos considerandos, la siguiente:

1.º Afrancesar las palabras de orijen extranjero que han entrado definitivamente al idioma i responden a una necesidad real;

2.º Unificacion de la ortografia i acentuacion de las palabras de una misma familia;

3.º Simplificacion de las consonantes dobles: Ph, Th, Rh, Ch, fuertes;

4.º Simplificacion de las consonantes duplicadas;

5.º Supresion de los plurales en x;

6.º Sustitucion de la y por la i latina.

Estas proposiciones han sido estudiadas en *La Revue* por M. Auguste Renard, punto por punto, de lo que damos cuenta a los lectores de la REVISTA NUEVA.

1.º Las palabras extranjeras al pasar al idioma frances casi siempre sufren una transformacion fonética i por lo mismo es razonable que tambien varie su escritura. Asi como las palabras inglesas *packetboat*, *bowsprit*, *riding-coat* etc., se han convertido en *paquebot*, *beaupré*, *redingote* i las palabras alemanas *bollwerk*, *landsknecht* etc., en *boulevard* i *lansquenet*, ¿no sería bueno adoptar en todas las naciones de un mismo alfabeto una letra determinada del mismo valor?

No obstante, la reforma no debe llegar hasta afrancesar las palabras *meeting*, *whist* etc., en *miting* i *ouis-te*, ni a dar carta de naturaleza a palabras de vida pasajera u ocasional como *five o'clock tea*, *sleeping car* etc. Por eso los autores del proyecto solo hablan de las palabras que obedecen a una verdadera necesidad, i la reforma solo se concreta a uniformar la formacion del plural, pues hai algunas palabras que siguen la regla francesa i toman una *s*: *autodafés*, *vivats*; en español autos de fé vivas, otras que son iguales en singular i plural: in-

folio, *exeat*, i otras por fin que siguen el plural de la lengua de origen: *carbonari*, de carbonaro, *dilettanti* de dilettante, *gentlemen* de gentleman etc. ¿No es más claro i lójico someter al idioma frances las palabras extranjera incorporadas a él?

2.º Esta proposicion a primera vista parece atacar ciertas singularidades de la lengua misma; pero no hai tal. No se propone uniformar ciertas palabras de origen i sus derivados, como v. gr.: la *e* de *sel* que se cambia en *a* en *salière* la *e* de *mer* en *a* de *marin*, el diptongo *oi* de *foire* en *o* de *forain*, etc. Pero sí, se propone uniformar la escritura de algunas palabras. Si se escribe *monarque* ¿por qué no se escribe *orquestre*, *orquidèe* en vez de *orchestre* i *orchidèe*, i por qué ademas no se suprime la *h* en *archange*, *choléra*, *chatecumène*, *caractère*, *colique*, ya que ha suprimido en *corde*?

3.º Hai tres especies de consonantes dobles: unas que no sirven absolutamente de nada ni por el sonido ni por la etimología, v. gr.: la segunda *n* de *bannière* i *sablonneux*; la segunda *r* de *bagarre*, la segunda *l* de *tutelle* etc., etc. Ya que la Academia Francesa ha suprimido en muchas palabras semejantes esa consonante doble, se impone, pues, la reforma proyectada. En otra categoria de consonantes que algunos pronuncian i otros nó, sería difícil decidir. En la tercera categoria se impone tambien la reforma, pues hai identidad de sonido entre las palabras de una misma familia: *honorer* i *honneur*, *cantonal* i *cantonier*, *tonner* i *detoner*. El absurdo salta a la vista, lo mismo que en *essence* i *essentiel*, *dizaine* i *dixième*. De manera pues, que la reforma debe limitarse a la unificacion que está conforme con el idioma.

4.º Simplificacion de la *Ph*, *Th*, *Rh*, *Ch*. Esta re-

forma es muy justa. Así como ha desaparecido la *h* en *trône*, *trésor*, etc. i ha sido sustituida la *ph* por *f* en *fantaisie*, *flegme* ¿por qué no escribir *philosophie*, *rhéteur*, en vez de *philosophie*, *rhéteur*? Además la *ch* fuerte solo sirve para turbar al que escribe, pues muchas veces no sabe si emplearla o nó.

5.º Supresion de los plurales en *x*. La *x* ha sido únicamente una abreviatura de *us* plural de *al*. Así en lugar de *animaus* se escribía *animax*. Pero con el correr del tiempo muchos se llamaron a engaño i se tomó la *x* por una simple *s*. Se olvidó que equivalía a *us* i se escribió *animaux*. En buenas cuentas, la *x* final es una intrusa en el idioma francés i debe seguir usándose la *s*: *laudaus*, *étaus*, *animaus*, *chevaus*, etc.

6.º Sustituir la *y* por la *i* latina. En vez de escribir *mystèse*, *hypocresie*, *analyse*: *mistère*, *hypocresie*, *analyse*.

Estas son las reformas presentadas al Consejo Superior de Instrucción, por los miembros señores Bernés, Devinot, Clairin i Belot. La Academia Francesa ha nombrado una comisión para que las estudie i cree que serán aceptadas.

Desde muchos años atrás han apoyado reformas mas o menos parecidas, Littré, Saint-Beuve, Léon Bourgeois, Greord, etc.

Esto es lo que se desprende del interesante artículo de «*La Revue*» que hemos extractado en sus líneas mas generales.

SIN NOMBRE

Adorable amiga mía,
¿por qué a sufrir me condenas
tú que sabes de mis penas
la historia triste i sombría?
en la crûel agonía
de este amor desconocido,
amarguras he sentido
profundas, i turbadoras;
temo que vengan las horas
de la ausencia, i del olvido!

Es la nieve perfumada
de tu noble jentileza
como un filtro de tristeza...
de ternura envenenada!
el azul de tu mirada
brilla con raros fulgores
i en los dulces resplandores
de tus ojos de violeta,
mi triste alma de poeta
se quema en locos amores!

¿Olvidarte? No he podido!
te llevo en la sangre mía,
i al perderte moriría
como un pájaro sin nido;
en mi dolor he querido
odiar tu rejia hermosura,

i en la constante amargura
de esta lucha abrasadora,
tu belleza triunfadora
me persigue, i me tortura!

Tus caricias amorosas,
frájiles, tiernas, sutiles,
tienen dorados perfiles
i fragancias deliciosas;
en tus labios, frescas rosas,
de perfume turbador
canta i suspira el amor;
el deseo suspira i canta
en tu májica garganta
de tropical ruseñor!

J. I. VARGAS VILA

LA VIDA LITERARIA

BRUMAS, POR MIGUEL LUIS ROCUANT—SANTIAGO, 1902

Al revés de lo que ocurre con el trigo, la producción nacional de los versos va siempre en aumento, en tales proporciones, que no solo basta ampliamente para el consumo interior, sino que es ya artículo de exportación. Con frecuencia, en efecto, se leen en revistas de otros países, especialmente centro-americanas—en Centro América las revistas de versos son tan abundantes i tan efímeras como las flores—versos que llevan al pie firmas de chilenos. Indudablemente, mejor sería exportar trigo que versos, ya que el culto de Ceres es más útil i remunerador que el de Apolo; pero tampoco es cosa de mirar con menosprecio eso de que el país tenga fama de plantel de poetas. Después de todo, el trigo pasa i los versos quedan. ¿I quién sabe si, con el trascurso de los siglos, cuando Chile haya perecido en algun cataclismo geológico, o cuando otras razas con otras lenguas habiten estos territorios, las generaciones de entonces sabrán del Chile de ahora solo por algunas estrofas que hayan logrado pasar a la posteridad, sabe Dios por qué medios?

Mal hacen, pues, los que sistemáticamente atacan a los jóvenes entusiastas i no muy ocupados que escriben versos. I aprovecho esta oportunidad para acusarme de un pecado. Cuando yo era joven, es decir, cuando creía más en Valbuena que en Valera, cuando leía más los *Paliques* de Clarín que sus estudios serios, también me picó la tarántula del vapuleo a los poetas chirlés, i hube de escribir algunos artículos en ese sentido. Arrepíentome sinceramente de ello. Mis escasos conocimientos en

teología i cánones, me permiten ignorar qué penitencia corresponde a ese pecado; pero la doi por cumplida con toda contrición, pues me he convencido de que entonces procedía mal. En verdad, ¿a qué insultar a nadie para decirle que no es poeta? ¿A qué cojer el garrote contra un indefenso jóven que escribe versos, cuando talvez el mejor remedio sería que los continuara escribiendo hasta que nadie le hiciera caso? Censurable es publicar todo lo que se escribe, sin discernimiento alguno; pero los progresos de la imprenta i la consiguiente baratura de las impresiones, son hechos brutales ante los cuales hai que rendirse. No todos tienen coraje suficiente para resistir a la tentación de publicar un libro. Todos sabemos aquello de que un hombre, para considerar cumplida su misión sobre la tierra, debe haber enjandrado un hijo, plantado un árbol o publicado un libro. Entonces, a los jóvenes solteros que no son agricultores, ¿qué mas camino les queda para dar por aprovechado su paso por la tierra, sino el de escribir un libro? Seamos, pues, en lo posible, benévolos con los jóvenes que escriben, i especialmente con los que escriben versos, pues estos manifiestan con ello tener un espíritu no vulgar, ya que no es vulgar hacer versos, por lo menos no tan vulgar como escribir en prosa, apesar de que no faltan criticos de peso que sostengan que es mas difícil esto que aquello.

*
*
*

Si todavía persistieran en mí las malhadadas tendencias a leer versos como quien busca manchas en la usada vestimenta, claro está que estas *Brumas* me vendrían como anillo al dedo. Porque para esa crítica miope, á lo Valbuena, que no ve sino lo infinitamente pequeño, libros como este deben ser apetitoso manjar, por cuanto todo lo que en ellos hai de hermoso, de sentido, de poético, está mui distante de las minucias que esa crítica busca. No me daré hoy—ni nunca mas—a esa tarea, antipática i pesada. La propia pereza que produce la primavera, época en la cual el espontáneo i hermoso despertar i florecer de la naturaleza, nos inclina a pensar que los hombres también deberíamos vivir así,

sin mas esfuerzo que el necesario para que la naturaleza nos comunique la savia vital—la pereza ambiente de la primavera, no me lo permitiría, si pensara hacerlo.

Prefiero, despues de leído el libro del señor Rocuant, cerrar los ojos, i buscar en mi espíritu las impresiones que esa lectura haya hecho.

En primer término, siento en los oídos vago pero persistente zumbido: parece que estuviera cerca de una colmena: es el zumbido de las metáforas del señor Rocuant.—Los poetas del día, especialmente los jóvenes, tienen mucho amor a la metáfora. Amar la metáfora no es malo. La vida misma es una serie de metáforas. La poesía es la metáfora por excelencia. Nuestro poeta tiene, incuestionablemente, gran amor por las metáforas, i como el amor hasta abaja las montañas, tiene sobre las metáforas absoluto dominio. Las suyas son grandiosas, estupendas, enormes. A veces me hacea recordar lo que suele ocurrirles a los niños con las nubes. De repente, uno se entera de que esa blanca nube que avanza hacia la torre cercana, tiene forma de cabeza de caballo. De pronto, los otros niños dudan; mas, como sus infantiles retinas son mas impresionables a las palabras que a los hechos, luego todos convienen en que, efectivamente, esa nube tiene forma de cabeza de caballo. A la cabeza, naturalmente, sucede el cuerpo, i al primer caballo un segundo, i luego los jinetes, i ese blanco i bonito grupo de arriscadas nubes, suavemente mecidas por el viento, queda convertido, ante los infantiles ojos espantados, en horrisono i tremendo combate de jigantes o centauros. Así con las metáforas del señor Rocuant. La imaginación del poeta, como la imaginación de los niños, echa, entre cosas, ideas o sentimientos inmensamente distantes entre sí, el gallardo puente de un verso, jeneralmente bien hecho, i la metáfora se hace carne, por decirlo así. Victor Hugo puede considerarse como el creador de esa poesía tan grandiosa como puerilmente metafórica. Lo sensible es que, por regla jeneral, Victor Hugo llega hasta nuestros jóvenes poetas a través del filtro de don Pedro Nolasco Prendez, que es, como quien dice, filtrar ambrosia en papel de estraza.

Tambien tiene su orijen en Victor Hugo, no siendo estraños a él esos versos de Núñez de Arce:

la luna cual hostia santa
lentamente se levanta,

la aficion de muchos poetas a dar a sus metáforas ciertos aires de misticismo, de religiosidad, empleando como términos de comparacion objetos, personas o ritos sagrados. La hostia, en estos casos, es de lo mas socorrido. El señor Rocuant, por ejemplo, principia su libro diciendo que su Catedral son las pupilas de su amada. Mas adelante escribe:

Que a tu cuerpo, armonioso como un canto,
lo cubre el tul de una pureza clara,
como cubre la blancura con su manto
a las hostias desnudas en el ara.

Mas adelante:

Vi la noche, negra hostia que se alza tras los montes
i comulga el misterio sobre ara de horizontes.

I, así, los cálices, los misales, la comunion la sangre de Cristo, hasta Cristo mismo en la Cena, sirven para ajustar metáforas.

Naturalmente, yo he tratado de inquirir las causas de ese curioso modal de nuestros jóvenes poetas, i he creido encontrarlas. Domina a esos poetas el mas caracterizado sensualismo en materias de amor. Su adoracion a la forma la han estendido a las formas vivas del ser objeto del amor de los hombres, i ello les ha convertido en enamorados, puros i llanos, de la carne, o mejor, de las esterioridades de la carne. Para ellos, el amor no llega hasta ser, como en su lenguaje de terciopelo i perlas decia Renan, «le secret intime de la nature, cette voix lointaine d'un monde qui veut être». No. En su composicion titulada *Al borde de la copa*, el señor Rocuant no aspira a oir su voz: solo quiere contemplar sus formas de su amada. Mas allá, desea recorrer, como un misal sagrado, sus páginas de carne, con sus besos. I así, la fanfarra del sensualismo de las formas suena sin cesar en medio de estas *Bromas*. Aho-

ra bien, el poeta comprende que ese sensualismo suyo, un poco imaginativo i un mucho inofensivo, por lo demas, ha de chocar a las jentes que no limitan el amor al culto único i exclusivo de las formas, que creen que el amor es algo mas, i que, naturalmente, han de sentir cierto sentimiento de despego por ese amor mas propio de internos de colejio que de hombres hechos i derechos. Ademas, comprende el poeta que ese sensualismo de las formas es, en si mismo, señal de una desviacion—cierta o finjida—de los sentimientos naturales del hombre, que, cuando ama, le impulsan a oír «cette voix lointaine d' un monde qui veut être». Eso comprendido, hai que disfrazar el sensualismo, i para ello, se le pone el antifaz de un misticismo de palabras, de una relijiosidad huera, evocando, por medio de comparaciones, el recuerdo de cosas sagradas. Asi, se llega, no al sensualismo relijioso del *Cantar de los Cantares*, por ejemplo, sino a este sensualismo vano i un si no es desvergonzado, que, a la larga, concluye por matar el verdadero amor en el alma de quienes lo cultivan. Este procedimiento me parece tan chocante i censurable, como el que empleara algun editor de grabados obscenos que, para conquistar clientela relijiosa i honesta, rodeara la cabeza de sus figuras con el dorado nimbo atributivo de los santos pintados.

Si he hecho tan largo hincapié en esta circunstancia, no es porque condene el sistema como blasfemo o sacrilego, cosa que no me interesa, sino porque casi toda nuestra produccion poética aparece saturada de ese sensualismo formulista, que no puede producir sino malos resultados. El amor es i ha sido siempre el gran tema de inspiracion de los poetas. Si éste cede su lugar a ese sensualismo que ni siquiera como objetivo lejano lo tiene, ¿qué cosa tomará, entónces, el lugar de la poesia? Asusta pensarlo. «El amor — ha dicho tambien Renan — es un misterio extraño». No lo olviden nuestros poetas. Ni tampoco olviden esta otra frase del mismo gran escritor: — «En matiéres d'amour, être trop connaisseur, c'est être incompetent.» — Vuelvan, pues, nuestros poetas al amor misterio, al amor pasion, al amor locura, si quieren, a los arrebatos de Musset, a las tristezas de Heine, a los lamentos de Becquer, a lo que quieran; pero abandonen ese

camino tan frio, tan sin flores, tan sin sol, tan triste del sensualismo formulista que hoy siguen. Amen mucho, pero amen con el corazón, no solo con los sentidos; quieran, adoren idolátricamente a la mujer, la belleza de la mujer, pero adoren como los verdaderos creyentes, que si son orgullosos de su fe i la muestran i defienden, no desgarran ante los ojos de los profanos las doradas vestiduras que cubren la triste realidad de los cuerpos de palo de los santos que adoran. I eso no lo hacen los creyentes, porque los creyentes son, *intus et in cute*, poetas a su modo.



I estas tendencias que por centésima vez señalo—i que condeno, aunque la condenacion les importe una higa a los interesados—son tanto mas sensibles si se encuentran en un libro como *Brunas*, que demuestra que su autor no es un versero vulgar.

Tiene el señor Rocuant, en primer término, mucho cariño a la correccion en la factura de los versos. Los suyos no son ni cojos ni mancos: son versos bien hechos. A veces, son demasiado sonoros i eufónicos, lo cual no es, por cierto, un defecto. Tal cual estrofa, mas o menos metafórica, resulta incomprendible, oscura, laberíntica; pero como no es esencial desentrañar su significado, casi no se siente no entenderla.

Yo quisiera que el señor Rocuant hiciera un día este sacrificio: desempedrar su cerebro del farrago poético modernista, o mejor, hueco i sensual que hoy lo invade; olvidar sus lecturas de Victor Hugo (o de Prendez) i hasta de Borquez Solar; contemplar la naturaleza con fervoroso ánimo de oír su voz; mirar a las mujeres con calma i amarlas con pasión, pero no con los sentidos únicamente; leer i meditar los grandes poetas del amor;—i, seguido durante algun tiempo ese sistema, escriba el señor Rocuant un nuevo libro, i verá como, en vez de titularlo *Brunas*, lo titulará *Días de sol* o cosa así.

Há en *Brunas* muchas señales de que su autor tiene fibra de poeta; i, francamente, sería una lástima que se malograra por seguir estas corrientes que no llevan sino al naufragio a las mas brillantes inteligencias i a los mas prometedores estros.

Un último consejo:—señor Rocuant: no sea usted tan pesimista; no llame a Satan para que destruya la obra de Dios. Después de todo, la vida no es tan mala: tiene sus bellezas, sus amabilidades, sus flores. Piense que si Satanás hubiera creado el mundo, talvez lo habría hecho sin poetas....

..... I he aquí como yo, ahora, estoy alabando indirectamente a Satanás.

PEDRO J. CARLOS.

Octubre de 1902.

El imperialismo de los Estados Unidos

La cuestion del Acre i la actitud de las fuerzas norte-americanas en Panamá, han dado ocasion, a la prensa de Europa i de América, para discuffrir una vez mas respecto del interesante tema del imperialismo de los Estados Unidos. El imperialismo está de moda: todos los paises fuertes son imperialistas, esto es, buscan la estension de sus dominios en donde i como pueden. Inglaterra, Francia i Alemania, se han repartido ya el Africa, i, acompañadas de Rusia i del Japon, amenazan acabar de repartirse el Asia. I despues, se dice, le tocará el turno a la América Española, o mejor, a Sud-América, ya que Méjico i la América Central parecen naturalmente destinadas a pasar a manos de los yankees. Mas, cuando traten de repartirse la América del Sur, las potencias se encontrarán con que les cerrarán el paso los Estados Unidos, imperialistas tambien, i que tambien aspiran a adueñarse de estos paises.

No trataremos de la lejana probabilidad de la conquista de la América del Sur por alemanes, ingleses o franceses. Todavía ese asunto no sale de las nebulosas rejiones de las hipótesis. Por muchos años todavía, los sud-americanos podremos dormir sin temer ese peligro. Ahora, solo vamos a tratar del imperialismo de los Estados Unidos, que algunos espíritus asustadizos consideran como un peligro inmediato, olvidando que en la cuestion del Acre los Estados Unidos están observando una conducta perfectamente correcta, i que al desembarcar tropas en Panamá, no han hecho otra cosa que ejercitar un derecho que les fué concedido por Colombia, en pleno ejercicio de su soberanía, mediante el tratado de 1846.

¿En qué consiste el imperialismo de los Estados Unidos? Por lo pronto, no tiene el caracter militar que los imperialismos europeos, pues apenas si el ejército de la Union alcanza cifras apreciables, en comparacion con los ejércitos de las grandes naciones europeas. Caracterizase el imperialismo yankee por su

caracter eminentemente comercial i mercantil, que en él prima en mayor proporción que en los otros. «Una nación de 76 millones de habitantes—ha escrito Emilio Boutmy (1), que es a la vez el granero de trigo, la mina de carbon i de fierro, el depósito de algodón en que van a proveerse todos los pueblos, no puede como antes encerrarse en su continente i permanecer indiferente a todo lo que pasa en las otras cuatro partes del mundo. Constituye una seccion demasado importante de la humanidad para tener el derecho de aislarse. Siente que poder obliga. Su fuerza le crea un derecho, el derecho se cambia en pretension, i la pretension se resuelve en el deber de pronunciarse en todas las cuestiones que antes solucionaba el acuerdo de las potencias europeas.» El verdadero origen del imperialismo yankee está, pues, en el desarrollo estupendo de su comercio i de su industria. Al mismo tiempo que aumenta el consumo universal de productos americanos, disminuye en la Union el consumo de productos extranjeros. En estas condiciones, los Estados Unidos han tenido, por la fuerza misma de las cosas, que hacerse imperialistas, que buscar mercados, que abrir a sus productos los países mas lejanos, que interesarse en las cuestiones que ocurren en cualquier parte del mundo, pues a todos los puntos del globo alcanza su comercio.

La guerra con España no fué, como algunos piensan, el suceso jenerador del imperialismo yankee: fué solo el suceso que quitó al mundo la voluntaria venda que le impedía ver, prácticamente, los progresos de la Union. La posesion de las Filipinas i de Puerto Rico, la semi-soberanía que los Estados Unidos ejercen en Cuba, fueron consecuencias de la guerra misma, mas que del propósito imperialista. Vencedores, tuvieron que pedir lo que todo vencedor pide. Hicieron la guerra por Cuba, porque Cuba, como escribia Jhon Quincy Adams en 1823, tenia, una vez rotos los lazos que la unian a España, que gravitar hacia la Union como la manzana desprendida del árbol cae al suelo. Pero el imperialismo, el propósito de expansion comercial, existia ya en Estados Unidos, desde que su produccion empezó a sobrepasar las necesidades del consumo del país. I si la marina de guerra yankee ha aumentado tanto su poder, es solo para defender su comercio. Solo cuando éste empezó a extenderse por todo el mundo, empezó a fomentarse esa marina. Mas que un instrumento de ataque, esa marina es un instrumento de conservacion.

I en lo que respecta a las repúblicas hispano-americanas, los Estados Unidos nunca han manifestado otras intenciones que hacerlas tributarias comerciales suyas. En queriendo, habrian.

(1) *Elements d'une psychologie du peuple américain*, por Emile Boutmy.—Paris, 1902.

con mil pretextos, atentado eficazmente contra la integridad territorial de estos países; pero nunca lo han hecho, porque ello no ha entrado en sus propósitos. Si quitaron a Méjico Tejas, Nuevo Méjico i la Alta California, fue porque los gobernantes mejicanos de entónces fueron poco prudentes i ménos discretos. Cuando se vence en una guerra es menester pedir el galardón.

Los hispanos-americanos solemos ser injustos con los yankees. Olvidando el reconocimiento de nuestra independencia antes de la batalla de Ayacucho, olvidando el verdadero alcance de la doctrina Monroe, nos complacemos en recordar los casos en que los Estados Unidos no han acudido en nuestra ayuda contra los abusos de las potencias europeas: el arrebato de las islas Falkland a la Argentina por los ingleses; los ataques de ingleses i franceses a Buenos Aires; la guerra del Perú i Chile contra España; el imperio de Maximiliano en Méjico; el establecimiento de los ingleses en Nicaragua. Al hacer esos cargos olvidamos que, cuando esos sucesos se producian, los Estados Unidos no estaban en situacion de impedirlos: habria sido un quijotismo ridiculo i contraproducente. Pero en cuanto los Estados Unidos han podido hacerlo eficazmente, han puesto en práctica la doctrina Monroe, como en el caso del conflicto anglo-venezolano. Además, no seria equitativo que, al amparo de esa doctrina, países hispano-americanos poco serios pretendieran burlar a las naciones europeas.

Se arguye que los Estados Unidos quieren alejar a la Europa de la América española, para dominar solos en ella. Ya hemos dicho que no hai motivos para suponer a la Union propósitos de conquista militar o política en el resto de América. I en cuanto a la concurrencia comercial, ella es perfectamente lejítima. ¿Por qué los Estados Unidos no han de pretender dominar comercialmente en toda la América, i en el mundo entero? ¿Qué país no pretende o pretenderia lo mismo?

Pero aun el temor del dominio comercial absoluto de los yankees en todo el resto de América, es vano. Naturalmente, en los países cercanos a ellos, en Méjico, Centro América, Colombia, Venezuela, el comercio yankee crece cada día i talvez acabe por desalojar al comercio europeo. Pero en los demas países no ocurre lo mismo. Lo impide la distancia. En el Brasil, en la Argentina, en el Uruguay i Paraguai, en el Perú, Chile, Bolivia i el Ecuador, el comercio yankee es inferior al de las grandes naciones europeas. En estos países, los Estados Unidos compran por valor, mas o ménos, de 370 millones de francos al año, i venden escasamente 160 millones. En Chile, las importaciones de la Union solo alcanzan a \$ 16,526,333 (en 1901) o sea el 11.85% de la importación total. I en los otros países citados, ocurre lo mismo o poco ménos. Es que, en este caso, la distancia está contra los Estados Unidos. La diferencia de la distancia entre

Pernambuco i Nueva York i Plymouth, es apenas de 170 millas en favor del primero de esos puertos. Valparaiso está, mas o ménos, a la misma distancia de Nueva York que de Liverpool. Además de la distancia, ha influido para impedir el desarrollo del comercio yankee en esta parte de la América, la circunstancia de que los Estados Unidos han carecido, durante muchos años, durante toda la época que no necesitaron esportar sus productos, de una marina mercante suficiente i convenientemente apta.

Pero, hoy, la Union se preocupa vivamente de salvar esas dificultades que encuentra su comercio. El gran ferrocarril intercontinental, que deberá unir Buenos Aires i Nueva York es idea suya; pero todavia se ve lejano el dia en que se realice tan grandioso sueño. En cuanto a las comunicaciones por mar, aumentan cada dia, aunque no en proporcion considerable. La gran vía que ha de acercar estos países del Pacifico a los Estados Unidos será el canal de Panamá. Abierto éste, Valparaiso quedará 2700 millas mas cerca de Nueva York que de Liverpool. Pero, aun cuando la apertura del canal puede considerarse como un hecho cierto dentro de mas o ménos tiempo, esa expectativa está tambien lejana.

Pero existen otras circunstancias que impiden el desarrollo del comercio yankee en la parte meridional de la América, i especialmente en los países del Pacifico: la falta de tratados comerciales que favorezcan ese comercio. En muchas ocasiones, los Estados Unidos han pretendido celebrar esos tratados, mas aun, su ideal ha sido formar un *Zollverein* americano en su favor; pero sus tentativas no han tenido éxito. En el Congreso de Washington, en 1889, solo se llegó al resultado práctico de establecer una Oficina de las Repúblicas Americanas, que publica mensualmente un folleto sin mayor interés. Las Esposiciones de Chicago (1892) i de Buffalo (1901), así como la fundacion del *Philadelphia Commercial Museum*, obedecieron al propósito de hacer ver las conveniencias de un acercamiento comercial entre los Estados Unidos i la América latina, la del Sur especialmente; pero los resultados prácticos no han correspondido a las expectativas. En el reciente Congreso de Méjico solo se arribó en este sentido, a acuerdos relativos a manifestar la conveniencia de la creacion de un banco internacional americano, i a la constitucion de un comité permanente encargado de estudiar la construccion del ferrocarril intercontinental; i a la aprobacion de una convencion en cuya virtud, a fines de este año, se reunirá en Washington un Congreso encargado de estudiar la adopcion de reglas comunes, destinadas a simplificar las formalidades aduaneras en los diversos países de América.

Indudablemente, con el trascurso del tiempo i mediante el impulso poderoso del capitalismo yankee, poco a poco irán desapareciendo las barreras que se oponen a que su comercio en

estas rejiones se desarrolle considerablemente; pero el peligro que en ese desarrollo ven algunos espíritus demasiado suspicaces, es quimérico. Jamás, salvo acontecimientos de esos que escapan a la prevision humana, el comercio yankee conseguirá desalojar totalmente al comercio europeo de la América del Sur, i especialmente del bloc que forman el Brasil, la Argentina i Chile. Muchas razones hai para que el comercio de estos países tienda principalmente a Europa. Los inmigrantes europeos se inclinan naturalmente a comerciar con su país de origen. Además, son capitales europeos, i especialmente ingleses, los que han servido para el desarrollo de estas naciones. Se calculan en cinco mil millones de francos las inversiones del capital inglés en la Argentina, una suma igual en el Brasil i dos mil millones en Chile. Por lo menos, es necesario pagar los intereses de esas sumas, i también los intereses de los empréstitos nacionales, colocados todos en Europa, i esos intereses deben ser pagados con productos que tienen libre entrada en Europa, i a las cuales los Estados Unidos, oponen las vallas de su proteccionismo, que es otra causa del débil desarrollo de su comercio con estos países.

En resumen, si los Estados Unidos han adquirido real i definitivamente supremacia en la rejion del golfo de Méjico, les quedan numerosos i difíciles obstáculos que vencer para llegar a imponer su voluntad a los países de la América del Sur. Aspiran a ello, i el colosal desarrollo de sus riquezas, la profunda confianza que tienen en si mismos, les hacen creer fácil la realizacion de esa aspiracion; pero esta realizacion se ve léjos. La apertura del canal interoceánico puede tener como resultado el protectorado mas o ménos disimulado de los Estados Unidos sobre las pequeñas naciones de la América Central; seguramente las Antillas pasarán totalmente a ser su propiedad; quizás, aun, si Méjico no continúa el camino de paz i progreso que tan felizmente sigue, acabará también por ser un satélite de los Estados Unidos; pero con todo, pasarán muchos años i gastarán muchos esfuerzos para alcanzar, si alguna vez la alcanzan, la hejemonia de las naciones sud-Americanas, i especialmente de las que no bañan sus costas en el mar Caribe.

Aunque lentamente, nosotros también progresamos, cada día la paz se consolida en estas naciones, hasta el revoltoso Perú parece haber entrado definitivamente en un periodo de paz que parece será largo i fructífero; los temores de guerras internacionales, que tan fatales nos serian, han desaparecido, merced al reciente arreglo chileno argentino; en fin, que cada día vamos fortificándonos, como nacion i como pueblo.

Hai timoratos que temen un golpe de fuerza de los Estados Unidos: como ya dijimos que el imperialismo yankee no es militar sino comercial: aspiran al dominio comercial de la América, no a su conquista militar, que saben que les resultaria cara i por lo menos contraproducente. Indudablemente, de la absoluta

absorcion comercial de un pais, se puede pasar a la absorcion politica; pero ya hemos visto las dificultades que se oponen a la absorcion comercial de la América del Sur por los Estados Unidos. Esas dificultades pueden disminuir; pero jamás desaparecerán del todo, porque es conveniencia brasilera, argentina, chilena i peruana que no desaparezcan en ningun caso. Europa nos escuda de los Estados Unidos, como los Estados Unidos nos escudan de Europa. I una politica prudente, sabia, progresista, puede llevarnos hasta no necesitar de mas escudo que el propio.

No nos asuste, pues, el fantasma del imperialismo yankee, como no nos asustan ni el imperialismo inglés, ni el frances, ni el aleman. Solo los pueblos en decadencia son conquistables, i, por mas que se diga, la América latina no está en decadencia. La civilizacion tiene aquí buen campo para sus simientes. Sigamos en consecuencia, civilizándonos, sigamos progresando, sin preocuparnos de ningun imperialismo, i tendremos asegurado el porvenir contra todas las codicias i contra todos los apetitos.

CESAR VIDAL S.

Octubre de 1902.

PASARSE DE LISTO

(Cuento orien'al)

La triste Aischeh era objeto de profunda lástima para sus parientes i para sus amigas. Buena niña, amable i dulce, hasta inteligente, era fea como el pecado i, sobre eso, medio jorobada. Solo el cabello tenia bonito. Sin la ayuda de un grueso dote, eso no basta para encontrar marido; i Aischeh se habia quedado soltera, acompañando a su padre, el carpintero Mehmed Agha, cuya vejez aliviaba con cuidados verdaderamente conmovedores. El buen hombre, por su parte, no notaba ya la fealdad de su hija, i no veia en ella sino la hija amante i abnegada, a quien devolvía ternura por ternura.

El modesto hogar que dirijia Aischeh no exijía mucho tiempo ni trabajo, pero a la jóven nunca le faltaba en qué emplear el resto del dia, porque tenia muchas amigas i era bien acogida en todos los harems que visitaba. Casi siempre, se la veia con Saffiéh, la hija del orfebre Lebib Effendi, la cual en los harems pasaba por la persona mas bella i mas graciosa de la ciudad, Saffiéh era mui amiga de la buena Aischeh, i amenudo se daba el maligno placer de leer en sus ojos lo que pensaba i lo que deseaba.

Un día que Aischeh había ido a ver a su amiga, ésta le dijo, tan pronto como se hubieron sentado en el divan:

—¿Qué tienes, chiquilla! Pareces mui turbada.

—¡Soi mui desgraciada!

—Veamos ¿qué pasa? Cuéntamelo. Quizas pueda ayudarte.

—¡Ai! no, es imposible.

—No importa; quiero, por lo ménos, saber la causa de tu tristeza.

Entonces Aischeh empezó a contar una historia mui larga i mui embrollada de la cual todo lo que Saffiéh pudo sacar en limpio, fué que el viejo Mehmed Agha habia sido despojado de trescientas libras, toda su fortuna, por el injusto Kadi (juez), a quien habia sometido un litijio importante.

—¿Qué vamos a hacer ahora? dijo Aischeh concluyendo el fúebre relato. Mi padre es demasiado viejo para rehacer su pequeña fortuna i, en cuanto a mí, no me quedará mas camino que hacerme sirvienta.

—Mientras yo viva, tu no servirás en casa de jentes estrañas, respondió Saffiéh. Admitiendo que la situacion sea verdaderamente desesperada, te vendrias a mi harem, en donde serás tratada como hermana mia. Así, pues, no te aflijas por tu propia suerte. Mas bien, discurramos el modo de hacer devolver su dinero a tu padre, i combinemos juntas un plan de ataque contra ese canalla de Kadi.

Luego, las dos amigas conversaron durante varias horas, i en la tarde, cuando Aischeh volvió a su casa, tuvo lugar entre el padre i la hija una entrevista no ménos prolongada, que terminó con estas palabras del viejo: «Tu designio me parece mui atrevido, pero tu in-

tencion es buena. Que Allah se digne bendecir uno i otra. He comprendido lo que se espera de mi i obraré en consecuencia.»

Al dia siguiente por la mañana Aischeh fué a ver a su amiga i fueron juntas al baño. De ahí, se dirijieron a casa del Kadi, que las recibió en el acto. Aischeh se quedó en el umbral de la puerta, como convenia a una sirvienta; Saffiéh avanzó hasta corta distancia del juez, i despues de saludarlo con respeto, se puso a hablarle en voz baja, como se usa cuando una mujer o una jóven reclama la intervencion legal en un negocio de familia que debe permanecer secreto.

—Kadi Effendi, comenzó, me veo obligada a formular queja contra mi propio padre. . . Hacen ya cinco años que deberia haberme buscado marido, i no solo ha descuidado esta obligacion, contrariando la lei santa, sino que a los que pretenden mi mano los rechaza por causas ofensivas para mí. Si procediera asi por amor a mi en vista de mi interés presente o futuro, habria soportado sin murmurar el ser condenada a la austera soledad; pero mi situacion se ha hecho insoportable desde que, por diversas circunstancias, he podido convencerme de que es el egoísmo quien le dicta esa conducta. Desde la muerte de mi madre, hace ya muchos años, yo siempre he tenido sola la direccion del hogar, porque la fortuna ros ha sido avara de sus dones. Hace algunos dias, mi padre me dijo que el fallo desgraciado de un proceso acababa de llevarle el resto de su pequeño haber. «Éso me apena por tí, sobre todo, me dijo, porque ahora es necesario que renuncies para siempre a la esperanza de casarte. ¿Qué haría tu pobre viejo sin tu apoyo? Me sería preciso vivir de limosnas; yo no podría resolverme: mo-

riria en la miseria: tu deber es impedirlo.....». I bien, yo pregunto, Kadí Eftendi, ¿es esto justo? ¿Es siquiera hábil? ¿No seria mejor, para mi padre i para mí, que buscasse un yerno con alguna fortuna, en cuya casa podria pasar el resto de sus días? Pero no; pone sobre todo su comodidad i su independencia i les sacrifica hasta mi felicidad. Contra esta injusticia, contra esta ilegalidad, pido la alta proteccion de la justicia.

El Kadí, las manos cruzadas sobre el vientre, oyó el discurso con aire grave, sin mirar a la que hablaba. Cuando concluyó, echó una mirada rápida a Saffiéh, i le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—¿Aischeh Hanum,

—¿I tu padre?

—Mehmed Agha, el carpintero. El Kadí no pudo dejar de estremecerse; pero se repuso luego i dijo:

—¿I cuáles son esos pretextos ofensivos que tu padre alega para alejar a los enamorados?

—Eviteme usted la verguenza de decirlos.

—¿Cómo quieres que te haga justicia, si no conozco la injusticia cometida contigo?

Saffiéh pareció dudar un momento todavia; luego respondió bajando la cabeza:

—Mi padre dice a todo el mundo que soi de una fealdad repugnante, que soi jorobada i pobre... Pobre, si, lo soy...

—¿Pero no fea ni jorobada?

—Que no soi contrahecha, puede juzgarlo usted mismo, Kadí Eftendi, replicó Saffiéh,—i volvió lijeramente a derecha e izquierda su gracioso cuerpo, de modo que, aun bajo la amplia vestidura, se podian adivinar los an-

chos hombros, el soberbio seno i la espalda de líneas irreprochables.

El Kadí se sintió presa de una curiosidad invencible, i preguntó:

—¿Pero no eres fea, en realidad, hija mia? Mira que yo debo averiguar ese punto para apreciar la falta cometida por tu padre contra tí.

Con un movimiento rápido como un relámpago, Saffiéh levantó su velo, miró un segundo al Kadí en lo blanco de los ojos, i despues, el velo cayó sobre su rostro. Pero la mirada de la jóven habia llegado al corazon del inflamable juez, cuya sangre latia con violencia, i que quedó un instante turbado, sin poder proferir palabra. Al fin murmuró:

—Te doi mi apoyo, Aischeh Hanum, ... Te haré justicia... cuenta conmigo. Hablaré a tu padre... hoy mismo... Yo... ¡jóven!... yo mismo seré tu marido!

Saffiéh retrocedió un paso, como si la súbita resolucion del Kadí la hubiera confundido. Despues, con su voz melodiosa i tierna, redujo a nada lo que de buen sentido podia quedar en el cerebro del juez.

—¡Oh, altísimo Señor! ¿Cómo se lo agradeceré? ¡Tamaño honor a vuestra humilde servidora! Si yo tuviera la suprema felicidad de ser su esposa, crea Ud. que encontrará en mí una compañera obediente i abnegada.

—Bien... bien... querida niña... ¡Cuando podré ver a tu padre!

—Regularmente vuelve a casa media hora antes de ponerse el sol.

—Media hora antes de ponerse el sol estaré en tu casa.

Aischeh i Saffiéh reian bajo sus velos cuando volvie-

ron a sus casas. En la puerta de la casa de Saffiéh se separaron cambiando signos misteriosos, como los afiliados a alguna terrible conspiracion.

A la hora señalada, el Kadi hizo su aparicion en casa del carpintero. Este saludó respetuosamente al visitante, sin poder ocultar del todo su turbacion; le invitó a tomar asiento, le sirvió una tasa de café i le preguntó:

—¿En qué puedo servir a Su Señoría, Kadi Eftendi?

—¿Tienes una hija?

—Tengo una hija.

—¿Su nombre?

—Aischeh Hanum.

—¿Su edad?

—No me acuerdo bien... tiene ya edad para casarse, seguramente...

—¿Pero no es casada?

—Es doncella i doncella quedará.

—¿Por qué no le has buscado esposo, como te ordena la lei?

—Por exelentes razones, Kadi Eftendi...

—¿Qué razones? Quiero conocerlas.

—Quiere Su Señoría conocer las razones... No las ocultaré a pesar de que me duele hablar de ellas... No he buscado marido a Aischeh porque he querido evitar a la pobrecita terribles afrentas.

—Esplicame sin ambajes ¿de qué afrenta hablas?

—El hombre que se casara con mi hija, la arrojaria tan pronto como se quitara el velo; a este respecto no puedo tener ninguna ilusion; i esa es la humillacion que he querido evitarle.

—¿Quiere saberlo Su Señoría?

—No te rias de mi, por que podria costarte caro. Responde, i netamente, te digo!

Mehmed Agha hizo un jesto como si luchara con un último escrúpulo i fuera a tomar una gran resolucion. Con voz lenta i baja murmuró:

—Aischeh seria repudiada porque es vieja, fea, contrahecha i pobre.

El Kadi bebió un trago de café i replicó con tono protector, reprimiendo apenas una sonrisa:

—I bien; quiero hacerles un servicio a tí i a tu hija tomando esta por esposa i comprometiéndome a no repudiarla.

—Kadi Effendi— dijo tristemente el carpintero— Su Señoría me ha arruinado confiscándome las trescientas libras que componian toda mi fortuna ¿pero a qué burlarse de un pobre diablo reducido a la miseria?

—¿Tengo aire de burlarme? Hablo con la mayor seriedad del mundo.

—Veamos, precisemos los términos: Su Señoría quiere tomar por mujer a mi hija, fea, contrahecha, pobre i vieja, comprometiéndose a no repudiarla?

—Tu lo has dicho.

—¿I si Su Señoría la repudiara?

—Entónces, te pagaré como indemnizacion una gruesa suma de dinero.

—¿Que llama Su Señoría una gruesa suma de dinero?

—Puedes fijarla tu mismo.

El carpintero pareció abstraerse en una meditacion profunda. Al fin dijo con tono sentencioso:

—En prueba de que la proposicion es leal i de que Su Señoría no se burla, por pura maldad, de un pobre

hombre i de su hija, Su Señoría repetirá ante el Iman lo que acaba de decir: que quiere casarse con Aischeh, apesar de que le he prevenido que es fea i jorobada. I Su Señoría me pagará en el acto ciento diez libras para indemnizarme de los gastos i perjuicios que me acarreará el matrimonio de mi hija.

—Así sea. Llama al Iman. Corro a casa i te traeré las ciento diez libras en una hora mas.

—No es eso todo, Kadí Effendi:

—¿Qué mas quieres todavía?

—Quiero que en presencia del Iman Su Señoría me entregue un documento concebido así: «En el caso de que repudie a Aischeh, hija de Mehmed Agha, pagaré a este último la suma de doscientas veinte libras.» I al pié de este documento, Su Señoría pondrá su sello i el Iman atestiguará que Su Señoría ha obrado sin presion alguna, i apesar de mis reiteradas esplicaciones sobre la fealdad de Aischeh. Si Su Señoría acepta, vaya a su casa i tráigame las ciento diez libras convenidas. Aquí esperaré con el Iman. I si Su Señoría solo ha querido burlarse de mi, sépa que se lo perdono como todo lo demas.

El Kadí se fué a su casa con un apresuramiento apenas compatible con su dignidad de majistrado. Se halagaba con la idea de casarse con la bella Aischeh, i su amor propio se sentia satisfecho por haber burlado al carpintero, que habia querido engañarlo a él, el Kadí sutil i malicioso. Antes de una hora, se encontraba de nuevo en casa del carpintero, que le esperaba en compañía del Iman. Todo quedó, entónces, arreglado en presencia del representante de la lei, como lo habia propuesto Mehmed Agha. El Kadí pudo apenas conte-

ner su impaciencia cuando su futuro suegro empezó a recitarle de nuevo la letania de los defectos físicos de su hija. El capricho del viejo en hacerle disgustable Aischeh anticipadamente, empezaba a irritarle.

—Te lo ruego, le dijo, suspende ese discurso. Ya he oído hasta la saciedad que tu hija es vieja, fea, jorobada... Admitamos que además sea ciega. La tomo tal como es, esto es lo convenido, el Iman es testigo. Toma tu dinero i guarda el documento en cuya virtud me comprometo a pagarte doscientas veinte libras si repudio a Aished... Deseo que el matrimonio sea mañana.

—Todo está en orden ya, dijo el carpintero. Mañana, la boda. Agradezco a Su Señoría el honor inmerecido que nos hace, a mí i a mi hija.

I cuando el Kadi se despidió lo acompañó hasta la puerta i respetuosamente lo saludó con un: «Allah os proteja.»

Luego se fué el Iman que, silencioso, impasible, había asistido a la discusión i conclusión del negocio.

La boda, en efecto, tuvo lugar al día siguiente. Solo Aischeh vió a la bella Saffiéh, que dió rienda suelta a su loca alegría cuando se encontró sola con su amiga. Aischeh, por el contrario, estaba triste i pensativa.

—Con tal que todo concluya bien, decía.

—¿Cómo podría ser de otro modo? replicaba Saffiéh.

—Solo una cosa me inquieta, agregó Aischeh. ¡Oh Saffiéh, mi fiel, mi única amiga, no te burles de mí! No sabes hasta que punto me es penoso un temor que me asalta... Se que soi mui fea, pero... pero Saffiéh. ¿si el Kadi no me repudiara? ¿Si, para castigarme por haberlo

engañado, me condenase a horrible soledad en su harem? ¿Qué sería de mi pobre padre i de mí misma?

Saffiéh reflexionó un instante.

—Tranquilízate dijo, te repudiará. Sólo, ten cuidado de no demostrar ningun temor, ninguna duda cuando te quites el velo delante de él. Mírale con aire burlon, para que vea que no le temes. Entónces, te repudiará, te lo garantizo.

Cuando, en la la noche, el enamorado Kadi entró a la cámara en que la pobre Aischeh le esperaba con el corazon palpitante, recitó, primero, la oracion prescrita; luego, se acercó, inquieto, a la pequeña forma blanca que se habia encojido en un rincon del divan.

—Querida dueña de mi corazon, le dijo; cuán feliz soi por poder llamarte mia! Levanta tu velo, te lo pido porque, lo mismo que el viajero errante en la noche aspira a ver la pálida luna salir de tras las nubes i alumbrar su camino, así, yo me muero del deseo de contemplar tu radioso rostro.

Aischeh se despojó de su velo, pero no fué un astro de feliz augurio el que iluminó la noche de bodas del Kadi. En medio de un rostro flaco i macilento brillaban dos ojillos maliciosos que le miraban con burlon aire de triunfo.

—¿Quién eres tú? exclamó él, apénas repuesto de su sorpresa.

—Aischeh, hija del carpintero, tu esposa.

—¡Mónstruo! Bruja abomidable! exclamó el Kadi apartándose lentamente. ¡Te repudio!

La misma noche, Aischeh volvió a casa de su padre que, como bien se comprende, la recibió con los brazos abiertos.

Al día siguiente, el Kadi fué a casa del carpintero. Saludó; sin decir una palabra dejó en la mesa una bolsa de seda e hizo señas a Mehmed para que verificara su contenido. El carpintero obedeció i, sin apurarse, contó el dinero moneda por moneda

—Doscientas veinte libras, dijo; la cuenta está exacta. He aquí el documento, que devuelvo a Su Señoría con todos mis agradecimientos.

El Kadi miró al carpintero con aire sombrío, pero el buen hombre permaneció impassible i su vista no se inclinó ante la mirada del alto i poderoso juez.

—Deseo, dijo éste por fin, que el silencio reine sobre este asunto.

El Kadi no solo temia ser objeto de la risa pública si se descubria su matrimonio: se sentia amenazado con la pérdida de su empleo, i aun con mas severos castigos, por haber invitado a una jóven a que se quitara el velo en su presencia en el tribunal.

—Guardaré silencio, respondió el carpintero.

El Kadi, baja la cabeza, se dirigió a la puerta. Antes de salir se volvió por última vez:

—Me has engañado, dijo con mal reprimida cólera.

—Su Señoría está en error, respondió tranquilamente Mehmed Agha. Yo le dije la pura verdad, no una sino diez veces. El Iman puede atestiguarlo.

El Kadi rió biliosamente:

—En todo caso, has conseguido hacer pasar trescientas treinta libras de mi bolsillo al tuyo.

—¿Su Señoría no habia hecho pasar la misma suma de mi bolsillo al suyo?

—¡Mentira: trescientas libras solamente!

—Su Señoría me las devuelve con intereses. Soi un pobre diablo; Su Señoría hace obra de caridad! Que Allah se lo recompense en este mundo o en el otro.

RODOLFO LINDAU

(Aleman)

Congreso Jeneral de Enseñanza Pública

Bajo este nombre se reunirá en el mes de Diciembre del presente año una asamblea libre encargada de estudiar todas aquellas cuestiones que a la organizacion de nuestra enseñanza se refieren.

En la misma época se abrirá una Esposicion Internacional con el objeto de exhibir el material pedagógico que entre nosotros i en los pueblos mas adelantados sirve para la trasmision objetiva del conocimiento i la demostracion de la verdad científica.

Una i otra cosa, Congreso i Esposicion, tienden a dar un poderoso impulso a la enseñanza, ya discutiendo problemas de palpitante interes público, ya mostrando a nuestros profesores i a cuantos se preocupan de la instruccion del hombre, todos los medios acumulados por la práctica de otras naciones para hacer fácil el estudio, trascendental el método, provechosos i duraderos los frutos del saber i de la primera disciplina intelectual.

El Rector de la Universidad ha tenido una feliz idea al iniciar la organizacion de este Congreso, a cuyo éxito contribuirá particularmente el deseo de realizar reformas que, en el ramo de la enseñanza nacional, se imponen a la cultura del pais.

Éstas asambleas constituyen, por otra parte, la forma de espresion mas séria que reviste en la actualidad la opinion ilustrada de los pueblos. Ellas provocan la seleccion espontánea de las aptitudes especiales que se dedican al servicio de una idea o de una ciencia i las hacen concurrir a la discusion i solucion, a veces, de árduos i dificiles problemas.

Así se reunen i se comparan los resultados obtenidos por diferentes observadores, se analizan los datos recojidos i se manifiesta, en un momento dado, el trabajo silencioso de muchos años i de muchos hombres, que han estudiado una misma cuestion en condiciones distintas i bajo aspectos mui variados.

Los Congresos de este jénero ya se aplican al desarrollo de una ciencia, de un arte o de una industria, ya al desarrollo de una institucion social. En ellos domina casi siempre, mas que el interes esclusivo de un pais, una idea altamente humanitaria, que comprende aspiraciones jenerales, sentidas a la vez por todos los pueblos que han alcanzado un grado equivalente de civilizacion. Por esto, limitados, al principio, a una rejion determinada, estienen luego su campo de accion a otras naciones, cuyo concurso solicitan en servicio de una necesidad comun, i se convierten en verdaderos órganos internacionales, que se jeneran por si mismos i que, libres de toda influencia estraña a sus propios i elevados fines, contribuyen poderosamente al progreso científico i a la confraternidad universal.

Frecuentes son estas asambleas en Europa i Estados Unidos, donde van adquiriendo el carácter de instituciones permanentes que impulsan i regulan el trabajo intelectual, abren nuevos i desconocidos rumbos a la investi-

gacion de los sabios, i preparan un estado social mas avanzado, uniformando, por el estudio de organismos politicos distintos, los medios de dar satisfaccion a los mismos intereses colectivos. La medicina, la hijiene, la enseñanza, la lejislacion internacional reciben cada dia mayor luz de estos congresos, que recojen las verdades adquiridas para incorporarlas en los hábitos i formas administrativas de los pueblos, haciéndolas factores del bienestar humano.

En Chile desde el año 1875 viene tambien introduciéndose esta práctica, i los congresos que desde esa fecha se han celebrado han sido siempre la espresion de un movimiento de progreso que se ha dejado sentir en todas las esferas de nuestra actividad social.

El «Congreso Libre de Agricultores» de 1875 marca una época en la historia de nuestras industrias. La economia i lejislacion rurales, las condiciones de explotacion, de irrigacion i seguridad de nuestros campos, sus caminos i medios de comunicacion i de transporte, la zootecnia i la enseñanza agricola, fueron cuestiones ampliamente debatidas en aquella asamblea, que dió orijen a reformas trascendentales de nuestro réjimen administrativo.

El «Congreso Nacional Pedagójico» de 1889 fué un poderoso sacudimiento para la Instruccion Primaria de este pais. Allí se desarrollaron estensamente los nuevos métodos de enseñanza, se combatió con franqueza la rutina escolar antigua i se removiό, desde su base, todo el sistema pedagójico implantado en nuestras escuelas públicas. Muchas ideas, emitidas entonces como una novedad entre nosotros, son hoi norma comun i jeneral de todo el preceptorado chileno.

En ese mismo año se reunió tambien nuestro primer

«Congreso médico» que, difundiendo las nuevas teorías etiológicas que ya enriquecían esta ciencia, señaló nuevos rumbos a la práctica profesional i a la enseñanza correspondiente, estimuló el trabajo de los profesores i dió a conocer a la sociedad la importancia que, para la salud i la vida de los hombres, tienen las aplicaciones de la higiene.

De esta asamblea nació despues la organizacion del «Congreso Médico Latino-Americano» que, reunido en Enero de 1901, fué lazo de union para las repúblicas de este continente i vigorosa expresion de su cultura científica.

No fueron solo cuestiones que interesaran especialmente a la medicina las que allí se debatieron. Un pensamiento mas jeneral, ligado al desarrollo i bienestar de nuestras sociedades, dominó casi por completo las discusiones de esta asamblea. La mayor parte de sus conclusiones tuvieron por objeto la satisfaccion de una necesidad pública, como la organizacion de la asistencia médica, el saneamiento de las ciudades, la profilaxia de las enfermedades infecciosas i muchos otros puntos que suponían un mejoramiento de nuestros hábitos i servicios administrativos, i una tendencia comun de todos los pueblos americanos a la conservacion i crecimiento de nuestra raza.

Algunas de estas conclusiones han sido ya sometidas a la consideracion del Gobierno i del Congreso de este país, i muy luego las veremos convertidas en leyes benéficas, destinadas a disminuir nuestra mortalidad i a favorecer las condiciones de nuestra energia física i moral.

La «Société Scientifique du Chili», por su parte, ayudando este movimiento de expansion intelectual, ha

organizado desde el año 1894 seis «Congresos Jenerales» que han tenido lugar en distintas ciudades de la República, i que han contribuido eficazmente a desarrollar entre nosotros el hábito de la investigacion i el amor a la verdad.

Así, por la cooperacion jenerosa de los hombres que se consagran al estudio i que se unen para difundir sus conocimientos aplicándolos a la práctica de la vida, muchos progresos han ido realizándose silenciosamente en este pais, a medida que el campo de la accion científica se ha dilatado i a medida que el saber especial ha dado forma i espresion concreta a las necesidades que sentimos.

*
* *

Entre las diferentes materias que pueden ser objeto de estos Congresos ninguna reviste mayor trascendencia social que la enseñanza. A ella corresponde la formacion del hombre i del ciudadano, la preparacion de las aptitudes especiales, que son factores imprescindibles de todo progreso técnico o industrial, la alta cultura de la intelijencia, i con ella la direccion del espíritu público, que es elemento de orden o de anarquía, segun el impulso que recibe o las ideas que lo mueven. Un sistema de enseñanza es el molde donde se vacia el carácter de muchas jeneraciones.

En Chile, sobre todo, que ha sido hasta ahora bastante feliz para no ver perturbado su natural desenvolvimiento orgánico por estemporáneas reformas i que necesita adaptar su mecanismo administrativo a los nuevos intereses i crecientes aspiraciones que día a día van surjiendo de su propia actividad política i social, la

enseñanza está llamada por su tendencia científica, a regular esta misma actividad, asegurando la estabilidad de nuestras instituciones i su desarrollo lógico i gradual.

El «Congreso Jeneral de Enseñanza Pública» que ha de reunirse en Diciembre próximo tiene, pues, un gran pensamiento que cumplir i un vasto programa que llenar.

Aunque circunscrito, al estudio de nuestros propios intereses nacionales, no elimina de ningun modo el concurso que puedan prestarnos los demas paises americanos, cuya esperiencia i cuyas luces siempre nos serán útiles para resolver problemas que afectan un mismo jénero de necesidades. La Esposicion que con este objeto se abrirá juntamente con el Congreso, permitirá desde luego a esos paises exhibir su material pedagójico, mostrar las innovaciones que en él hubieren introducido i darnos a conocer las ventajas alcanzadas con ellas.

Sin embargo, ni el tiempo en que debe realizarse esta asamblea ni la escasa preparacion que tenemos en algunos ramos de nuestra enseñanza nos autorizaban por ahora para darle francamente un carácter internacional. Convenia que estudiáramos antes nuestra propia organizacion, sus defectos i las reformas que exige; convenia que revisáramos primero todo nuestro sistema de educacion pública, conformándolo armónicamente con los diversos fines que este servicio envuelve, para introducir despues en él las modificaciones que pudiera sugerirnos la práctica de otros pueblos o los intereses i destinos comunes que con ellos nos relacionan.

Este Congreso quedará, pues limitado al exámen de nuestras instituciones nacionales; pero será jeneral i comprenderá todas las materias que a la enseñanza, en sus diferentes grados i aplicaciones, corresponden.

Con el propósito de hacer mas fácil el trabajo, uniendo siempre a la jeneralidad de los fines, la especialidad técnica que requieren las diversas materias que en él han de tratarse, se le ha dividido en seis secciones que comprenden la Enseñanza Primaria, la Enseñanza Secundaria, la Enseñanza Superior i Profesional, la Enseñanza Especial i Práctica, la Higiene, Edificacion i Mobiliario escolar i el Material de enseñanza que, como representacion objetiva de nuestro sistema pedagójico, reclama estudio atento i observacion particular.

La seleccion de los miembros que han de componer estas secciones se hará espontaneamente, inscribiéndose cada uno de ellos en la que mejor consulte sus aptitudes especiales o las materias que se proponga discutir.

Las cuestiones debatidas en cada seccion como las conclusiones adoptadas serán sometidas despues a la consideracion de todas las secciones reunidas en junta jeneral.

De este modo, los trabajos parciales hechos por las personas tecnicamente preparadas para estudiar un ramo o un punto determinado de la enseñanza, podrán ser comparados con los trabajos semejantes hechos por las demas secciones del Congreso, cuyas resoluciones finales formarán así un conjunto armónico que, reflejando las necesidades inherentes a este servicio administrativo, le dará forma i organizacion mas adecuada al cumplimiento de sus diversos fines.

Mientras tanto una Junta, elejida entre los hombres que mejor conocen la instruccion pública de este pais, se ha encargado de elaborar el programa de este Congreso i de preparar su constitucion definitiva.

Dividida en seis comisiones, que corresponden a las

secciones especiales del Congreso, esta Junta se ha impuesto previamente del estado en que se encuentran las diferentes ramas de nuestra enseñanza para someter a la consideración de aquel, con todo género de documentos i de informaciones, el orden de materias que preferentemente deben ocuparlo.

Así el plan de trabajos preparatorios formado por la Junta Organizadora será la base de las futuras discusiones del Congreso, i de ella dependerá en gran parte el éxito que se obtenga. Se han fijado ya las cuestiones que han de ser tratadas en las sesiones jenerales i especiales de esta asamblea; se han reunido todos los datos que contribuyan a ilustrarlas, i se han designado las personas que con mayor acierto i mejor conocimiento del asunto puedan desarrollar los temas indicados, formulando i proponiendo las conclusiones prácticas que de ellos se desprendan. Aplicada de esta manera la acción individual al estudio de determinados puntos ordenados i clasificados dentro de un programa jeneral, es fácil dirigir el esfuerzo comun a una reforma sistemática, bien pensada i concebida, de nuestras instituciones docentes.

*
**

Basta desde luego la simple enumeración de las cuestiones sometidas a la consideración del Congreso por la Junta Organizadora para comprender el pensamiento que ha guiado a ésta i que habrá de dominar en las discusiones de aquel.

Este pensamiento no es otro que la reorganización de nuestra enseñanza conforme a un plan armónico que, consagrando la unidad del fin social que toda educación pública se propone, se adapte, sin embargo, a los diver-

sos intereses i variados destinos de la actividad humana.

En el mecanismo de nuestra enseñanza se pierde una cantidad considerable de fuerza por falta de engranaje de sus elementos. La preparacion que recibe el niño en una escuela primaria no le permite continuar sin interrupcion sus estudios de humanidades, si quiere seguir una carrera, ni lo habilita tampoco para el ejercicio práctico de ninguna de su facultades. El alumno de nuestros liceos abandona jeneralmente las aulas en los primeros años sin que los conocimientos adquiridos hayan alcanzado a determinar en él una vocacion. Los establecimientos de instruccion técnica i especial que se han creado, si bien atienden a las distintas necesidades que se han hecho sentir en el país, no tienen eslabon ninguno que los una a los demas ramos de la enseñanza pública, i son por lo tanto centros aislados, que solo aprovecha accidentalmente una parte mui insignificante de la juventud.

Cada uno de los órdenes de nuestra enseñanza ha venido desenvolviéndose de una manera independiente, sin direccion única, sin mira fija, sin otro móvil que la vaga aspiracion a una cultura mas estensa.

La lei de 1860 organizó la instruccion primaria, la de 1879 la instruccion secundaria i superior, diferentes decretos gubernativos han abierto posteriormente a los estudios técnicos un vasto campo de aplicaciones. Pero ni estos estudios han seguido un plan uniforme en su desarrollo, ni se han ligado tampoco al resto de la enseñanza como complemento de una preparacion anterior o como término de una carrera profesional.

No ha sido este, sin embargo, el propósito de nuestros lejisladores, que han querido dar unidad a este rodaje

administrativo. Establece espresamente la Constitución que *«habrá una Superintendencia de educacion, a cuyo cargo estará la inspeccion de la enseñanza nacional i su direccion bajo la autoridad del Gobierno»*; i la lei de 1879, repitiendo este mandato, encarga a un Consejo de Instruccion *«la superintendencia de la enseñanza costeada por el Estado»*.

Hasta ahora solo la instruccion secundaria i la superior han estado sometidas a la vijilancia de este Consejo que, sin accion sobre las demas ramas de la enseñanza pública, no ha podido amoldarlas todas a una organizacion comun que corresponda a sus reciprocas relaciones.

Este solo resultado que obtuviera el futuro Congreso de Enseñanza bastaria para asegurar el éxito de sus trabajos. De esta idea fundamental dependen en gran parte las otras cuestiones que han de discutirse. Un plan jeneral de educacion importa tanto al desarrollo moral de una sociedad como una red de ferrocarriles al progreso agrícola de un pais.

LUIS ESPEJO V.



Del modernismo en América

Un espíritu selecto de la nueva jeneracion intelectual americana, en el mas reciente de sus libros, quèjase con infantil amargura de la pretendida implacable guerra que los criticos viejos i mal humorados se pasan haciendo al *modernismo*.

Harto celoso i estremadamente exajerado es en sus apreciaciones el jóven escritor. Si algun pecado llevan sobre la conciencia los criticos, «los implacables» criticos, es el inconcebible pecado de indiferentismo con que miraron i miran aun la violenta evolucion de la literatura en América. El caso es verdaderamente lamentable. Porque esos señores, tan hábiles para caer con la velocidad del rayo sobre puntos gramaticales de escasa o ninguna importancia, apénas si se han ocupado de un hecho de tan extraordinaria magnitud, digno de mui meditado estudio, o cuando ménos digno de mui atenta observacion.

Mucho habria ganado la crítica analizándolo detenidamente, dándole de una vez todo su valor i sabiendo, como sabia de antemano, que el hecho no era aislado, que tuvo su jénesis allá en las lejanías de un pasado floreciente, i que por ende fué el resultado de otros muchos anteriores, producto mas o ménos espléndido de ideas

raras que, en un principio, quedaron como flotando en el espacio sin encontrar donde posarse, i que luego, por una especie de asimilacion inconsciente, esas ideas, tras una labor maravillosa de fecundidad, se multiplicaron, crecieron i viajaron hasta encarnar en espíritus lozanos, sedientos de aire i luz, i ávidos de conquistas bulliciosas.

*
* *

Partiendo de este principio, puede decirse que el modernismo es visiblemente, absolutamente híbrido. Nació en Francia; nació, a juicio de alguien muy autorizado en la materia, de varias literaturas extranjeras, especialmente de las literaturas rusa i alemana, que produjeron allí la primera i mas grande conmocion iconoclasta hasta ahora conocida, de igual modo que la onda jermana i orientalista produjo, mucho ántes en los países latinos, la esplosion romántica.

De allá, en consecuencia, i no de otra parte, deriva el modernismo, ese calumniado modernismo que es, sencillamente, en sustancia, un señaladisimo triunfo de la originalidad individual sobre toda norma anticuada, sobre toda lei de estrecheces académicas i sobre el intolerante formulismo, en fin, de las viejas escuelas literarias.

Cuando la onda avasalladora llegó a la América española, puede decirse que se encontró con las ventanas abiertas de par en par, i por ellas entró la luz a torrentes, deslumbrando, trastornando, es verdad, muchas inteligencias, mas vigorizando muchas otras preparadas para gozar de su esplendor sin aturdirse. La agitacion existia; se escuchaban rumores de impaciencia por todas partes; i el nuevo criterio, o mejor dicho aun, las nuevas tendencias, se orientaban. Algunos no dijerian bien a Taine,

pero lo leían; leían a Renán, leían a Tolstoi, leían a Ibsen. Ya Montalvo ensayaba a retorcer audazmente el castellano hasta hacer infalsificable el sello de su estilo, i Martí decía cosas estupendas, atrevidísimas, en un lenguaje caliente i vistoso en que iba siempre unido el artista al insurrecto.

De toda esa rumorosa ajitacion parece que no se dieron cuenta ni los críticos mas avisados i dispuestos al estancamiento del idioma, ni los amantes, no mui pulcros, del manoseado clasicismo, ni los románticos que, fieles a sus buenos tiempos jeremiacos, consideraban un deber la triste mision de bañar de lágrimas el continente, ni los llamados idealistas que, unidos a los «hugianos», se creían revolucionarios porque vivían lanzando gritos estentóreos, ensordeciendo de esta suerte a todo el mundo sin ninguna necesidad i sin que hubiera mayor motivo para tanto.

En este estado, como queda dicho mas arriba, halló la onda modernista a la jente americana. Los escritores mas jóvenes o mas impresionables se lanzaron de cabeza al medio de la corriente i fueron arrollados; los mas prudentes se quedaron a la orilla.

*
* *

Aun se recuerda con pena la espantosa confusion que allí produjo la invasion del modernismo.

En algunos cerebros harto acalorados, en donde las ideas andaban todavia dando saltos, se almacenaron de un golpe las nuevas fórmulas, i cuando quisieron salir luminosas i triunfantes, salieron todas en desórden, alocadas, atropellándose i sin la compostura exigida por la estética. Pero ¿qué les importaba a ellos la estética en

cuestiones literarias si eran independientes, ¡modernistas!, revolucionarios i rebeldes? ...

Por rebeldes i revolucionarios emplearon un lenguaje tan estraño en sus mas descabelladas concepciones que, leyéndoles a la larga, acababa uno por volverse loco. Quien mas, quien ménos de entre ellos, se creyó con derecho a inventar palabras de todos colores i calibres con objeto de alcanzar mas pronto la cumbre de la orijinalidad, i a título de innovadores profesaban la impunidad mas absoluta en cuestion de idioma, llegando, naturalmente, por este medio socorrido, a escribir un español babélico, espantoso, español de signos i jeroglíficos i monstruosidades tales, que mas que un idioma parecia aquello un léxico de loros sabios, en el cual habian sido puestos a contribucion retazos de lenguas exóticas.

Felizmente la nueva escuela, traicionada, ultrajada por los precoces estranguladores del idioma, volvió por sus fueros con una retórica i una técnica admirables, i técnica i retórica se acomodaron a maravilla a las bizarrías intelectuales de sus lejitimos apóstoles. Estos apóstoles reivindicadores eran tambien jóvenes; pero jóvenes que no hojeaban los libros nuevos a la diabla i que, *antes de jurar bandera*, se habian tomado el trabajo de ahondar la tendencia de la causa que abrazaban.

Bautista reconocido del famoso apostolado fué Rubén Dario: nadie lo ignora. Distinguianse, no obstante, a la sazón, modelos de orijinalidad i buen decir: Julian del Casal, en Cuba, i Gutierrez Nájera, en Méjico. A poco se formaron, como obedeciendo a una consigna extraordinaria, en todas las demas Repúblicas del Continente, lejiones de jóvenes ganosos de personalizarse i bullir, i establecióse al punto, de pueblo a pueblo, un ince-

sante i simpático comercio intelectual, que dió por resultado inmediato, fecundo i prodijioso período de revistas i libros; libros i revistas que no leían en la Península.

Mas tarde, decaído ya el entusiasmo, pero formado, como si dijéramos, el nuevo criterio i acentuada la tendencia, la juventud se dividió en varias agrupaciones, entre las cuales, como ya se sabe, hicieron por algun tiempo mucho ruido los decadentes, los *individualistas*, que se embriagaban con observaciones sobre sí mismos, i los que, confundiendo acaso el término, se llamaron simbolistas. Las dos primeras agrupaciones parece que han desaparecido de la escena: ya nadie los oye ni quiere oírlos. Quedan en pié los dichos simbolistas, que aun llevan la fiebre del *color* agarrada a la sangre: el color se les sube a la cabeza i los domina; los domina la imagen *lilial* i el jiro *azul* de la leyenda nueva; por eso abusan del *perfume de las palabras* i huyen asustados del valor de las ideas.

Oponiéndose a ellos, involuntariamente talvez, pero dando a sus producciones la mas alta i vivaz aspiracion del sentimiento americano, han iniciado alli dos o tres jóvenes un arte autónomo, que no tiene, por lo que se ve, bastante vigor para arraigar de firme en aquellas tierras movedizas. A ese arte lo denominan *criollismo*, i de él solo se han hecho, que yo sepa, mui pocos ensayos. Los que tengan en América bastante valor i bastante fuerza para hacerlo renacer i triunfar, no deben abandonar su cultivo, laborioso i constante; porque literatura nuestra, literatura que refleje nuestra vida interior, es decir, nuestro complejo estado social, en realidad no existe, a pesar de que ya observa en ella P. E.

Coll un cierto «aire de familia» que le estaba haciendo mucha falta.

Para que la literatura en América subsista con aire de familia, no necesitan los autores jóvenes, que se esfuerzan por elevarla al puesto que merece, alejarse, ni mucho menos, de las corrientes europeas. No necesita uno distanciarse de las nuevas ideas, no se necesita de formar el idioma para hacer literatura *característica*, por así decirlo, o literatura de *orijinalismo*, si vale el término. Ejemplo: tres escritores escojidos de la nueva jeneracion, César Zumeta, José Enrique Rodó i M. Diaz Rodriguez, hacen labor intensísima dentro del modernismo i manejan, sin embargo, admirablemente, majistralmente, el castellano. De los tres puede decirse que son impecables, i los tres han abordado temas difíciles, peligrosos en punto a cosas de América, i han salido triunfantes de la prueba.

Yo no sé por qué los demas no ensayan a hacer lo mismo.

*
* *

Hilvanadas las presentes líneas para una revista literaria madrileña de criterio liberal amplísimo, cabe en ella, perfectamente bien ajustada a sus móviles, una pregunta que considero de importancia, a saber:

¿Por qué los escritores españoles, despues del último Congreso Hispano-Americano celebrado en Madrid, despues de haber prometido villas i castillos para lo porvenir, no han vuelto ni siquiera a ocuparse del movimiento intelectual de América, cuando tan poco trabajo les costaba? A España, por de pronto, le importa mucho tomar nota de la transformacion que allá se ha

hecho del habla que nos legó. Si los modernistas continúan transformándola o remozándola inconsultamente es, sépanlo de una vez los que en España lo ignoren, con el exclusivo fin de *adaptarla a las exigencias del pensamiento contemporáneo*.

Abriérase un proceso literario a propósito de tan «abominable» crimen, i erijidos en jueces i fiscales los literatos españoles, en grave aprieto se verían de fijo para acusar a los autores del delito; porque a ellos, ántes que nadie, les toca por entero la responsabilidad, si la hubo. En América se rendía culto casi idolátrico a la literatura española, miéntras en España se vió siempre con marcada indiferencia todo lo que de América venía, a pesar de que nuestros viejos escritores, sin valor para emanciparse, permanecían fieles i, mas que fieles, sumisos a la forma «inmutable», sintiéndose felices cuando doblegaban el pensamiento a la tiranía del pasado i tendían, como manto de homenaje a las puertas de la Academia, su docilidad de tributarios de la lengua. ¡Con qué derecho se atreverían entónces a acusar, ni éstos ni aquéllos, a los que fatigados de ese convencional trazado sobre la conquista i pasivamente conservado hasta ayer, desplegan hoi bandera de renovación, probando a marchar al traves de una línea de luz hácia otros mundos! Con la mano sobre la conciencia diga álguien ahí si es verdad o no que los modernistas tuvieron razon para hacer eso.

Una buena parte de la jente intelectual de la Península, de la jente jóven, sabe ya cómo siente, cómo piensa i en qué forma se espresa la de América; i sabe ademas, que dentro de su literatura se mueve un noble vigoroso ideal de confraternidad, mui sincero i mui rico

en mesiánicos jérmenes de renacimiento. Urje, por lo tanto, que los demas tambien lo sepan para que España i América se unan *en mas intima comunion, como altas razones lo requieren.*

MIGUEL EDUARDO PARDO.

La plegaria del poeta

«¡Madre, yo me arrodillo i me arrepiento!

Yo sé que no ha tenido
ni un instante de tregua el sufrimiento
con que te hirió mi criminal olvido!

«El sol de mi alegría
lanza su luz muriente en el ocaso...
¡Ultimo amor del alma... madre mía,
abrigame de nuevo en tu regazo,
quiero amar i ser jóven todavía!

«El lirio que las selvas embalsama,
el aura, el bosque con murmullo quedo,
dicen al corazon: ¡espera i ama!
i el corazon responde: ¡ya no puedo!

«La flor que el viento deshojó iracundo
da al viento su agonía en un perfume!
el alma que de hastío se consume
no tiene aromas que brindar al mundo!

«¿Ves inclinado, en la desierta vega,
ese arbusto sin hojas ni verdes?
ese es mi corazon que se doblega
después que dió al amor todas sus flores!

«Atrás... mi juventud miro perdida;
sin fé ni amor... la soledad me aterra;
por eso a ti mi corazon se aferra
con las últimas fuerzas de la vida!

«Viene la noche con profundo duelo;
talvez no alcance a retornar al nido...
Estoi enfermo, madre, estoi herido;
porque muera a tu lado ruega al cielo!

«I Dios que es justo escuchará tu grito,
i Dios que es bueno enjugará tu llanto,
que si en impuro lodazal me ajito,
tu amor me salva... ¡que tu amor es santo!»

A. MAURET CAAMAÑO.

Valparaiso, 1902.



El Paraguai intelectual

(Conferencia leida en el Ateneo de Santiago el 26 de Noviembre)

*A mi estimado e inteligente amigo
el Dr. Guillermo Guerra*

Solo las jenerosas muestras de simpatia i confraternidad acendradas que ya en mas de una ocasion ha tributado Chile al Paraguai, mi patria, han podido justificar en mi el atrevimiento de ocupar este sitio en un Centro como el Ateneo tan importante que supo convertirse hace poco en digno intérprete del sentimiento nacional, al rendir al señor Barros Arana el homenaje debido a la mas culminante de las figuras chilenas de la actualidad.

Invoco así tanto mas vuestra benevolencia cuanto ménos interesante para vosotros considero esta conferencia que, con fuerzas intelectuales tan débiles como las mias, va a versar sobre tema tan abstruso como el estado intelectual del Paraguai.

No es mi ánimo probar que atravesamos un período de florescencia lozana, de madurez casi próxima; mi intento es mas modesto i por ende mas sensato: se reduce a constatar que si bien no andamos a la altura de nuestros hermanos del uno i otro lado de los Andes ni a la

de nuestras glorias militares, en actividad mental, cuando ménos no vamos tan mal como jeneralmente se cree; i aunque escasa i reciente tenemos ya una vida intelectual propia.

No solo sigue viviendo el Paraguai, contra la opinion rimada de Guido Spano—el viejo bardo argentino—sino que ademas, sobre la materialidad de la vida que va resurjiendo poderosamente, encuadrada en las hermosuras de su suelo, ha encendido de nuevo la chispa de Prometeo. Es todavia un «paraiso» para los estraños que le visitan; pero ya no le pueblan solo los indios i las fieras, como lo supuso Castelar, sino tambien jente civilizada. Un compatriota del mismo príncipe de la oratoria castellana, que no es desconocido en España i Sud-América, el doctor Alonso Criado, cónsul de Chile i el Paraguai, en Montevideo, escribia ya en 1896 que: puede decirse con toda seguridad que la ilustre víctima de la historia americana, ese Paraguai, sumido en tinieblas a mediados del siglo XVIII i casi aniquilado despues de mediado el XIX, no ha necesitado mas de cinco lustros para reponerse de sus enormes quebrantos, i mostrarse rejuvenecido, gallardo i brioso ante los mismos admiradores de su último martirio... Hasta el renacimiento literario, el mas difícil i que parecia imposible, es ya un hecho en el Paraguai».

Sin embargo, tócame observar que esta opinion estranjera se halla a tal punto contrarrestada que casi todo cuanto se refiere al Paraguai, es asunto poco ménos que desconocido, lo mismo para sus hermanos, los pueblos americanos, que para el Viejo Mundo, salvo uno o dos curiosos que nunca faltan en cualquier pais. Por lo demas, si algo se dice de él es falso o adulterado con ser casi

todo ello desfavorable o malo. Así su posición mediterránea hace presumir que está incomunicado con el mar hasta el extremo de que no ha faltado quien preguntase cuántos días de mula se emplean en llegar a la Asunción; su clima tiene fama de ser irresistible para el europeo. De su historia no se sabe sino la existencia de un imperio jesuítico, tres grandes tiranos, Francia i los Lopez; i se cree que no tuvo participación en la independencia americana. Su diplomacia solo es juzgada por sus desaciertos.

I sin embargo, el río Paraguai que arranca a pocas leguas de los mayores afluentes del Amazonas, permite el paso por todo nuestro territorio a buques de casi 2,000 toneladas, pertenecientes a varias compañías, una de las cuales tienen los mas lujosos i cómodos de Sud-América, que van de la Asunción a Buenos Aires en cuatro días; la mayor parte del territorio está bajo la región templada, i en la misma porción que queda arriba del trópico, no hai casos de insolación como en Buenos Aires ni reina un calor tan enervante que impida la robustez en 50,000 obreros que se alimentan con muy poco mas que el *tereré* (infusión fría de la yerba-maté) en los yerbales, esto es, a la intemperie. Ni siquiera es cierto que la población indijena del Paraguai haya sido la mas ruda, antropófaga i refractaria al progreso (como opinan algunos escritores entre los cuales puedo citar a don Alejandro Huneeus. La ciencia i la religión); ni que su vida colonial haya sido la mas alejada de los movimientos progresistas de Sud-América.

El Paraguai antiguo, si no tuvo el título, en cambio adquirió desde sus comienzos la importancia de un virreinato. Gigante de las Provincias Indias le llamaron los

primeros cronistas españoles de la conquista i colonización. No tuvo Universidad, pero sus hijos o la fundaban en otras partes, como en Córdoba lo hizo Hernando de Trejo i Sanabria; o se educaban en ellas, como Cañete en la de Santiago i Francia i otros en la precitada. I dice don Gabriel René Moreno que el primero, Cañete, estaba a cien codos sobre muchos personajes que figuraron en la época i figuran en la historia de la emancipación sud-americana, como protagonistas o poco ménos. I Carlile dedicó al segundo una biografía en que casi le considera como a uno de sus héroes. I así otros paraguayos coloniales mas.

No fué tampoco la raza guarani la mas ruda i refractaria al progreso sino todo lo contrario: los etnólogos le vieron siempre mas predisposición a recibir las influencias del progreso que los charruas del Uruguai i los querandies de la Arjentina. No alcanzó la civilización inca. Pero tenia tambien estabilidad, agricultura, relijion ideal, un idioma «donde todos los dias se hallan cosas dignas de reparo por ser mui artificioso i dilatado» segun uno de sus mas ilustres maestros; rapsodias como las homéricas, en lugar de quipus; i una hábil i disciplinada distribución de cacicasgos independientes, pero confederados, todo lo cual revela ya que no una civilización, por lo ménos un paso mas del estado verdaderamente primitivo del salvajismo puro. I cuando con ella se cruzó *la jente mas linajuda e hidalga que haya pisado talvez el Nuevo Mundo* (segun un historiador jesuita) la mezcla resultante, ántes que la mas ruda i refractaria al progreso, fué la primera en Sud-America en dar gobernadores mestizos, como Hernando Arias de Saavedra, quien en las tres épocas que lo fué, con aprobacion del rei,

durante ménos de seis años en conjunto, con obras tan importantes como la fundacion de la enseńanza pública, la introduccion de los jesuitas, la segregacion de Buenos Aires, la inclusion de la yerba-mate en la industria local, se convirtió en uno de los pocos excelentes que tuvo la colonia en 300 años.

Ejemplo de la ninguna rudeza del Paraguai indijena i colonial ofrecieron sus misiones jesuíticas, que asombraron a todo el mundo i llamaron la atencion de escritores de la talla de Muratori, Voltaire, Chateaubriand. I si all  los jesuitas realizaron obras tan sorprendentes, no fué debido esto a que tuviesen mayor habilidad en esa tierra, sino a la mejor calidad del terreno material i espiritual. Ya ántes de ellos «no obstante la imperfeccion de los medios eran los guaraníes notables por la delicadeza i perfeccion de sus labores». Por otra parte, no todo es forjado en la leyenda de su sumision: a la manera de la serpiente; mejor todavía, asemejanza del *caburei* (un ave de rapiña) que atrae sus presas con sus chillidos, el jesuita hizo con su flauta i su violin que el indio saliese del bosque i se llegase hasta él hipnotizado, rendido, como fiera amansada. Con estas predisposiciones, el jesuita elaboró su obra. I en ella, dice un historiador: vez ha habido en que la delicadeza se injeni  tanto (en el indijena) para la viva imitacion que no alcanzó la mas tildada observacion a discernir entre el ejemplar i el retrato. I gracias a ello, pudo decirse que se *ha oido* orquestas mejores en esas iglesias que en catedrales europeas; i que obras escultóricas i pictóricas indijenas habia que rayaban en lo perfecto.

Tocante a la intervencion del Paraguai en la vida americana, ella dió el primer grito de independenciam en

Sud-América, en 1718, en su revolucion de los comuneros, movimiento que no solo llegó a triunfar en el campo de batalla sino que además trascendió hasta Lima en un motin. Fueron protegidos por el Paraguai, Buenos Aires (1806-1810) i el Uruguai en los movimientos iniciales de su emancipacion. I para que el nombre de *paraguayo* pudiera inscribirse tambien en la epopeya que tuvo por protagonistas a San Martin i Bolivar, un guaireño Bogado, soldado, en 1814, tras la batalla de San Lorenzo, volvió hecho coronel del Pichincha, al mando de los famosos granaderos de los Andes o granaderos a caballo de San Martin.

Sobre lo indicado, extranjero hai (el doctor M. Fernández Sanchez) que certifica el haber sido paraguayos «los que escribieron la historia arjentina; que dotaron a la Arjentina de su primera Universidad; o ayudaron a la Madrid para que en Cinti realizara su hombrada; o estuvieron en Ayacucho; o salvaron el honor de las armas en el Callao; o en Santiago de Chile erijieron la Catedral o contribuyeron cual el canónigo Fretes a la obra de su emancipacion, sin contar con que podemos enorgullecernos de los nombres ilustres por méritos análogos de Azcona Barrientos, Achar, Rojas, Gonzalez, Santa Cruz i otros. I el doctor Alonso Criado afirmaba por su parte en la fecha apuntada ya: Sabido es que la fertilisima comarca preferida por los descubridores para centro de la conquista i colonizacion de toda la parte oriental de Sud-America fué la primera en establecer imprentas i publicar obras en latin, castellano i guarani, iniciativa a que correspondió la culta Europa consagrandolo al Paraguai mayor número de volúmenes que acualquiera otra de las jóvenes naciones del Nuevo Mundo.

I si a estos testimonios se agregan el de un argentino, Alberdi, en prueba de que fuimos los primeros del Plata en abrir nuestros ríos a la navegación europea, el del diplomático norte-americano Washbrou según el cual, anticipándonos entre otros al Brasil, ofrecimos con la abolición de la esclavitud un ejemplo digno de haber sido imitado por la patria de Lincoln; el de un alemán, von Fisher Treuenfeld sobre nuestra prioridad en muchas novedades militares, (1) i el de gran número en fin de nombres i de hechos en honor de nuestra diplomacia, (2) es

(1) R. von Fisher Treuenfeld, dedicó a Molke un estudio sobre Telegrafía militar; i su dedicatoria es talvez la única aceptada por el Feld-Mariscal. Dice von Fisher Treuenfeld que nuestra guerra del 65 fué iniciadora de varios progresos militares importantísimos; i cita los siguientes: combate naval entre vapores de guerra; servicio telegráfico del cuartel jeneral al frente del ejército; vagones blindados de ferrocarril; imprenta de campaña para el servicio del ejército i proyectil horador de acero para ser empleado contra los buques blindados. Además, como decía una vez el Dr. Domínguez (M.) la victoria de Curupayty lo fué mas que del valor paraguayo, de la ciencia militar.

(2) En lo referente a la diplomacia le servían al Paraguai extranjeros ilustres como C. Calvo el internacionalista argentino; E. Reclus, el jeógrafo francés i otros franceses mas i con su propaganda en 7 u 8 periódicos de París convencieron al Jefe del Gabinete imperial de D. Pedro II, Sr. Zaccarias, de que la causa paraguaya estaba mejor defendida que la de los aliados, apesar del dinero i las condecoraciones que éstos prodigaban. O bien, nacionales ilustrados como José Berges, que obtuvo en Norte América, en un juri de 3 miembros de que formaba parte, una sentencia favorable del Presidente C. A. Lopez i contraria a los intereses i sobre todo a la voluntad del norte-americano—en un pleito internacional privado; o servidores aunque modestos hábiles como G. Benítez, amigo de Alberdi—una carta de éste a aquél ha servido precisamente de cuerpo de delito a algunos furiosos patriotas argentinos para acusarle a su gran compatriota de traidor—que obtuvo de Grant i Napoleón III la promesa de una mediación conjunta que se habría efectuado de retardarse nuestra guerra algunos meses mas. En el terreno de los hechos el Paraguai imponía a su voluntad a la S. Sede; o tratados como el que valió al diplomático brasileiro Ferreyra de Oliveira ser llevado en el mismo año ante un consejo de guerra de su país; u obtenía triunfos diplomáticos como el de 1813 sobre Buenos Aires, a raíz de su independen-

indudable i resaltante que todo era digno de nuestra energía i renombre de guerrero americano. Porque es escusado demostrar que siendo Chile i el Paraguai los dos pueblos superiores en las guerras del Nuevo Mundo, uno i otro no difieren sino en que el Paraguai es el guerrero del pasado pues ha caido i Chile es el guerrero del presente, pues se ha levantado.

*
* *

El primer escritor paraguayo de que se tiene noticia es Ruiz Diaz de Guzman, hijo de una mestiza. Pasó su vida guerreando. Escribió la primera historia del Rio de la Plata. Su estilo nada tiene de particular, pues no difiere del usado por el vulgo de licenciados contemporáneos. Mucho de lo que narra lo conoció personalmente como actor o espectador, no obstante muchas fábulas i cuentos como los pormenores sobre la famosa ciudad de los césares, los tigres que respetan a mujeres atadas i otros del mismo jaez. Murió a principios del siglo XVII.

El segundo lugar corresponde en relacion al tiempo, a Fernando Mompox, orador que predicó la doctrina de los comuneros, inspirado por Antequera i Castro, agitador peruano, con quien estuvo preso en Lima. Tuvo habilidad o elocuencia segun denotaron los efectos de

cia; los de 1826 i 53 sobre el Brasil; el del 54 sobre Norte-América—sin menciónar las veces en que, revelando mas poder material i moral que intelectual, hizo respetar por la fuerza sus derechos, cañoneando buques norteamericanos u ocupando territorios arjentino i brasilero, hasta conseguir lo que en derecho de jentes se le debia. Como queda dicho en el testo todo aquello ha pasado, pero tiene para nosotros un gran valor tradicional.

su propaganda. Escapado de una prision bonaerense, desapareció misteriosamente en el Brasil.

El tercer lugar cronológico i primero en importancia ocupa Pedro Vicente Cañete, doctor *in utroque*, por la Universidad de San Felipe en Santiago de Chile. Sin jenero de duda fué el paraguayo mas notable por el brillo, la estension i la fama de sus luces de cuantos se distinguieron en la época colonial, i aun mas en las provincias ajenas que en la propia. Mas aun: fué personaje de primera línea en los tiempos de la independendencia americana. Por eso, escritores tan conocidos i eruditos como los señores J. T. Medina i G. R. Moreno han tratado de desenterrar su nombre i su figura del olvido en que yacian hasta hace poco. Afirma el segundo de ellos: A cien codos mas arriba que otros literatos i polítics sud-americanos de mérito subalterno i sin importancia de primera línea en las ocurrencias de su época, Cañete no ha obtenido como ellos póstumos aplausos en prosa i verso. I el jeneral Mitre asegura que en la ocasion solemne para España i América en que su «docta pluma» se ocupó en el drama que se iniciaba, él, considerado como el oráculo del Derecho en el Alto Perú, vió mas léjos i mejor que las miradas mas perspicaces que le rodeaban en la audiencia de Charcas. De ajitarse en otra época i en otro medio hubiera pasado a la historia en calidad de procer americano; pero sus hechos en tierra estraña i ser la Corte el mas justo siempre con él, le convirtieron en el mas decidido conservador; su ingenio netamente español elaborado por una educacion netamente canónica trocó en sofisteria escolástica lo que pudo tener de criterio científico. I el odio republicano

le dió el golpe de gracia; inutilizando su nombre para el porvenir. (3)

Despues de los tres citados no hubo paraguayos de igual figuracion hasta la época de la independencia en que aparecen dos dignos de llamar la atencion: José Gaspar Rodriguez de Francia i Mariano Antonio Molas.

No descolló el primero por sus escritos juridicos, con ser doctor en Derecho. Seméjante a Neron, no le fué dado tener suficientemente la válvula artistica de escape de ideas i sentimientos malsanos, i por ende, válvula de seguridad, segun Ferrero, con que cuenta la neurosis del siglo.

Escribió si los considerandos de sus actos de tirania; el reglamento de la organizacion politica que le llevó a la dictadura; la esplicacion del aislamiento del Paraguai en una carta a Bolivar, una refutacion insultante i biliosa al estudio histórico sobre el Paraguai de Rengger i

(3) Nieto de Ruiz Diaz de Guzman nació por los años de 1749; llegó a reunir muchos méritos oficiales: al siguiente día de añadir la toga a su doctorado en teología, obtuvo la cátedra de artes en la Universidad de S. Felipe de Santiago, por concurso de oposicion con varios aspirantes. Pasó en el transcurso de 8 años a contar desde 1784, por los cargos de Asesor jeneral i auditor de guerra del 1.^{er} Virrei del Rio de la Plata; de Melo de Portugal, Gobernador del Paraguai i Teniente letrado i Asesor de la Intendencia de Potosí. Finalmente fue Asesor i despues Fiscal de la Audiencia de Charcas.

Aparte de sus discursos forenses escribió monografias sobre Patronazgo (1789); real hacienda (en jurisprudencia civil i teología) (1800); fundacion de Buenos Aires (1862) Intendencia de Potosí (1862); lejitimidad de la Rejencia española de la época (1810), la confesion i la traicion (1812); i una historia de Potosí que parece haberse perdido, apesar de que para D. José T. Medina ella es la publicada por el boliviano D. Vicente Ballivian en el Archivo Boliviano (T. I.) con otra paternidad literaria. Ademas existe en poder de sus herederos una gran cantidad de papeles inéditos, segun me lo espresó hace poco el Sr. G. R. Moreno, quien lo supo por relacion de un biznieto de Cañete, el ex-Secretario de la Legacion de Bolivia en Chile, Ivarnegarai.

Longchamps. Pero todas estas obras desaparecen a la sombra de la magna que realizó modelando, escribiendo en las carnes de un pueblo el tatuaje social que concibiera en sus sombrías elucubraciones.

En este autor la inteligencia fué mas que Saturno, se devoró a si misma: mató a la inteligencia, al pensamiento paraguayo. (4)

Veamos ahora a la victima. Por supuesto su obra debió resentirse cuando ménos de la mazmorra. Su primer editor cree en efecto que la Descripción histórica de la Antigua Provincia del Paraguai la escribió Molas en la cárcel. (5)

Nació el autor en 1787. Estudió Derecho en Buenos Aires i lo practicó en el estudio del famoso abogado argentino, Dr. Castelli. Ya en la vida pública de su patria, provocó el acto mas trascendental talvez de la revolucion: la destitucion del Gobernador español Velazco. Bajo la dictadura desafió las iras del tirano en favor de los inocentes; i por su defensa fué encarcelado largos años. Libre a la muerte de Francia, vivió pobre i oscurecido hasta 1844.

Como queda indicado su obra es de carácter histórico. Se distingue por su concision segun su editor A. J. Carranza. Es la pieza literaria mas importante dejada por las plumas paraguayas de la época.

(4) El mayor cargo que le hace en efecto el Dr. Dominguez es el no haber hecho nada por la instruccion pública. Sin embargo no fué al extremo que hacen creer D. Decoud, V. Arreguine i otros que en él se han ocupado, de no respetar la vida de los sabios. Respetó la de Bompland i dió facilidades a Reugger, Longchamp i hasta al patrañero Robertson. Por lo demas, al decir de D. Eusebio Lillo, fué un tirano a la antigua: formó el sentimiento nacional, aunque no el cívico.

(5) Dominguez cree que no la escribió en la cárcel; Garai que no es suya.

*
* *

Llegó el tiempo de los Lopez, que fué algo así como los tiempos heroicos de nuestra historia contemporánea. Jardín de las hesperides americanas, durante él, estuvimos a punto de renovar la antigua grandeza del Jigante de las Provincias Indias.

Tuvimos entonces arsenales, armada, minas i fundiciones en actividad; las primeras líneas ferroviarias i telegráficas del Plata; palacios hermosos, diplomacia hábil, himno i canción nacional, Constitución, marina mercante, Escuela Superior de Humanidades; imprentas i periódicos nacionales, todo ello por primera vez o en escala nunca vista en el Plata.

Ildefonso de Bermejo, (6) citado por Valera en su carta americana sobre Santiago Esirada, era el Director de aquella Escuela. El más fecundo de los poetas sud-americanos de la época, el oriental Figueroa, componía nuestro himno; un francés, Despuy, su canto. Sabios europeos como Mantegazza, Parodi, Spegazzini, etc. visitaban nuestro país. Jóvenes estudiantes iban a Inglaterra i Francia a cursar estudios superiores.

El estado no tenía deuda externa ni interna, acuñaba monedas fuertes de oro i plata, i tenía grandes fondos de reserva.

I esta prosperidad que se iniciaba i crecía rápidamente (a pesar del catecismo de S. Alberto, llamado el código de la tiranía, cartilla de las casi 500 escuelas entonces existentes) se iba convirtiendo en el jermen más adecua-

(6) A su regreso del Paraguay llegó a ser él con Masterman, uno de los más crueles difamadores del Paraguay.

do a una poderosa evolucion intelectual i literaria.

Sin embargo, cuando apenas iba consolidándose, a los 20 años, se produjo de súbito nuestro desastre épico.

I de aquel corto período no quedan sino dos nombres ilustres, los dos en la historia de nuestras letras: Natalicio Talavera i José Berges. I triste cosa, solo una poesia del primero (*A mi madre*) i un discurso del segundo, sobre la tumba del Jeneral Diaz, que dan con los caracteres de una verdadera pieza literaria. Mas que verósimo probable es que algunas de las elocuentes i bien escritas notas del M. Lopez hubiesen sido redactadas por Berges; innegable que un fragmento de himno (por el cual Andrade, el poeta arjentino le llamó el Tirteo paraguay) fué compuesto por Talavera; pero ni Berges atestiguó mas paternidad que sobre el discurso mencionado; ni el segundo es con seguridad el autor de una hermosa composicion que publiqué una vez como suya con el título de El centinela, ni sus ensayos en *El Semanario* son siquiera correctos o reveladores de mucha educacion estética. Esto no quiere decir que ambos careciesen de una regular suma de conocimientos i gustos literarios. Sin ser alambicado, el poeta es clásico: el orador sabe evocar para encontrarle dignos moldes al Jeneral Diaz, no solo los recuerdos mas hermosos de la Grecia, sino tambien las aptitudes físicas de Paéz, el setimiento patriótico de Picarte, el valor intrépido de Córdoba, etc. de la historia americana.

El Dr. Gelly, que actuó culminantemente en el Plata, Escalada, el P. Maiz, el Coronel Centurion, coetaneos de Talavera i Berges, o no dejaron herencia intelectual escrita como los dos primeros, o por su actuacion posterior, corresponden al presente.

De aquella gran contienda que no quiero recordar en este momento solo mencionaré la conclusion. Reuniéronse en la Capital saqueada, los pocos centenares de hombres que fueron quedando en la peregrinacion a Cerro Corá vieron allí morir a Lopez, con los no mas numerosos que venian siguiendo a la Alianza de grado o por fuerza. I se vió que del casi renovado Jigante de las Provincias Indias no quedaban sino algunos miles de mujeres i algo mas de niños. Hasta la adolescencia habia rendido su tributo de sangre a la patria, en los siete dias de combate en Lomas Valentinas.

I, señores, de este resto está formado el Paraguai actual, así en lo moral como en lo fisico. I si magna fué la lucha sostenida por nuestros padres, no ha sido ménos ruda nuestra lucha por la existencia. Hasta los propios elementos se nos oponian. Lo bueno que tuviéramos ántes se habia fundido en la gloria, con la gran erupcion: nos quedaba la escoria: empezaron los Gobiernos bochornosos a consumir la obra del invasor.

Sin embargo, mientras Chile, Perú, Bolivia, Colombia protestaban en favor de nuestra causa i Europa i Norte-América reverenciaban nuestro heroismo; mientras causa i heroismo sonaban en las liras de Máximo Lira, Rafael Pombo, Sienna Carranza, De Lusich... hasta en las inglesas i en las españolas—de Gallego i Lista; miéntras la de Guido Spano cantaba en el Plata, la muerte del Paraguai, este se dictaba una Constitucion libérrima que hacia la instruccion primaria obligatoria, i factibles la secundaria i superior (1870); i dos poetas nacionales contestaban al grito de muerte del bardo argentino, con un vibrante grito de vida, porque lo fué de patriotismo; i se fundaba nuestro hoi floreciente Colejio Nacional de la

Asuncion (1876); iban a la patria maestros extranjeros ilustres como Zubizarreta i Olascoaga; ó volvian a ella compatriotas preparados como Machain de Chile, Rebandi de Italia, G. Benitez de Francia, Benjamin Aceval, Zacarias Caminos (médico i abogado) Benigno Ferreira (abogado i militar) José S. Decoud, Velasquez, Peña, i varios mas, de Buenos Aires o Montevideo.

El balance jeneral de lo elaborado asi en poco mas de 20 años es el siguiente:

*
* *

Escribe un distinguido abogado paraguayo i estadígrafo de veras, Manuel Benitez: «El Paraguai, celebrado en épocas no lejanas por la gran difusión de la enseñanza primaria en la masa de la población no ha descendido en lo mas mínimo en el sentido de desandar el trecho recorrido. La estadística demuestra que el puesto que ocupa el Paraguai no está mui lejos de los países mas adelantados, o es igual o superior a algunos centros que dignamente figuran al frente del movimiento intelectual sud-americano.»

I ésta afirmación de un paraguayo está corroborada no solo por opiniones análogas sino tambien por estadísticas extranjeras. En 1899 la proporción de analfabetos era de 630 por 1000; i la de alfabetos de 369, escluyendo a los menores de 6 años; lo que le colocaba por debajo de solo 9 países del mundo, Norte-América, Australia Occidental, Irlanda, Francia, Austria cisleitana, Bélgica, Hungría, Italia, i República Argentina. I en la Capital la proporción llegaba a 628 alfabetos por 1000, lo que es notable, pues en las ciudades de los países indicados no llega a 567.

La proporcion seria todavia muchísimo mayor si se prescindiese de los que han nacido antes de los años de 1875 o 76, pues en el período de diez años a contar desde el 70 apenas hubo tiempo i posibilidad material para la difusion de la enseñanza pública.

Por otra parte, al decir del doctor Zubizarreta, «ningun pais del mundo ha presentado el espectáculo que ofrece el Paraguai, de una poblacion compuesta en su mayor parte de menores desvalidos casi abandonados por los que le dieron el ser». Por esta causa ha habido necesidad de emplear mayor celo que en ninguna otra parte para dar cumplimiento a los mandatos de la Constitucion i las leyes reglamentarias, en materia de instruccion. Se han sucedido muchas escuelas particulares, por falta de proteccion del Estado i de los individuos. Actualmente solo funcionan dos de varones i dos de niñas en la capital; i son instituciones indispensables, la Sociedad Protectora de la Infancia i las clases nocturnas que existen en la misma ciudad. I es que todos esos menores desvalidos tienen que trabajar para vivir al mismo tiempo que la madre... si la tienen.

Aparte de las elementales cuyo número fuera casi suficiente si estuviere mas aglomerada la poblacion, en todo el territorio, cinco de las ciudades o pueblos mas importantes cuentan con una Escuela Graduada para cada sexo, en que se perfeccionan o completan los estudios primarios. I en la capital se hallan establecidas no hace aun 5 años, una Escuela de Agronomia, una de Artes i Oficios, i dos Normales, una de Maestras i otra de Maestros, fuera de los cuerpos especiales de Comercio, Idiomas vivos, Telegrafía, Dibujo i pintura i Música, del

Instituto Paraguayo, sociedad artistica-literaria subvencionada por el Estado.

En materia de instruccion secundaria, de los cinco Colejios Nacionales, el que ha dado ya muchos i magnificos resultados es el de la capital, con gabinetes, laboratorios i muscos, que haciendo abstraccion del sentido práctico que les da la preeminencia a los análogos de Santiago, están tan bien montados como en cualquiera otra parte meridional de la América del Sur. Es escusado observar que el número de alumnos no es grande; rara vez pasa de 600; el de diplomas apenas alcanza a 25 anuales, como el de los especiales o superiores oscilan por debajo de 5. Esto implica mayor gasto oficial por estudiante; pero tambien significa que el proletariado intelectual, ya mui desarrollado en Buenos Aires i Santiago, no nos amenaza sino de mui léjos.

Entrando en el terreno de las comparaciones que en este caso no serian odiosas sino para nosotros, son de notar:

1.º Que nuestra Escuela de Artes i Oficios no es ni sombra, como se dice vulgarmente, de la santiaguina. I lo digo sin recelo, porque me consuela, aparte de nuestra situacion especial, saber que esta última es modelo en su jénero, la mas grande i una de las mejores del mundo.

2.º No poseemos una Escuela Profesional como la de niñas de Santiago; i eso que harto menester tenemos de ella.

3.º Los estudios en el Paraguai no son concéntricos; sin embargo, en este sentido me cabe la satisfaccion de asegurar que hasta en las ciencias filosóficas, así en los colejios nacionales como en las escuelas normales, la

enseñanza ha pasado del período teológico i metafísico. Se ha colado en todos ellos si no la doctrina, en cambio el método i los caracteres científicos del positivismo.

4.º No tenemos conventos ni Universidad Católica. Solo existen un Seminario de donde salen presbíteros vicentinos, i las dos escuelas particulares de niños ya mencionadas, que son de personal, régimen o carácter religioso; más dos escuelas mistas protestantes.

Respecto a estudios superiores, la Facultad de Medicina i escuelas especiales de Farmacia i de Obstetricia, fuera de su personal, dejan mucho que desear, hecho esplicable en parte por su reciente instalacion.

Solo nuestra Facultad de Derecho i Ciencias Sociales no tiene nada que envidiar a ninguna de las americanas, por su personal, por la estension i seriedad de sus estudios, i por sus frutos.

Ya no necesitamos, pues, importar abogados; i si no podemos jactarnos de igual cosa en los demas titulos superiores, siquiera hai los nombres de Diógenes Decoud, Peña, Velásquez, Masi, para compensarnos de nuestra inferioridad, con su prestigio en el Plata parte de América i hasta Europa.

Verdad es que casi todo nuestro progreso intelectual ha sido obra de maestros extranjeros, de los cuales son dignos de mencion, los doctores Zubizarreta i Olascoaga, que han sido en el Paraguai lo que Bello i Barros Arana en Chile, pues a idénticos impulsos al adelanto jeneral, agregan una reputacion aproximada, ya que no igual en muchos puntos del extranjero; etnólogos i naturalistas como Boggiani, Anisits, Bertoni, i en fin miembros aventajados de centros europeos como el Instituto Pasteur i las mejores universidades de la Italia del Norte, de Ale-

mania, etc. Pero ya se van formando a la sombra de ellos sus dignos reemplazantes nacionales, entre los que recuerdo ahora a T. González, de interesantes apuntes de D. Penal, uno de ellos aprobado en el último Congreso Latino-Americano de Montevideo; E. González, de no ménos meritorios sobre D. I. Privado i Jurisprudencia Civil; C. Baez, de inteligentes estudios civiles i sociológicos; P. Peña, H. Velásquez, D. Decoud, E. Parodi, A. i O. Rebandi, de valiosos trabajos sobre ciencias naturales i médicas; Garai, Domínguez, Gondra, el P. Maiz, H. Decoud, M. Chavez, que elaboran pacientemente la nacionalizacion de la enseñanza en materia de historia, jeografía, pedagogia, etc.

*
* *

En el órden literario es aun ménos próspera nuestra situacion; vamos a la zaga de los pueblos vecinos. Sin embargo, ya no se esplica la ausencia de nombres i producciones paraguayas en las profusas antologias americanas. En primer lugar tenemos poetas como O'Leary, Guanes, Parodi que están por encima de algunos imberbes de las letras que en muchos de esos florilejos obtienen sitio i juicios elojiosos, gracias a los engaños de la distancia; i luego, prosadores como Domínguez i Gondra quienes, puede sostenerse sin osadía, no están por debajo de ningun americano que no sea de la talla de Barros Arana, Mitre, Palma, en ilustracion jeneral, estilo i conocimientos de humanidades, en particular las referentes al Nuevo Mundo. Otros son mucho mas fecundos a la edad de 35 años que mas o ménos tienen ellos; pero sé lo que trabajan; conozco lo que ya han

hecho de valioso, según apreciaciones notables por su número, variedad i calidad, entre las cuales se hallan las de críticos i academias de fuste. I así no temería esponer sus pocas producciones a la crítica imparcial.

Dominguez ha ajustado la trama de su cerebro en la lectura de Pascal, Macaulay i Renán, i su pluma al desenfadado humorístico de Larra, por no citar sino a sus favoritos castellanos. Él piensa con cerebro francés, de sabio parisien, aunque un poco anglicanizado, algo así a lo Taine, poseyendo por de contado una perspicacia guaraní extraordinaria, según muchos observadores. Dice él que escribe como le da la gana, sin mas preocupacion que la concision i la claridad. I sin embargo, en sus frases hai mucha retórica. Le pasa lo que a Zola i otros maestros naturalistas: desprecia de palabras a la forma; pero es quien mas tributo le rinde de hecho. Por lo demas es una cabeza admirablemente equilibrada. Él refrena sus lirismos de artista con los piés de plomo que aconsejaba Bacon, dando clases de geometría i zoolojía. En ellas tonifica su espíritu, aprendiendo o acostumbrándose a dar a sus producciones mucha lójica i mucho meollo.

Ha publicado monografias sobre el historiador Schmidel, conquistador alemán del Plata, esto es, compañero de los Mendoza i Gaboto, sobre la historia de nuestra enseñanza hasta los Lopez; sobre el guaraní i varios otros asuntos históricos, jeográficos, etnolójicos i filolójicos; dos trabajos completos, interesantes i briosos, de crítica, sobre *La Atlántida* de Diógenes Decoud, sobre la obra referente a la ciencia española de Menéndez Pelayo, i un gran número de discursos i artículos

periodísticos. Actualmente va preparando una estensa historia jeneral de su país.

Ha sido diputado, Director del Colejio Nacional, Rector de la Universidad, Ministro; a la fecha es Vice-Presidente de la República; sigue siendo profesor en el Colejio, i dirijiendo la Revista del Instituto Paraguayo. I hasta se me antoja que no ha dejado la Direccion del Archivo Nacional, cuando ménos de hecho. Porque a él se le puede pedir todo ménos que deje de historiar. Entre sus títulos literarios se encuentra el de miembro de la Academia Real de Historia en España.

Manuel Gondra no ha escrito tanto; pero es una joya para nosotros, de tantos quilates como el anterior. Mas avanzado en materia literaria, quien le ve comprende su estilo todo pulcritud; quien le oye es el único apto para apreciar los puntos que calza en humanidades, sobre todo en americanismo, pues el leerle solamente hace que por mucho que se le aprecie, siempre se quede corto. Sin embargo, no es idólatra de la forma; no es modernista en esto; le gusta sí D'Anunzio, que es su jenio, pero no por ser el colorista de *Il fogo*, sino el psicólogo exacto. Llega a veces a la gracia i galanura de Juan Montalvo i a la correccion i pulimiento de Calixto Oyuela, mejor dicho, de un buen escritor colombiano cualquiera, pero no es arcaico como el primero ni alambicado como el segundo. Si Luis Alberto de Herrera i José Enrique Rodó, dos jóvenes uruguayos de talento tuviesen mas fondo i mas correccion, fueran ellos sus gemelos. A pesar de sus conocimientos lingüísticos, nunca deja de ser castizo; a pesar de su modestia no puede dejar de ser erudito. Escribió un estudio crítico de las novedades literarias pregonadas por Ruben Dario, Eduardo de la

Barra i Paul Groussac, por el cual le llama el primero (cuyos párrafos liminares le sirven de pié) *mi ilustre demoleedor paraguayo*; i por el que Clarin le califica de cominero. En él, aparte del asunto principal i de una serie de aclaraciones sobre ciertos errorcillos de Clarin, del profesor Calandrelli, de filolojia clásica, en Buenos Aires; sobre errores, sin diminutivo ya, de Paul Groussac, sobre un plajio de Gutiérrez González, etc., se ocupa en una innovacion que pretendió haber hecho en la métrica don Eduardo de la Barra, en un trabajo premiado por un juri, compuesto de los señores Barros Arana, Lastarria i Blanco Cuartin; i manifiesta que don Enrique Nercaseau i Moran, salvó entónces la fama de que los institutos chilenos gozan en cuanto a la enseñanza literaria desde los tiempos del ilustre Bello, haciendo observaciones que iban contra la presunta orijinalidad aludida.

En verdad, Gondra, mas que una realidad es una promesa. Pero no es de esos sabios embotellados que sientan fama con silencios prudentes i con exhibiciones de salon, reputaciones de piedra, que diria Montalvo, crecidas de afuera para adentro, no por lo que dan de sí, sino por lo que se les agrega.

*
* *

Despues de Gondra i Dominguez, pueden merecer el titulo de literatos paraguayos Silvano Godoi, Arsenio Lopez Decoud, Fuljencio Moreno, Blas Garai i Diójenes Decoud, cada uno de ellos en círculo aparte i estilo propio. Godoi es el historiador literato de nuestra gran Guerra: sus monografias sobre el Mariscal Lopez i el

Jeneral Diaz (el leon de nuestros leones) son mui inspiradas aunque no siempre mui correctas. Arsenio Lopez Decoud ha hecho editar en Barcelona un folletito sobre el feminismo, en que revela con su estilo relamido, lleno de afeites, que ha caido en las redes de Gautier como tanto americano modernista. Hombre de grandes pasiones sus ataques periodísticos parecen con frecuencia golpes de maza. Blas Garai, polemista de fibra, talvez el mejor i verdadero periodista que tuvimos, hizo en ménos tiempo mas que los otros: escribió un Compendio de Historia del Paraguai, un resumen del mismo; una Historia de nuestra independendia; i un juicio sobre el comunismo en las misiones jesuíticas que le valió elojios de Adolfo Posada, pero así tambien una acerba censura del P. Hernandez historiador actual de la Compañía; i ademas publicó interesantes crónicas de ¡antaño, i articulos de polémica histórica. A sus esfuerzos se debe finalmente una voluminosa coleccion de documentos del archivo de Indias i otros de España, referentes, al Paraguai. No fué estilista, pero si el mas puro prosador paraguayo.

Diógenes Decoud ha disertado sobre historia americana en su libro *La Atlántida*, bastante elojiado por escritores arjentinos i uruguayos. Pero vale mas como médico, pues es el de mas prestijio entre los paraguayos i en el Plata.

Fuljencio Moreno un hombre jóvon todavia, es un poeta que se ha vuelto financista, a la manera como lo hizo D. Eusebio Lillo. Allá por la edad de 20 años bromeaba en verso i periódicos. Siendo Diputado se empapeló en el Archivo Nacional; i así pudo agregar muchos datos interesantes a los que han publicado los señores René Moreno i J. Toribio Medina sobre el para-

guayo Cañete. Hoi ocupa un sillón ministerial; pero lo que le corresponde es el presidencial en nuestro periodismo. Ha reunido la flexibilidad de Girardin, que recomendaba Alberdi en sus cartas quillotanas, con la chispa i corrección de Fernandez Flores, el periodista académico.

Existen además dos intelectualidades malogradas; una la de José de la Cruz Ayala, por la muerte; la de José S. Decoud por la política o por defectos cerebrales. El primero, el más valiente i probo de nuestros periodistas, murió espatriado, dejando de su pluma nerviosa una *Leyenda guaraní*. El segundo ha tratado el asunto de nuestra Revolución de 1811 i el de la educación, sin mencionar sus numerosos discursos de ocasión; pero ha sido más Ministro que literato.

Han dilucidado también puntos de historia patria el Dr. Baez, en juicios sobre Azara i el Dictador Francia; el Dr. Audibert en dos extensos estudios de nuestra cuestión de límites con Bolivia. Pero ambos a su vez son más juristas que escritores.

I sin ser nada de lo espresado, sino simplemente paraguayos de patriotismo i buena voluntad; Juan M. Sosa Escalada, Benjamin Aceval i Gregorio Benitez trataron la misma cuestión; sobre nuestra gran guerra del 55 han publicado el Coronel Centurion i el Jeneral Resquin narraciones jenerales, Manuel Avila, Juan O'Leary, Justo Pane i otras relaciones anecdóticas i de episodios.

Sobre este mismo asunto tiene el P. Maiz un extenso estudio. Por lo demás el último es nuestro orador i escritor sagrado.

Como se vé, el cauce principal de la corriente litera-

ria en el Paraguai ha sido i es la historia. Historiar es entre nosotros hacer novelas, dramas i poemas épicos.

*
* *

Hasta en la lirica nos sucede lo mismo. O'Leary es mucho mas incorrecto que Alejandro Guanes; este ha sido premiado en certámenes bonaerenses; la galanura de su diction, la ternura de sus sentimientos, le hacen un Selgas digno de nuestras campiñas; su tema favorito le permite desempeñar el papel de un Juan de Dios Peza o de un Trueba mas florido que el hispano. I añádase a esto su apartamiento e inactividad i se tendrá explicado el porque Juan O'Leary que maldito el caso que hace de la métrica i la versificación, es el mas popular, i está llamado a ser cuando estudie i se esmere mas, el primero en el Paraguai; i uno de los buenos de la actual juventud de Hispano-América. Así, a Alejandro Guanes le pasa en su pais, lo que a Barttría i Curroz Enriquez en estos paises: muchos le conocen, pero casi nadie le recuerda.

O'Leary ha cantado con vehemencia nuestras glorias guerreras; i ha hecho vibrar mas que todos la cuerda triste del arpa guaraní. Su oda a Chile es una de sus buenas composiciones. I aunque Peza lo acaba de elojiar no ha habido un crítico que, así como sus grandes defectos, apuntase sus grandes aptitudes, dándole de esta suerte el espaldarazo que le arme de poeta americano.

Enrique Parodi, Venancio Lopez, Liberato Rojas, Delfin Chamorro, Cándido Diana son paraguayos que prometieron excelentes frutos del connubio con las musas. Los dos primeros han revelado con una poesía sola todo

un temperamento artístico. Pero ahí están ahora todos ellos materializados en sus quehaceres particulares en la prosa de la vida, el primero como médico, el segundo como abogado, el tercero como agrimensor, el cuarto como profesor i el último como estudiante de ingeniería.

Los primeros paraguayos que han incurrido en el pecado de editar colecciones de versos han sido el Dr. Parodi en 1876 i el que tiene el honor de hablarlos, en 1900. Pero hasta la fecha no hai mas pecadores.

Las composiciones de ambos i las de O'Leary son las únicas que tuvieron la suerte de dar tema para juicios críticos en el Plata, Brasil, Méjico, España i algunos países mas: solo dos, el alma de la raza i la mujer paraguaya han merecido los honores de una traducción.

*
* *

No podría dar término, señores, a este bosquejo sin mencionar a la mujer, cuya proporción numérica en el Paraguai es mayor que en otras partes.

No tiene la hermosura tan jeneral, la hermosura hipnotizadora de la mujer chilena; lo que dice el poeta:

La jentileza de la cubana

La donosura de la limeña.

Pero tiene en un grado no comun las virtudes de la mujer fuerte del Evangelio. No solo presenta los ejemplos históricos de Isabel de Guevara, de la amante del conquistador Salazar; de la hija de Mena, que de luto por el marido, vistió de blanco i se engalanó al saber que su padre había muerto por las patrias libertades, en Lima; de Pancha Garmendia, etc. sino que fué la heroína de la Residenta que es a nuestra Guerra famosa, lo que

la Odisea á la Iliada. Ella fué no solo la Maria sino tambien el Cristo de nuestra redencion nacional, cuando salvó sobre sus ajados hombros la pesada cruz de la nacionalidad.

No me dejo llevar por sentimentalismos eróticos o de nostalgia, sino por el recuerdo de las madres paraguayas. Mi intento es el de indicaros el contraste de tanto mérito con el de su triste situacion intelectual.

El número de analfabetas es menor que en otros países; su inteligencia presenta como en todas partes el mismo rasgo de mayor vivacidad i menor solidez que la masculina. Pero mientras aquí por ejemplo, veo una escuela profesional de niñas, buen número de doctoras i mujeres que trabajan en oficinas i vehiculos públicos allá fuera de algunos a quienes se nos ocurre sostener tesis feministas, seguimos con el mismo feminismo del majo español observado por José de Cuellar un neurótico escritor mejicano, esto es, con mucho endiosamiento de su belleza, a la uzansa de don Juan Tenorio, pero ningun esfuerzo por su dignificacion social, conforme se acostumbraba antaño.

*
* *

Señores permitidme repetirlo: estamos mal, pero no tanto como propalan los que difaman o no conocen nuestro suelo.

I estamos aleccionados en las maravillas que produce la voluntad. Un extranjero ha dicho que a una inteligencia poco comun reconocida por todos los que visitan nuestro pais, añade el paraguayo una voluntad firme i constante, que vence todos los obstáculos.

I aunque muchas veces he censurado nuestras incon-

secuencias en la idea i en la accion, convengo tambien en que tenemos poderosos estímulos para obrar de esa manera.

Guardamos por fortuna el ejemplo de nuestros padres que vosotros no ignorais. I muchos como yo han alcanzado la suerte de presenciar de cerca el de pueblos como Chile... No hai necesidad de aprenderlo en ciertas doctrinas de la filosofia alemana. Basta recorrer nuestras historias para persuadirnos de que la voluntad es omnimoda; pues vence al mismo jenio como en Fabio a Anibal; como en Wellington a Napoleon.

I no podria dar señores mas digno remate i lema a esta disertacion modesta que semejante consideracion; pues vosotros sabeis mejor que yo que no son las prodigalidades de la naturaleza ni los auxilios esteriores sino las enerjias innatas o adquiridas de este pueblo, lo que han hecho de Chile un jigante social colocado entre dos jigantes jeolójicos: los Andes i el Pacífico.

IGNACIO PANE.



MEMORIAS INEDITAS

COPIAPÓ.—LAS ELECCIONES.

Copiapó es la capital de la gran provincia llamada hoy Atacama i que comprende cuatro departamentos: Freirina i Vallenar, situados en el valle de Huasco, i Caldera i Copiapó, en el valle de Copiapó. Esta provincia, que por el sur limita con Coquimbo, se estiende hácia el norte casi hasta al trópico, de suerte que ocupa 7·8 grados de latitud. Toda la poblacion de esta provincia, con pocas escepciones, habita los valles de Copiapó i Huasco, i gran parte de ellos trabajan en las minas de plata i de cobre, que son la principal riqueza de la rejion, pues la agricultura i las industrias manuales son casi desconocidas. El comercio mismo se limita a la esportacion de minerales, pues los productos manufacturados llegan del extranjero, i los articulos de consumo del sur de Chile. Toda la poblacion no pasa de 50 a 60 mil habitantes, de los cuales 30 o 40 mil habitan el valle de Copiapó. El principal puerto del departamento es Caldera.

El valle de Copiapó debe su nombre al rio o mejor al arroyo que por ahí pasa, i que, arriba, a treinta le-

(1) Véase el número 31 de LA REVISTA NUEVA.

guas del mar, es formado por tres arroyos cuyas fuentes están en los Andes: Jorquera, Maufas i Pulido. El rio sirve para regar todo el valle, i aunque el agua se consume con mas economía que la cerveza i el aguardiente entre nosotros, apénas llega a la ciudad de Copiapó, para desaparecer algunas leguas mas allá, sin alcanzar al mar.

En este valle, que no tiene mil metros de ancho, pero que en algunos sitios se estiende hasta tres i cinco kilómetros, vivía ántes una bastante numerosa poblacion de indios, pertenecientes a la raza de Bolivia mas bien que a la de Chile meridional i que, ántes del descubrimiento o conquista por los españoles, estaba bajo la dominacion de los Incas. Estos últimos, segun la tradicion, hicieron una expedicion guerrera con el objeto de conquistar todo Chile, i solo se detuvieron a las orillas de Maule.

Esta parte de la América del Sur es mui interesante i tiene mucha importancia, porque en este gran espacio de terreno, que se estiende entre el océano i los Andes, el valle de Copiapó sirve de comunicacion con los puertos del océano para los habitantes del otro lado de los Andes, como ser los de las provincias argentinas de Salta, Rioja i San Juan, que venden a los chilenos bueyes i caballos.

La ciudad de Copiapó está situada a diez leguas del mar, en una parte del valle que no tiene mas de un cuarto de legua de ancho i que está cerrada al sur i al norte por rocas talladas a pico, que se elevan a una altura de mas de mil metros. Las rocas del sur son de granito diorítico, i encierran muchas minas de oro, abandonadas desde hace mucho tiempo; i las rocas del norte, que en

la parte baja tienen el mismo granito, encierran en su parte superior minerales de cobre i plata.

El fondo verde del valle, los piramidales álamos, las viñas i los huertos, así como la ciudad con sus casas blancas i sus iglesias, hacen gran contraste con el color gris de las rocas desnudas.

La ciudad de Copiapó cuenta de diez a doce mil habitantes de todas nacionalidades: franceses, alemanes, yankees, i emigrados de diferentes partes de la América española, especialmente *cuyanos*. Los chilenos no forman sino la mitad de la población, i éstos, lo mismo que los extranjeros, no vienen aquí sino a buscar la felicidad en la explotación de las minas. Si alguno de ellos se enriquece por casualidad, abandona la provincia para instalarse en otra parte mas agradable. Pero por uno que tiene suerte, hai doscientos, trescientos, mil, que trabajan toda su vida, esperan, sufren i mueren en la miseria.

El carácter de la ciudad i de los habitantes no me impresionaron agradablemente: era la primera vez en mi vida que veía una sociedad i un pueblo sin agricultura, sin vecinos, sin tradiciones ni ideas hereditarias que unan a las jentes, cuyo objetivo único i principal es la riqueza.

Era una época favorable para Copiapó: las minas de plata de Chañarcillo, descubiertas algunos años ántes, producian anualmente doscientas mil libras de ese metal, enriquecian la población i suscitaban la avidez. La ciudad se había convertido en la capital de las minas mas ricas de Chile. Ya se veían algunas casas nuevas, construidas con algun cuidado, pero sin gusto, sin elegancia: los almacenes, la municipalidad, la casa del Gobernador. No hai sino una pequeña iglesia, que data del tiempo en que Copiapó no era todavía rico. Otra iglesia fué

destruida por el temblor de 1818. Las jentes de aquí no piensan mas que en las minas; no se busca al prójimo sino por su dinero, sus brazos, su fuerza. Las calles llenas de polvo; las casas siempre silenciosas; pocas mujeres i niños. En la plaza, delante de la municipalidad, el cuerpo de guardia i los milicianos; delante del tribunal los receptores, los procuradores, planchas de abogados en las paredes i policiales. En las calles, restaurantes. En las casas privadas no se oye hablar sino de minas, de plata i de pleitos. No hai otros paseos que las visitas a las fundiciones i establecimientos de amalgamacion.

I sin embargo, esta rejion posee un clima tan dulce, que podria llamarse el país de la poesia i del amor. Las mañanas son tranquilas pero tristes, porque rara vez sucede que pueda verse la salida del sol, i el rocío es desconocido. Hasta las diez, el cielo se ve jeneralmente velado por una lijera neblina, que es disipada por el viento, que a esa hora llega del lado del mar. El sol, mui alto sobre la cordillera, esparce su luz en el fondo del valle, ilumina con sus rayos las montañas i las rocas; pero a medida que se acerca al Zenit, el viento se hace mas i mas fuerte, para calmarse solo hacia la puesta del sol, desapareciendo completamente ántes de la noche. A media noche llega de la cordillera una brisa fresca. Las noches son siempre hermosas: la bóveda estrellada parece descansar en las cumbres de las montañas que, en las tinieblas, parecen mas grandes que lo que son en realidad.

No se siente aquí frio ni calor; jamas se habla de buen o de mal tiempo, porque pasan años i años sin que caiga una sola gota de lluvia en toda la rejion. Pero me aseguran que, si por la gracia de Dios, el viento del nor-

te llega a traer, en invierno, una lluvia de algunas horas, los arroyos se llenan de agua, las montañas se cubren de verdura, el río crece hasta llegar al mar. La causa parece ser que cada vez que llueve en el valle, nieva abundantemente en la cordillera, i los habitantes dicen que un día de lluvia no vale ménos que el descubrimiento de una gran mina de plata o de oro.

Lo que es digno de notarse es que, apesar de que nos encontramos apénas cuatro grados distantes del trópico, a diez leguas, mas o ménos, del océano i a una altura no mayor de 300 a 400 metros sobre el nivel mar, el termómetro marca en verano apénas 21° de calor, a la sombra, en la mañana; 24° a 26° a mediodía; 35° grados al sol i 40° en la arena, al nivel de la tierra. Es la época de los mas fuertes calores, i por eso todavia se tienen aquí brevas, mientras que a una distancia de veinte leguas, en el mismo valle hácia la cordillera, ya están cosechándose los higos. Los duraznos de aquí no son buenos i las uvas poco succulentas. En cambio, la diferencia de temperatura entre el verano i el invierno no pasa de 8 a 10 grados; el aire es favorable para los tísicos; solo el agua es abominable, saturada de sulfato i de cloruro de magnesia, con mucho sulfato de soda i yeso. Pero la principal calamidad de esta comarca, son los temblores, mas frecuentes i mas fuertes que en las otras provincias de la República. Varias veces, Copiapó ha sido reducido a ruinas por los temblores, i aquí se cree que los grandes terremotos se repiten periódicamente cada 20 o 30 años. El último, tuvo lugar en 1818, sin contar los que se repiten amenudo i que, sin hacer grandes perjuicios, siembran el pánico entre los habitantes.

No hai sino una capilla antigua, construida hace 180

años, que haya resistido a todos los temblores: es que sus paredes tienen mas de un metro de espesor, i los contrafuertes no son menores, descansando el todo sobre fundamentos mui sólidos: es una masa que podría llenar la mitad del espacio ocupado por la capilla. Esta, como todos los edificios antiguos, es larga, baja i estrecha. Todas las casas de reciente construcción tienen como cimientos las ruinas de las casas antiguas, lo que no impide que los habitantes vivan tranquilos i despreocupados, pensando esclusivamente en aumentar su fortuna; i solo en el momento del temblor, cuando las vigas empiezan a crujir, los vidrios se rompen i los techos oscilan, se persinan, se golpean el pecho, i huyen fuera de la casa.

Hai aquí otra calamidad, mas moderna pero no ménos enojosa que los temblores para la poblacion: esta calamidad son las elecciones. He llegado precisamente en época de elecciones. Traia cartas de recomendacion para los principales personajes de la ciudad i para el gobernador, que me ofreció hospitalidad en su casa; pero para evitar en lo posible el contacto de las intrigas i no queriendo mezclarme de ninguna manera en las disputas políticas, acepté hospedaje en casa del señor Subercaseaux, cuyo padre llegó a Chile de Burdeos en los comienzos de este siglo. Era médico, e hizo fortuna en tiempo de la dominacion de los españoles. Pertenece a la aristocracia de la provincia i era casado con una señora de la antigua familia «de la Sierra». Su hijo don Vicente, mi huesped, era de edad avanzada, pero estaba recién casado con una mui bonita niña que tenia apenas 16 años i pertenecía a la noble pero pobre familia «de La Torre.»

Don Vicente pertenecía al partido conservador, llamado entonces *pelucon*, nombre proveniente de que la nueva jeneracion consideraba a los conservadores como jentes atrasadas, ignorantes i partidarias del órden del tiempo en que se usaba peluca. Se les acusaba injustamente de oponerse a todo progreso, siendo que fué quizas ese partido el que mas contribuyó a libertar el país de los españoles, a la organizacion i firmeza del poder, a la abolicion de la esclavitud, i en fin, a hacer adoptar la Constitucion i establecer la República.

En los momentos de mi llegada a Chile, el partido conservador tenia las riendas del gobierno; despues de haber vencido en 1832 a los radicales i sofocado la revolucion, habia cambiado la Constitucion dándole un carácter mas moderado, tranquilo i sólido, i elegido Presidente al Jeneral Prieto, que gobernaba desde hacia cerca de diez años; era el primer Presidente en toda la América del Sur que hubiera llegado a mantenerse durante tanto tiempo en el gobierno de la República. Sofocó los movimientos revolucionarios sin procedimientos arbitrarios i sin perseguir a sus enemigos. El país comienza a habituarse al trabajo, al órden i a la paz, se enriquece visiblemente, i el partido de gobierno, al cual pertenece la mayor parte de los ricos propietarios, de las jentes piadosas i tranquilas, partidarias del poder lejítimo, sabe hoi mantener su causa i trasmitir el mismo órden, paz i legalidad al nuevo Presidente, cuya eleccion preocupa ya a todos los espíritus.

Don Vicente era partidario i amigo personal del Presidente i de sus ministros, pero continuamente ocupado en sus negocios de minas, parecia libre de la fiebre política, independiente i alejado de todas las intrigas de la

eleccion. Esta circunstancia contribuyó principalmente a que yo aceptase hospitalidad en su casa, teniendo al mismo tiempo la esperanza de que, por su intervencion, habria de entrar en relaciones con los principales propietarios de minas.

Por desgracia, dejándose dominar por yo no sé qué ambicion i excitado por sus hermanos, Don Vicente se entusiasmó tanto con las elecciones, que sobrepasó el celo de los demas i se contaba ya en las primeras filas de los agitadores. Yo advertí demasiado tarde que, alojado en la casa de uno de los jefes del partido de gobierno, en relaciones amistosas con el gobernador, el juez i los principales empleados i partidarios del Gobierno, no podia ser bien visto por el partido opuesto, que tambien contaba con muchas personas no ménos celosas por el bien del pais, i ricos propietarios e industriales.

Esta situacion, en la cual me encontré por casualidad, me sirvió sin embargo para observar de cerca esta atribucion del republicanism: la libre manifestacion, como se le llama, de la voluntad de los ciudadanos dotados del privilejio de tomar parte en los negocios públicos.

He leído que aun en los paises en que la forma liberal de gobierno favorece mas la vida politica de los ciudadanos i su participacion en el gobierno, la gran mayoría, la masa de la poblacion, no goza de ese privilejio, no respira esa vida i esa libertad, sino mui rara vez, cada tres o cuatro años i por algunos días solamente: cuando llegan las elecciones. Esto me hace recordar ese pobre arbusto del desierto que espera seis o siete largos años la lluvia para cubrirse de hojas durante dos días, i muere en seguida hasta la nueva lluvia. No será, pues, estraño que anote aquí la impresion que me pro-

dujo ese momento pasajero de libertad, en que los ciudadanos despiertan periódicamente, llamados por la Constitución del país a manifestar su voluntad independiente i no limitada por los privilegios de los grandes o de los ricos.

IGNACIO DOMEYKO.

(Continuará)

El arrecife de coral

(Traducción de Leopoldo Díaz)

El sol bajo las aguas del mar, como una aurora
alumbra las florestas de corales ramosos,
que mezcla entre sus grutas i huecos misteriosos
la bestia formidable con la viviente flora.

Todo lo que las sales o que el iodo colora,
equinos, alga, anémonas i musgos temblorosos,
cubre de oscura púrpura con dibujos suntuosos
el fondo que la pálida madrepora decora.

Con su espléndida escama, que visten de celajes
purpúreos los reflejos, por entre los ramajes
con lánguida indolencia navega un gran pescado;

De pronto hace, en un golpe de su encendida espalda,
por el cristal inmóvil, sombrío i azulado,
correr un temblor de oro, de nácar i esmeralda.

JOSÉ MARIA DE HEREDIA

LA VIDA LITERARIA

BOLIVIA I ARGENTINA, por Gabriel René-Moreno.—Santiago, 1901

En estos tiempos de desenfrenada i repugnante *reclame* literaria, en que las novelas se anuncian como las drogas sacadas de yerbas tropicales que todo lo curan; en esta época en que los que escriben—¡i son tantos!—fundan sus esperanzas de éxito mas en los ensordecedores golpes del bombo que en el mérito de sus obras, es caso singularmente curioso el de un escritor que escribe, publica libros i los sustrae a la circulacion, los guarda como si se tratara de objetos raros, o mas bien, de cosas íntimas, de esas que uno ama i contempla a solas en su gabinete de estudio, o a lo mas, en compañía de unos cuantos amigos leales que saben no profanar, ni con mal disimulados desdenes ni con exhuberantes muestras de no sentido entusiasmo, las obras de sus amigos. I aquí, venido por sus pasos contados, surge un problema. ¿Es ello orgullo o modestia? Yo, a la verdad, no creo en la modestia absoluta. No la tienen ni los santos, que son modestos para ganar el cielo. No la tienen los que huyen la alabanza, porque, como son espíritus finos, detestan, no el ser alabados, sino el serlo en forma brutal o grosera o ridícula que lastime su delicada epidermis de hombres finos. Otros que pasan por modestos, son cobardes; i en no pocos la modestia no es sino una forma de la pereza. Seria largo agotar, o siquiera tratar detenidamente, este interesante tema. Por lo pronto, quedemos en que yo no creo en la modestia absoluta como no creo en nada absoluto. Los hombres que predicán dogmas, que

discuten con apotegmas, que sostienen axiomas, me son profundamente antipáticos. La relatividad de todas las cosas de la vida es como blando cojín de plumas que suavemente nos recibe i acaricia cuando caemos en la gran marcha.

Volviendo a la modestia, de todas las modestias, la que mas me agrada, la que encuentro superior, admirable i digna de imitacion, es la que sirve de disfraz al orgullo. Me agradan el disfraz i el disfrazado. Nunca he comprendido el odio al orgullo que se inculca al hombre desde niño en nombre de ciertas vagas teorías morales o religiosas. El orgullo es la condicion natural del hombre, como la condicion de la luz es alumbrar. Entiéndase que me refiero al orgullo emanado de sí mismo, de las propias obras, i no al que se funda en tradiciones caducas o en estúpidas circunstancias no inherentes al individuo mismo. Por insignificantes que sean las propias obras, uno debe siempre estar orgulloso de ellas, porque el orgullo es un estímulo i un premio. La gran cuestion es no lucir el orgullo. A lo mas, hacerlo valer cuando llegue el momento oportuno, el momento de que sea vencedor. El orgullo que se ostenta es vanidad: la vanidad suena a hueco: el orgullo puede sonar a impertinencia, pero siempre suena a algo positivo. Es, pues, necesario tener orgullo para no formar en las innúmeras filas de los pobres de espíritu o de los vanidosos. I prueba de gran sabiduria es disfrazar el orgullo con la veste de la modestia. Así se huye de la vanidad i se escapa a la irrespetuosidad e impertinencia de la *reclame* a cenorro suelto.

El autor de este libro se me antoja, pues, un orgulloso, un orgulloso literario por lo ménos. Su nombre rara o ninguna vez figura en esas listas de jenios que, como quien enumera los potingues que vende, suelen formar ciertos criticos tan cortos de saber i de honradez profesional como largos de inverecundia i de vacuidad. Lleva publicados muchos libros, todos ellos muy interesantes, i nadie, o poco menos, sabe de ellos. El señor René-Moreno huye, pues, el bullicio: trabaja en silencio i casi diria subterráneamente, como los castores. A la postre puede que le pase tambien lo que a los castores: que despues de muerto, algunos industriales de las letras le arranquen la piel para

hacerse cuellos de historiadores eruditos o sombreros de americanistas pacientes.

Porque, ante todo, el señor René-Moreno es historiador americano. No ha publicado ningun testo de historia, mas o ménos copiado, de esos que garantizan a sus autores la tranquila digestion de los dineros de los alumnos a quienes obligan a comprarlos. No es ni siquiera profesor de historia. Es profesor de literatura en el Instituto Nacional. Aun le recuerdo, aun le veo, siempre enhiesto i bien trajeado, de pié, tomando la lección a los ariscos alumnos. Su enseñanza nos parecia a sus alumnos un poco difusa. Ahora, comprendo que mejor estaria como profesor de un curso superior de literatura. I seria un profesor ideal de historia de la literatura hispano-americana, cátedra que falta en los programas universitarios i que tendria mucha importancia para enseñarnos a buscar las raices de nuestra cultura, tan frondosa en hojarasca.

Pero en donde hai que ver al señor René-Moreno, para apreciarle en lo que vale, es en sus estudios sobre historia americana, i especialmente de su pais, Bolivia. Su labor de bibliógrafo— a que le mueve el honrado desempeño de su puesto de bibliotecario del Instituto—es el sólido i severo portal de su labor de historiador. Su *Biblioteca Peruana* i su *Biblioteca Boliviana*, son, en el jénero, admirables. No son simples catálogos, entre cuyos números el lector camina fatigosamente en razon de necesidad: son catálogos razonados, esplicados, articulados, de tal suerte que, leyéndolos, pasan las horas sin sentir. Una apreciacion justa en su novedad aquí, un comentario ilustrativo allá, en donde quiera las huellas de un espíritu jugoso de historiador i literato, no seco i acartonado de bibliógrafo ratonero. Eso si, para ser completamente franco, habria yo deseado mas benevolencia, ménos ironía en las lineas que el señor René-Moreno, en su *Biblioteca Peruana*, dedica a Enrique Torres, Saldamando, erudito emérito, escritor culto, espíritu candoroso si se quiere, pero corazon de niño.

De bibliógrafo a historiador hai un abismo que franquear. El señor René-Moreno lo ha franqueado con una pernada suelta, airosa i segura. Ya dije que el señor René-Moreno no ha escri-

to ningun testo ni manual de historia ni ninguna *Historia*. No le atrae esa concepcion de la historia como un edificio en que un mismo arquitecto ha de construir las alcantarillas i las mansardas. Su amor escrupuloso a la verdad, su vehemente aficion a pesquisar hasta el último papel que pueda ser un nuevo rayo de luz sobre la oscuridad que quiere alumbrar, no le permitirian tampoco realizar tamaña obra. Es mas bien un *ensayista*, en el significado ingles de la palabra, jénero amable, hoi mui en boga en todas las literaturas, i que no por amable deja de ser un jénero difícil. Del fárrago inmenso e informe de la historia americana, el señor René-Moreno coje un hombre, o un suceso, lo enfoca cuidadosamente a traves del lente de su erudicion, i luego de retocada la plancha i pulida la estampa, nos ofrece un retrato—tambien los sucesos se retratan—que no nos resulta indiferente ni mucho ménos.

En el libro que motiva este artículo hai un retrato que me encanta: el de Nicomedes Antelo. ¿Quién es Nicomedes Antelo? En buenas cuentas, para nuestro criterio megalófilo, acostumbrado a las sombras que proyectan los grandes hombres, Nicomedes Antelo no es nadie. Pues, el señor René-Moreno, de ese nadie ha hecho un personaje interesante, interesante desde muchos puntos de vista. En su Antelo, el autor nos introduce en las interioridades de un tipo social boliviano de mucho interes: el blanco puro que se siente fuera de su centro en su pais poblado en su mayoría de indios. ¡Los indios! Las Casas, indudablemente, fué un fraile caritativo; pero mayor caridad hubiera hecho a los paises de América, si hubiera descubierto el modo de acabar con todos los indios de una vez i sin vuelta, sin hacerlos sufrir mucho. El señor René-Moreno es blanco puro, como Antelo, i sabe lo que es vivir entre indios, conoce cómo el espíritu de las razas arianas sufre i se acongoja al contacto de los espíritus espesos i torpes, adiposos i repugnantes de los indios. Yo tambien los detesto, i creo que en América, en los paises que por desgracia los tienen, no habrá progreso ni civilizacion miéntas no desaparezca el último indio. Lo trata Ud. por mal, malo; ¡otra- ta Ud. por bien, peor: mejor seria tratarlos por el ácido prúsico. Hai que leer al señor René-Moreno para comprenderlo.

Mui interesante tambien la biografía de Ramon Muñoz Cabre-
ra: un *declassé*, arjentino de nacimiento, cosmopolita de profe-
sion, cuya vida aventurera parece una novela, triste cada vez
que se hace historia. Es un curioso estudio de la psicología de
ese personaje híbrido: político i escritor, revolucionario i buró-
crata, audaz i cobarde, tribuno i tinterillo que tantos daños ha
causado a los desgraciados paises en que ha florecido. El señor
René-Moreno lo coje con finas pinzas i nos lo muestra por todos
lados, en sus diversos variadisimos aspectos, como quien mues-
tra un insecto raro, aun no clasificado por los naturalistas.

De mas noble *allure*, de mayor interés histórico, es la biogra-
fia del señor don Juan José Segovia, tacneño ilustre por muchos
conceptos. Imaginaseme un retrato de pintor flamenco. I el mar-
co en que el retrato está puesto, es un magnífico trozo de histo-
ria americana. Leyéndolo, se adivina la independendia. No po-
día durar ese cruel sistema de borceguies que los españoles apli-
caban al espíritu i a la conciencia americana. Honrado, leal,
recto era Segovia; i sin embargo, cómo se ajencian *godos* para
dar con él en la cárcel i hacerle perder sosiego i fortuna, ya que
el honor no podrán quitárselo.

En su artículo sobre la *Revolucion alto-peruana*, el autor nos
inicia—porque iniciacion es, a la verdad—en la historia de los
primeros movimientos revolucionarios en el Alto Perú. Patriota,
nos demuestra que esos movimientos fueron anteriores a los que
se nos enseña como iniciales en las historias corrientes. Sea lo
que fuere—año mas, año ménos nada arguye, en este caso, en
contra ni en favor de ningun pais americano, pues en todos el
espíritu de revuelta estaba latente i reventó en relacion con
especiales circunstancias de modo, tiempo i lugar—sea lo que
fuere, este estudio es un buen trozo de historia que ojalá fuera
mas conocido del gran público. Hai en él—asi como en la bio-
grafía de Segovia—ideas nuevas, consideraciones orijinales,
comentarios ingeniosos respecto de las diversas cuestiones que
provoca el estudio de la independendia i sus orijenes i causas.

Contiene ademas este libro dos artículos relativos al mas po-
pular, vigoroso i brillante de los escritores chilenos, Benjamin
Vicuña Mackenna. Es curioso ver el acercamiento de espíritus

tan diversos. Ambos son apasionados de la historia americana; pero el uno la canta como un poema épico, en lenguaje vivo, fogoso, desordenado como el traje de las musas cuando huelgan, i con mas apego al colorido i movimiento de los cuadros que a su verdad; el otro la relata calmamente, en estilo ajustado hasta reventar a los cánones mas estrictos del lenguaje castellano, i no da un paso sin apoyarse en un documento. Sin embargo, ambos escritores se comprendieron i se estimaron, apesar de esa diversidad de caracteres. El patriotismo exaltado, esclusivo i feliz de Vicuña Mackenna, no era incompatible tampoco con el patriotismo sereno, amplio i desgraciado del señor René-Moreno. Es lo que puede hacer la superioridad de los espíritus que, por diverjentes que sean, se encuentran en las altas rejiones de la intelijencia i se estrechan i se aprecian.

Oigamos al señor René-Moreno juzgar a Vicuña Mackenna. Dice de su estilo: «Nada iguala a la riqueza de su estilo, preñado de intuiciones, evocaciones, remembranzas de toda especie, que de paso prorrumpen en un reguero de luces de mil colores sin ofuscar jamas ni apagar la lámpara central de la unidad. Sus pensamientos alientan i discurren en ambiente tan oxijenado i si decimos tan vibrante, que hasta los mas fútiles i falsos alienan al contacto i se incorporan animosos en las ondas, que se suceden a las ondas i las ondas como raudal circulatorio en el organismo del escrito. La jentileza de su habla castellana, que en los últimos años ha tocado, por fin, a un raro primor de vocabulario i de correccion a la moderna, no es jentileza elegante, sino desenvuelta, que coloca a este prosador mui sobre encima de los puristas esmerados, faltos a menudo de calor, de espontaneidad i de brio». — Dice de su corazon: — «I el corazon de ese autor era ancho i benévolo, abierto a todas las impresiones jenerosas; tan entusiasta por las empresas grandes de la fuerza que destruye, como por los esfuerzos superiores de la mente que levantan; incierto en sus sanciones justicieras, pero con el don nobilísimo por excelencia de transparentarse en la página en servicio de la verdad, a traves de un eter simpático, el de las veleidades e incertidumbres mas perdurables del criterio humano». — ¿Verdad que está primorosa i acertadamente dicho?

Bastante nutrido es el libro del señor René-Moreno, i hai en él tema para muchas observaciones, de diverso orden. Mas, páreceme que lo escrito basta para que mis lectores tengan idea, siquiera vaga, del mérito del libro i del valor de su autor. El buen paño en el arca se vendé, decian los antiguos mercaderes españoles. Este paño es del mejor de Segovia, pero como el refran ése ya ha dejado su lugar al «dime cuanto gastas en anuncios te diré cuanto ganas» de los yankees, he querido poner este modesto anuncio, no para que el señor René-Moreno venda su libro, que no lo vende, sino para que se vea que aquí no solo se tejen casinetes i tocuyos.

Una última palabra sobre el estilo del señor René-Moreno. Guy de Maupassant gusta al señor René-Moreno; en alguna parte de su libro le cita con visible agrado. Pues bien, el estilo del señor René-Moreno me recuerda un cuento del autor de *Boule de suif*: dos viejos, marido i mujer, nobles arruinados por la Revolución, vuelven a Paris despues de la Restauracion; todo lo encuentran cambiado: ha desaparecido la sociedad, elegante i frivola, en que su juventud corrió entre minúes i pelucas empolvadas; la nostalgia de la época anterior a la Revolución, de la cual Talleyrand decia que quien no la habia conocido no sabia lo que era la alegría de vivir, hace su presa en la vieja pareja, que, para evocar dulces recuerdos, se van todas las tardes a un rincón del Bosque, solitario i silencioso, i allí, solos, sonrientes, felices, esfumándose sus elegantes siluetas en la bruma crepuscular, bailaban, ante los árboles mudos, los ceremoniosos minúes de antaño...

Así, el señor René-Moreno baila gracioso minué con el habla castellana de otros tiempos. I yo prefiero el elegante aunque arcaico minué, al desenfrenado can-can hoi en uso.

PEDRO J. CARLOS.



BIBLIOGRAFIA

Segunda Conferencia Internacional Americana, por MARCIAL MARTINEZ.—Santiago.—En este mui interesante libro, el eminente jurisconsulto i hombre público, señor don Marcial Martinez, hace una suscita i clara reseña de la labor del Congreso Panamericano de Méjico, dedicando especial atencion a la accion de la Delegacion chilena, i al estudio de la Convencion de la Haya, a la cual, como se sabe, ese Congreso adhirió por unanimidad de votos.

Poemas, por ISAIAS GAMBOA.—Santiago.—Contiene este folleto tres preciosas composiciones poéticas del distinguido poeta colombiano don Isaias Gamboa, que desde hace algun tiempo reside entre nosotros. Una de esas composiciones, la titulada *Al mar* fué mui aplaudida cuando su autor la leyó en el Ateneo de Santiago.

Nociones de Economía Política, por PEDRO LUIS GONZALEZ.—Es éste testo uno de los mejores que en Chile se han publicado sobre Economía Política, asignatura que el autor desempeña con cabal éxito en la Universidad del Estado. I no solo a los estudiantes, sino a toda persona que se interese por esos estudios, tan de actualidad en el dia, ha de ser útil el libro de nuestro distinguido colaborador.

Facetas, por MANUEL MAGALLANES MOORE.—Santiago.—Un libro mas de versos..... Tiene éste la particularidad de estar

adornado de un prólogo de don Efraín Vasquez Guarda, crítico, si hoy mudo en fuerza de su labor parlamentaria, hace algunos años bastante activo i fecundo. Lo sensible es que el señor Vasquez Guarda, enemigo acérrimo de los que se equivocan, diga en su prólogo que los *Trofeos* han valido a José María de Heredia el llegar a ser Ministro de Estado en la República francesa. No hai tales carneros. El Heredia Ministro de Obras Públicas del Gabinete Tirard, allá por los años de 1885 u 87, no fué José María, sino Severiano. La exactitud es una de las condiciones que avaloran la labor de los críticos, i por eso, nosotros hacemos notar esta inexactitud del señor Vasquez Guarda, que, si no lo es ya, por lo ménos fué crítico hace alguno años.

Juana Lucero (Los vicios de Chile), por AUGUSTO GOEMINI THOMPSON.—Santiago.—Esta novela, pues hai que darle algun nombre, es la mas completa muestra del deplorable estado en que se encuentran nuestras letras en ese ramo. En el próximo número de LA REVISTA NUEVA, publicaremos un artículo acerca de ella.

La Carposfagia, por SIMON B. RODRIGUEZ.—Quillota.—Este libro tiene por objeto manifestar la conveniencia de que el hombre se alimente solo de frutas, su alimento natural. En un país en que se come tanta carne, como es Chile, bienvenidas estas obras de sana propaganda, i especialmente cuando están bien escritas, como ésta.



La REVISTA NUEVA dará cuenta de todas las publicaciones que le envíen libreros, autores o editores.—Hacer los envíos a Santiago, casilla 716.

EL LAUDO ARBITRAL

*A Don Carlos Concha Subercaseaux (Mi-
nistro de Chile en la Argentina.)*

El litijio de límites, esa vieja cuestión que nos tuvo tantas veces al borde de una guerra, que nos costó tantos millones de pesos i que había hecho nacer en dos pueblos hermanos i vecinos enconos al parecer implacables, ha tocado ya a su fin. Una ráfaga de buen sentido hizo que ámbas cancillerías entregaran a un poderoso monarca la solución de tan enredada cuestión, el que, aceptando gustoso la confianza en él depositada, acaba de emitir su fallo inapelable.

El laudo arbitral, firmado por S. M. B. Eduardo VII, el 20 del pasado mes, ha llamado con justicia la atención en todo el mundo. Ha venido a probar una vez más cuanto camino gana en el mundo civilizado el principio del arbitraje i hace presumir un no lejano tiempo en que las guerras concluyan i los cañones enmudezcan al imperio de la razón.

Si, porque los fallos arbitrales no dejan tras sí regueros de sangre; ni huérfanos, ni viudas; ni vencidos, ni vencedores; ni lágrimas, ni enconos. Quedan, cuando mucho, *amargas decepciones* que no alcanzan a impedir que

los favorecidos i no favorecidos se tiendan la mano, a la manera hidalga de los luchadores de antaño.

I tal cosa ha pasado ahora.

Ambas naciones, Chile i Arjentina, que habian dedicado a sus mas preparadas intelijencias, a sus mas esclarecidos historiadores i hombres públicos al estudio i debate de sus pretendidos derechos; que habian creido muchas veces agotado ya el discutir e imposibles las soluciones pacíficas, han oido con beneplácito la palabra imperial de Eduardo VII que, al firmar el fallo, ha dicho con justicia:

—El mérito de estas dos naciones que con tanto teson, extraordinaria habilidad i acopio de argumentos han defendido sus fronteras ha causado mi admiracion, i en prueba del afecto que me merecen he querido firmar personalmente el fallo.

I al dia siguiente de dictada la sentencia, a pesar de que ambas naciones se han considerado defraudadas en sus expectativas, el hilo telegráfico se hacia insuficiente para trasportar los mensajes de concordia, i las nubes tempestuosas que, por tantos años no cesaron de entoldar medio continente, se disiparon, esfumadas al soplo de afectos fraternales, dejando tras si un cielo limpido i diáfano, iluminado por los rayos confundidos del sol de Setiembre i del sol de Mayo.

Quiera el destino que esta paz sea duradera i que los propósitos de union i de respeto mútuo manifestados hói por gobernantes i gobernados de ambos pueblos, no sean jamas desmentidos.

El fallo arbitral que acaba de dictarse ha muerto indudablemente muchas esperanzas, nos ha sido mas adverso de lo que algunos pesimistas creian i sin embar-

go lo aplaudimos i de ahí precisamente fluye un gran mérito que ha mostrado nuestro pueblo: el de aceptar resignado, sin sombra de protesta, un casi despojo i conformarse con las nuevas fronteras.

Pero ántes que las pirámides marquen en definitiva los linderos de la patria i como último tributo a una simpática causa, a la cual mas de una vez hemos dedicado horas de trabajo i pájinas de polémica, deseamos manifestar los fundamentos de nuestra opinion, al juzgar que el fallo arbitral nos ha sido adverso.

*
* *

Todos conocen el orijen de la cuestion de limites.

Las repúblicas sud-americanas al segregarse de la corona de España estipularon con singular uniformidad, en sus tratados de fronteras, el *uti possidetis*, reconociendo «como limites de sus respectivos territorios los que poseian como tales al separarse de la dominacion española el año 1810»; pero estos limites, fijados por los reyes de España para Estados o Virreinos dependientes de una misma cabeza o autoridad, eran tan ambiguos i la jeografía americana tan mal conocida que no es de extrañarse fueran orijen del semillero de pleitos internacionales de que ha estado sembrada la América latina.

Si nos remontamos a la época de la conquista, por ejemplo, para estudiar cuál fué el limite austral que las reales cédulas fijaban al reino de Chile, vemos que desde el tiempo de Pedro Valdivia venia este señalándose «*hasta el estrecho de Magayaes i con toda la vuelta de costa i tierra de dicho estrecho hasta bolto por la otra mar.*» Sin embargo, esta declaracion tan esplicita no impidió

que el gobierno de Buenos Aires reclamara en 1847 de la fundacion de la colonia chilena en Magallanes, que contaba ya con cuatro años de existencia (1843).

Aunque, a decir verdad, esta reclamacion, formulada por el Dictador Rozas, no era sino una represalia. Se queria, con ella, contestar a la que el año anterior (1846) habia presentado el gobierno de Chile, por multas impuestas a los ganaderos de Talca por el Comandante de San Rafael (provincia de Mendoza).

Ese fué el comienzo del litijio que ha demorado 56 años en solucionarse i que habia hecho olvidar a dos pueblos, nacidos juntos a la vida libre i con glorias i victorias comunes, que sus destinos jamas debieran haber chocado, como que ambos tenian campo distinto i mui amplio para su desarrollo.

De las reclamaciones a que he aludido mas atras surgió un debate de cancilleria que duró largos años, hasta que en 1855 se firmó un Tratado de Paz, Amistad, Comercio i Navegacion en el que se estipuló el aplazamiento de «las cuestiones que han podido o pueden sucitarse sobre esta materia (la de limites) para discutir-las despues, pacífica i amigablemente, sin recurrir jamas a medidas violentas, i en caso de no arribar a un completo arreglo, someter la decision al arbitraje de una nacion amiga» (Art. 39).

He ahí, en ese artículo, el primero i mas sostenido de los errores que hemos cometido: el de aplazar i seguir aplazando la solucion de un litijio que pudo, en ese entónces, haber concluido de una manera mil veces ménos calamitosa que la de ahora.

En 1864 Chile creyó ya llegado el momento de fijar en definitiva nuestra línea oriental de frontera i enco-

mendó al ilustre publicista don José Victorino Lastarria esa tarea, enviándolo al Plata en el carácter de Enviado Extraordinario i Ministro Plenipotenciario; pero se engañó, pues la mision Lastarria no constituyó sino un fracaso, no esperado por cierto de una intelijencia tan sobresaliente.

El señor Lastarria, participando del viejo i arraigado error de que la Patagonia era un páramo solo comparable «a los horribles desiertos del Africa», segun la espresion del naturalista D'Orbigny, quiso i aconsejó a nuestro gobierno, abandonáramos la discusion de nuestros derechos, por lo cual hubo de reprobarse en forma terminante todo lo pactado por nuestro representante en Buenos Aires.

Vino despues una época acalorada i de discusion brillante, el famoso debate Frias-Ibañez (1872), en el cual nuestro Ministro de Relaciones Exteriores don Adolfo Ibañez desplegó un talento, un raciocinio i una enerjia tales en la defensa de nuestros derechos que lo colocan en el primero i mas merecido de los rangos en el ya largo escalafon de los Ministros que han intervenido en este litijio.

Nuevas complicaciones, como ser leyes colonizadoras de terrenos litijiosos, el apresamiento de la barca francesa *Jeanne Amelie* por la corbeta chilena *Magallanes*, la escitacion casi incontenible que ajitaba ambos pueblos, etc., casi nos llevaron a la guerra; pero en el momento en que ya lucian los aceros fraticidas una ráfaga de concordia depuró la atmósfera, ya saturada de improperios, i se volvió a tentar por ambas cancillerias una fórmula de advenimiento.

Un otro Ministro chileno trasmontó entónces los An-

des, don Diego Barros Arana, animado de propósitos conciliadores tales que hicieron fracasar su negociacion, al igual de la mision Lastarria, pues ni la Moneda ni el Congreso aceptaron lo que él habia firmado i hubo de desautorizársele.

El apresamiento de la barca americana *Devonshire*, por las autoridades chilenas, por habérsela sorprendido en igual delito al que habia orijinado la captura de la *Jeanne Amelie*, volvió a encrespar la situacion, pero cuando ya las escuadras se encaminaban a la lucha surgió de nuevo la luz i se suscribió el tratado Fierro-Sarratea (1878).

Pero este, como los demas tratados, apenas si fué un paño de agua fria, un paliativo al mal. Se estatuyó una vez mas el arbitraje i se estableció un *modus vivendi* que, en esos tiempos, fué considerado como un triunfo para la Arjentina, al alejar a Chile para siempre de la supervijilancia del Atlántico.

Por lo demas el tratado Fierro-Sarratea no llegó a ser ni sancionado por la Arjentina. Acontecimientos de gran trascendencia en la política sud-americana vinieron a poner en dura prueba la intelijencia i la enerjia de nuestra diplomacia.

Perú i Bolivia, aliados secretamente, provocaron a Chile a un rompimiento (1879) i estalló la guerra del Pacífico.

Los momentos eran de cruel expectativa i los enemigos de Chile no dudaron de su ruina. Fué entónces cuando un Ministro boliviano cruzó la Arjentina en medio de los vítores delirantes de un pueblo que pedia nuestro esterminio; fué entónces cuando el Gobierno i Congreso del Plata se negaron a ratificar el tratado

Fierro Sarratea, que se acababa de firmar, exigiéndonos transacciones humillantes; pero fué entónces tambien cuando tuvimos, dentro i fuera del pais, dos enérgicos i sagaces defensores: don Domingo Santa Maria, Ministro de Relaciones Exteriores i don José Manuel Balmaceda, que marchó a Buenos Aires a conjurar la tempestad.

La politica de Balmaceda se resolvió en oir proposiciones i discutir las, sin llegar a una solucion, pero sin provocar un rompimiento.

Se le quizo estrechar, exigiéndole o la humillacion o la guerra, i él aconsejó la paz; pero no en términos de miedo.

—La guerra, decia, en una de sus notas, no será jamas solucion de término en las cuestiones pendientes, pues ni chilenos, ni arjentinos consentiriamos jamas en aceptar la lei del vencedor, siendo en todo caso inevitable llegar a un arbitraje... La guerra podrá ser una victoria en esperanza i la paz una victoria profunda, ganada desde la primera hora...

El Ministro Santa-Maria aplaudia i estimulaba desde Santiago a nuestro representante en el Plata, escribiéndole:

—Es menester que el Gobierno arjentino comprenda, i bien hará Ud. en insinuárselo, que nosotros no aceptaremos nada que amengüe nuestros derechos i nuestra honra, apesar de las dificultades en que pueda colocarnos la guerra actual... Declaro a Ud que el miedo no es elemento que pueda ponerse en juego i que hoi, como ayer, obraremos sin separarnos de lo que la justicia i la conveniencia de los dos paises aconsejan...

La mision Balmaceda no tuvo otro objeto, como se vé, que conseguir la neutralidad arjentina en la guerra

del Pacífico, la que obtuvo, i así pudo Chile dedicar toda su energía a la solución del problema del norte, sin temer nada por el oriente.

Dos años de batallas, que fueron dos años de victorias, nos dieron el triunfo i cuando ya la guerra había virtualmente concluido i nuestro ejército i armada se paseaban orgullosos de sus triunfos, i levantando muy en alto la divisa que les legara Prat, los Ministros de Estados Unidos en Santiago i Buenos Aires iniciaron gestiones amistosas para concluir con el entre dicho en que vivíamos con la Argentina. Esas gestiones dieron sus frutos i a mediados del año 1881 se firmaba un nuevo tratado que, por mucho tiempo, se le tuvo como definitivo.

Se estipuló en su artículo primero que el límite entre ambos países correría por *«las cumbres más elevadas que dividan las aguas i pasará por las vertientes que se desprendan a uno i otro lado»* i se afianzó una vez más el arbitraje, como medio de solucionar las cuestiones que pudieran surgir, haciéndose, al mismo tiempo la declaración que Chile no podría tener puerto en el Atlántico, ni la Argentina en el Pacífico. Desde ese día murieron todos los títulos chilenos a la Patagonia oriental.

Habíamos empezado reclamando el dominio a toda la Patagonia, al sur de Río Negro, retrocedimos después al Santa Cruz i todavía al Gallego, para llegar, por fin, casi a las propias riberas del Estrecho de Magallanes... i para colmo de males, ese tratado, hijo de tantos sacrificios, no resolvió nada.

El secreto de este sucesivo retroceso no era que fuéramos reconociendo la falsedad de nuestros títulos, sino el amor, nunca desmentido, que hemos manifestado

a la paz, sin temer a la guerra, como tambien la idea altamente pesimista que sobre el valor i porvenir de la Patagonia existia:

—No debemos hacernos ilusiones creyendo que aquella estension (la Patagonia) sea otra cosa que tierras primitivas, incultivables i *de todo punto ingratas a los hábitos i aspiraciones de la industria*, escribia en 1865 al Gobierno de Chile, nuestro Ministro en el Plata, don José Victorino Lastarria, i años mas tarde, en los propios momentos en que don Adolfo Ibáñez defendia con tanto calor i brillo nuestros derechos, uno de nuestros mas afamados publicista, don Ambrosio Montt añadia:

—¿Por qué Chile i la Arjentina se disputan hoi con tanto calor el dominio de un desierto de hielo en Patagonia? ¿Es una cuestion de orgullo nacional arjentino o chileno? No! El orgullo es pasion de rei, el derecho es la única pasion de un pueblo libre.

¿Es un conflicto de intereses actuales i valiosos? Tampoco! La Patagonia es un desierto i el desierto es des-gobierno, es anarquía, es caos. En los desiertos se crian fieras i tiranos.

Rozas fué un tigre de la pampa lanzado a la ciudad, en una noche de confusion, por una mano de perfidia i de venganza.

¿Es la Patagonia una cuestion de porvenir?

Error! La palabra de Alejandro «el imperio pertenece al mas digno» es lei de Providencia i lei de historia.

Miéntras en Chile se hacian tan hermosas frases, la Arjentina, con profundo buen sentido, enviaba al corazon mismo de la Patagonia sus primeros exploradores, Moreno, Moyano, Lista, etc., quienes en 1877 llegaban ya a las tormentosas riberas de los lagos Santa Cruz,

Viedma i San Martín. De esa manera, lo que nosotros despreciábamos como *desiertos de hielo* ellos lo exploraban, i... despues colonizaban. En 1889 ya habían levantado sus tiendas de posesion en el valle 16 de Octubre.

Sobrevino con tal motivo una reclamacion chilena que concluyó con un *acuerdo protocolizado*, en el cual se estipuló de una manera esplicita i clara *que la posesion no constituia dominio, cuando esta se hubiera verificado con posterioridad a 1881*. Esta declaracion, conocida con el nombre de acuerdo Matta-Zeballos, fué trascrita en los siguientes términos, al Congreso argentino por el doctor Zeballos:

«Que todo acto de uno u otro Gobierno que estendiera su jurisdiccion hasta la parte de la cordillera de dudoso dominio, por no haber trazado en ella los peritos el limite definitivo, no afectaria los resultados de la demarcacion que se iba a practicar con arreglo al Tratado de 1881. Agregué que la República Argentina queria cumplir lealmente el Tratado, sin producir ni tolerar actos subrepticios para desvirtuar el resultado de aquella operacion. Que nuestro pais i su Gobierno tenían profundo respeto a la buena fé internacional, i que la linea que resultara de la ejecucion del Tratado seria respetada i mantenida, a pesar de cualquier hecho producido por la ignorancia de la situacion del limite.

«El señor Matta abundó en el mismo orden de ideas, i habiéndome representado la alarma que reinaba en Chile, porque se atribuia a la República Argentina propósitos de avance territorial hácia el occidente de los Andes, le contesté que escribiera a su Gobierno reiterándole las declaraciones de mis predecesores i la mia actual, de que el Gobierno argentino no cree conveniente ni digno,

que cualquiera de las dos naciones se adelanten a producir actos que dificultarán el cumplimiento del tratado de 1881».

Nuevas exploraciones i reconocimientos vinieron a manifestar a los argentinos que la línea del *divortium aquarum continental* lisa i llana, por ellos propuesta, mas que aceptada, en todos los tratados, incluso el de 1881, dejaba al lado de Chile la parte mas valiosa de los valles patagónicos i surgió entónces (1892) la interpretación argentina de las *altas cumbres*, modificada despues con el *encadenamiento principal de los Andes*. Ese fué el origen del mas desgraciado de los protocolos, enjendrador de todas las futuras dificultades i causa mui importante de nuestra derrota en Lóndres, i sin embargo ese protocolo de 1893 fué elaborado i discutido por uno de nuestros mas sagaces políticos, don Isidoro Errázuriz.

Continuó con esto la labor de los peritos representantes de Chile i Argentina i de las comisiones de injenieros que estudiaban la demarcación i cinco años despues (1898) ambos presentaron a sus gobiernos sus líneas de frontera. Estando estas en desacuerdo i en conformidad a los protocolos de 1881 i 1893 debia entregarse la solución a S. M. B.; pero esta medida, que nadie sospechó que Argentina, el apóstol del *arbitraje obligatorio*, la objetara, fué resistida por el Ministro Piñero i hubo de gastarse injentes sumas en armamentos, alarmar todo un continente i llegar a un *ultimatum* para que fuera aceptada.

Pero ni el *modus vivendi* de 1889 ni las actas de 1898 trajeron la tranquilidad tan deseada, pues periódicamente, como el venir de las estaciones, se sucedian los avan-

ces argentinos, las reclamaciones diplomáticas i los temores de guerra consiguientes: en 1889 la invasion del lago Lacar; en 1890 los avances de esta hasta Huaun; la que dió oríjen al tratado Concha-Alcorta, nueva i terminante confirmacion del pacto Matta-Zeballos i en 1901 la invasion argentina en el Seno de la Ultima Esperanza, complicada con una ruidosa reclamacion de la cancillería del Plata por unos pretendidos caminos estratégicos en el sur. Las actas Yañes-Portela solucionaron ambas reclamaciones, pero la atmósfera no quedó depurada.

Se habia firmado una paz forzada, que no aceptaba uno de los pueblos, i tanto fué asi que el Ministro Portela dió el escándalo, sin precedente, de querer retirar su firma diez horas despues de haberla puesto, a lo que Chile se negó perentoriamente.

La paz firmada en tales circunstancias tenia que ser flor de una hora i para afianzarla de una manera definitiva era necesario destruir la atmósfera de malquerencia que contra Chile existia en la Arjentina i contra la Arjentina en Chile i esa tarea difícil, preñada de sinsabores mil veces, pero siempre simpática, fué acometida por dos hábiles diplomáticos: Cárlos Concha Subercaseaux en Buenos Aires i José Antonio Terry en Santiago.

La armonía llegó asi hasta el corazon del pueblo i cuando se firmaron los pactos de 28 de Mayo, acordando un tratado jeneral de arbitraje, una reduccion de armamentos i una presentacion simultánea a S. M. B. para que fallara cuanto antes el litijio de límites, un concierto unisono de felicitaciones se levantó a uno i otro lado de los Andes i la Comision Arjentina que vino a prestijiar su canje, recorrió todo el pais en medio de manifestaciones tan espontáneas como magnificas.

Por eso estimamos que el honor de esos pactos, originarios de la solución pacífica i rápida del problema de nuestras fronteras por el oriente, cualquiera que haya sido i de la corriente de sincera amistad que hoy liga dos pueblos, pertenece en primer término a ambos diplomáticos que, con fé inquebrantable, creyeron que las discusiones podrian trocarse en armonías.

No otra cosa es lo que el señor Concha Subercaseaux me ha expresado en carta privada que, por lo elevado de sus conceptos, me complazco en reproducir:

«Ha sido una buena obra, nos dice con fecha 25 de Junio, la que se terminó con los últimos arreglos internacionales.

Deben ser ellos equitativos cuando se les combate por unos pocos, haciéndose iguales argumentos por los opositores de Santiago i Buenos Aires. Yo siempre creí conciliables las soluciones pacíficas con los derechos de nuestro país.

De ahí la constancia con que he servido esta obra, como Ud. se sirve hacérmelo presente.

Es verdad que he recibido numerosas felicitaciones i le aseguro que la de Ud. es una de las que mas satisfacción i agradecimiento me ha causado, por ser el recuerdo del amigo i del pariente, a quien distingo i aprecio afectuosamente.» (1)

(1) Podrá tenerse una idea de las innumerables obras que se han escrito sobre la historia i discusión científica de la cuestión de límites sabiéndose que *El Ensayo de una bibliografía histórica i geográfica de Chile* de los señores Anrique i Silva apunta como 200. Entre esas queremos citar un libro de nuestro amigo don Luis Orrego Luco, titulado *Los problemas internacionales de Chile* (La Patagonia), publicado ultimamente.

*
**

Hemos dichos que juntos con celebrar los gobiernos de Chile i Argentina los pactos de Mayo acordaron dirijirse simultáneamente a S. M. B. para que dictara cuanto ántes la sentencia que como árbitro le correspondia, ya que solo una vez terminado el litijio era dado esperar una paz duradera. La Inglaterra, interesada vivamente en la proteccion del comercio ingles en ambos paises i en evitar a toda costa la guerra, se apresuró a comisionar a uno de los mas competentes miembros del Tribunal Arbitral para que se trasladara a la zona litijiosa i evacuara un informe *de visu*.

Fué así como en los primeros dias de Mayo llegara a Chile el coronel ingles Sir Thomas Holdich, acompañado de algunos ayudantes i poco despues se embarcara en el *Zenteno*, con destino al Seno de la Ultima Esperanza i empezara desde ahí su estudio.

Pocos meses despues regresó, llevando ya los datos de su *Informe*, i el 20 de Noviembre ponía S. M. B. su firma al pié de la siguiente sentencia arbitral:

«Art. 1.º El limite de la rejion del paso de San Francisco será formado por la línea divisoria de las aguas que se estiende desde el hito ya colocado en ese punto, hasta la cumbre del monte Tres Cruces.

«Art. 2.º La hoya del lago Lacar queda adjudicada a la Argentina.

«Art. 3.º Desde el paso Perez Rosales, cerca del norte del lago Nahuelhuapi, hasta las vencidades del lago Viedma, la línea divisoria pasa por el monte Tronador; de aquí hasta el rio Palena por líneas divisorias de

aguas, determinadas por ciertos puntos obligatorios que hemos fijado en los rios Manso, Puelo, Futaleufú, i Palena o Carreleufú, dando a la Argentina las hoyas superiores de estos rios mas arriba de los puntos fijados por nosotros, incluyendo los valles Villegas, Nuevo, Cholila, Colonia 16 de Octubre, Frio, Huemules i Corcovado i adjudicando a Chile las hoyas inferiores que quedan mas abajo de aquellos puntos.

«Desde el punto fijado en el rio Palena la línea divisoria seguirá por el rio Encuentro hasta la Punta Virjen, en seguida a la línea que fijamos, la cual cruza el lago Jeneral Paz; de ahí por la línea divisoria de aguas marcada por un punto que fijamos sobre el rio Pico, desde donde el limite ascenderá hasta el principal divisor de aguas del continente sud-americano en loma Baguales, i seguirá por ese divisor de aguas hasta la cumbre conocida por el nombre de La Galera. Desde este punto la línea correrá por ciertos afluentes del rio Simpson o Aisen del Sur, que hemos fijado, i llegará al Pico Apywan, desde donde sigue la divisoria de aguas, marcada por un punto que fijamos en el promontorio de la ribera norte del lago Buenos Aires. Así queda adjudicada a la Argentina la hoya superior del rio Pico i la inferior a Chile.

«Toda la hoya del rio Cisnes o Frias es adjudicada a Chile, como tambien toda la hoya del Aisen, con escepcion de una faja en las nacientes del brazo sur, incluyendo la colonia de Koslowsky, la que queda adjudicada a la Argentina.

«El resto de la línea divisoria ha sido marcado por líneas que hemos fijado a traves de los lagos Buenos Aires, Pueyrredon o Cochrane i San Martin, asignando así las porciones occidentales de las hoyas de estos

lagos a Chile i las del oriente a la Argentina. Las cimas divisorias contienen los montes San Lorenzo i Fitzroy.

«Desde el monte Fitzroy hasta el monte Stokes ya ha sido marcada la frontera.

«Art. 4.º Desde la vecindad del monte Stokes hasta el paralelo 52 de latitud sur la division seguirá primero por el divisor de aguas continental definido por la sierra Baguales, separándose de ahí hácia el sur a través del rio Vizcachas hasta el monte Cazador, a cuya estremidad sureste la línea cruza el rio Guillermo i vuelve a juntarse con el divorcio de aguas al este del monte Solitario, siguiéndolo hasta el paralelo 52, desde cuyo punto la frontera está ya marcada.

«Art. 5.º Una definicion mas detallada de la frontera se encontrará en el informe que nos fué sometido por nuestro tribunal i en los mapas que nos fueron presentados por los peritos de la República Argentina i Chile, sobre los cuales el límite que acabamos de determinar ha sido delineado por los miembros de nuestro tribunal i aprobado por nosotros.

«Dado por triplicado bajo nuestra firma i sello en nuestra corte de St. James este vijésimo día de Noviembre de 1902, en el segundo año de nuestro reinado.

EDUARDO VII.»

Estudiando la sentencia de S. M. B. se ve en primer término que el criterio dominante en el Tribunal Arbitral ha sido el reconocimiento pleno del derecho de posesion, amparando quizas con ello la teoria de expansion territorial de la Inglaterra. Solo así se explica que no haya adoptado, como se le pedia, ni la teoria chilena del *divortium aquarum continental*, ni la argentina del

encadenamiento principal de los Andes (2) i todavía, que haya pasado por encima de acuerdos internacionales tan terminantes como el Matta-Zeballos, citado mas atras.

Donde no hai posesion anterior, fija una linea de compensacion i por lo tanto perfectamente anti-científica, como que corta caudalosos rios i lagos estensos como un océano.

Esto ha sido para nosotros una dolorosa sorpresa, pues el propio coronel Holdich i en un caso semejante, habia dicho lo siguiente en amparo de la hoi doctrina chilena:

—«Incomparablemente el mejor accidente natural que puede utilizarse en una demarcacion de límites es el *divortium aquarum*, ya sea este una alta cadena de montañas o simplemente una divisoria de aguas. Jeneralmente forma la division etnográfica mas útil, circunstancia de la mayor importancia i lleva consigo la incuestionable ventaja de la estabilidad. No requiere obras artificiales para definirlo i ningun gasto para mantenerlo; es una

(2) I no se diga que todos los Estados, en iguales circunstancias, han procedido siempre informados por el espíritu de benevolencia equitativa que nosotros esperimentamos, en estos propios momentos, para con la República Argentina. Vamos a citar un caso de escepcion, en que precisamente figura la Gran Bretaña. El Tratado de Gante, de 24 de Diciembre de 1814, estableció tres Comisiones arbitrales internacionales, de dos comisarios cada una, para regular la aplicacion del Tratado de 1783, en lo relativo a las fronteras entre el Canadá i los Estados Unidos, nombrándose como tercero, en 1828, al rei de Holanda, para que dirimiese la cuestion de fronteras del Noreste de la Union Americana. La Comision británica i la Comision americana presentaron cada cual su línea. El árbitro, el rei de Holanda, falló trazando una tercera linea distinta de las otras dos propuestas por las partes. «Su decision fué rechazada por ambas partes, por haber propuesto una linea convencional en vez de resolver la cuestion que le habia sido sometida.» (Véase página 122, año 1874 *Revue de Droit International*.—W. B. Lawrence).

ventaja estratégica i puede ser reconocida por el mas inesperto jeógrafo indijena. Esta es, despues de todo la consideracion práctica. Un límite no debe requerir trabajos de descubrimiento: debe existir, sin temor de ser equivocado; debe ser un sólido i sustancial aviso a todos los que se acerquen a él...» (African Boundaries and the application of Indian systems of geographical Survey to Africa-1891).

¿Se puede ser mas esplicito?

Esa línea de compensacion que se ha trazado, es tan caprichosa, tan ilójica, tan absurda en algunas partes, que llegamos a temer sea inaplicable.

Pero vamos por parte.

La sentencia, en su artículo primero, da la razon a Chile, ubicando en el portezuelo de San Francisco el hito internacional que la torpeza del protocolo de 1893 habia hecho que se tuviera como provisional; de ahí sigue con la línea ya acordada por ámbos peritos en 1898, hasta el paralelo 40 de latitud sur i asigna a la Arjentina todo el valle Lacar, o sean los orijenes del rio Valdivia.

Este es el primer caso de posesion que falla el árbitro, sin embargo los titulos arjentinos eran mui posteriores al acuerdo Matta-Zeballos i databan solo desde la fundacion de San Martin de Los Andes.

Siguiendo al sur, i basado en el mismo criterio quizas, deja al lado arjentino el Valle Nuevo, en las nacientes del rio *Puelo*.

Sin embargo, recuerdo haber leído en el viaje que hizo a ese rio el doctor Steffen que el único criancero que encontró en sus orijenes fué un chileno, un tal Rudecindo Rosales, quien años despues (30 de Diciembre de 1898) me

lo confirmó, conversando con él a orillas del arroyuelo Futa-Timen.

Respecto a los valles Cholila i 16 de Octubre quedan en el caso ya analizado del Lacar, con la circunstancia atenuante si, de que su ocupacion data de años anteriores al pacto Matta-Zeballos; el primero formó parte de una gran concesion de tierras que se hizo a la Compañia Inglesa del Chubut i el segundo a una colonia de galenses. Pero ámbas ocupaciones fueron, a su debido tiempo, objetadas por Chile.

De ahí para el sur ya no existe posesion anterior, hasta llegar al Seno de Ultima Esperanza que, colonizado por Chile (1892) queda chileno, salvo la rejion del rio Vizcachas i cerro Palique, apesar que existian allí estancias cuyos títulos emanaban del gobernador de Magallanes.

En la enorme rejion comprendida entre las nacientes australes del Palma ($44^{\circ} 20'$) i del Vizcachas ($50^{\circ} 40'$), en que no existia colonizacion anterior, ha inspirado la sentencia un *criterio salomónico*, al partir todo el terreno litijioso, buscando mas la equivalencia que el fundamento jeográfico.

Parece que no se ha buscado otra cosa que la resultante entre las aspiraciones chilenas i argentinas.

Deja toda la hoya hidrográfica del rio Cisnes i casi toda las del Aisen i Huemules, al lado de Chile, para seguir casi derecho al sur i *dividir en dos porciones el lago Buenos Aires*. (3) Esos valles que quedan ya de-

(3) Este lago es el mas estenso que existe en la Patagonia i no tiene ménos de 150 kilómetros de largo. Los que deseen conocer detalles de la jeografia de la zona comprendida entre ese lago ($46^{\circ} 00'$) i el San Martín ($49^{\circ} 00'$) pueden recurrir al capítulo tercero (La Patagonia Austral) de mi libro *Al traves de la Patagonia*, páginas 83-150.

finitivamente chilenos son bonitos i pastosos, sobre todo el Aisen, en el cual se ha labrado un camino hasta el Pacífico.

No tenemos a la vista plano alguno del trazado de la línea inglesa, pues escribimos mui léjos de oficinas informativas i la sentencia en este punto es mui lata; pero nos imaginamos que ésta ha de seguir el trazo siguiente: Del lago Buenos Aires, seguirá al sur por la meseta basáltica del mismo nombre, hasta llegar al monte Zeballos (2,680 m.); cortará el lago Cochrane, a la altura de la península del Calvario; seguirá al monte Cochrane (3,700 m.), para ir a caer al brazo norte-oriente del lago San Martín, donde desemboca el caudaloso río Mayer.

Segun eso, quedaria de lo disputado, allado de Chile, el valle Chacabuco (que nos tocó explorar i bautizar el 12 de Febrero de 1899), valle bastante pastoso, pero frecuentemente interrumpido por *ñadis* o pantanos que lo hacen peligroso, i al lado argentino lo mejor de toda esa zona, como ser: alrededores de los lagos Resumidero, Manuel Rodríguez i Nansen, el valle del río Blanco i toda la hoya hidrográfica, sumamente valiosa, del río Mayer i sus afluentes.

Del lago San Martín queda a la Argentina todo lo aprovechable, como ser los mallinales que rodean las penínsulas Cancha Rayada i Chacabuco, i los lomajes pastosos que se estienden en las nacientes del río Tar i costa sur del lago, hasta el río Baquedano. I a nosotros?—Las montañas escarpadas, los ríos torrentosos i los paisajes imponentes...

Este lijero exámen de la línea inglesa i de lo que queda a uno i otro lado, está en consonancia perfecta con lo que hemos dicho en otra circunstancia i que hoi reproducimos:

«Todos estos rios (desde el Puelo al Pascua desagüadero del lago San Martin) dan vida a hermosos i valiosos valles i para que se aquilate mas todavía la importancia de lo que se discute, diremos que el gran valor de esos valles está precisamente en sus cabeceras o sea en sus proximidades a la línea del *divortium aquarum continental*, donde son despejados i pastosos, porque despues se estrechan demasiado i se desarrollan por los bosques sin fin del sur de Chile, donde las lluvias son casi perpetuas.

Las memorias de todos los exploradores chilenos, como ser Steffen, Fisher, Krüger, Mitchell, etc., que han remontado desde el Pacifico diversos caudalosos rios, están contestes en esto: rios que en sus nacientes se desarrollan en valles anchos i despejados i con un clima poco lluvioso, se estrechan despues en largas secciones i pasan por rápidos i estrechuras que los desvalorizan i viven en una completa inundacion de aguas-lluvias, que dificultan sobremanera su explotacion agricola». (Al traves de la Patagonia, pájina 85).

Esas frases traducidas ahora en números, dada la sentencia arbitral inglesa, nos dice lo siguiente:

De los 97,000 kilómetros cuadrados de terrenos litijiosos, solo son valiosos 11,214 k² o sea apenas el 11⁰/0 6, de los cuales corresponden

A Chile, el 27⁰/0 5:

	Kilómetros	
Valle del Cisne.....	750	
Id. del Aisen.....	870	
Orijenes del Baker.....	150	
Ultima Esperanza.....	2,200	3,170
	<hr/>	

A la Arjentina, el 72⁰/0 5:

Rio Villegas.....	200	
Tajel.....	100	
Valle Nuevo.....	520	
Cholila.....	930	
Dieziseis de Octubre...	960	
Rio Frio.....	200	
Rio Carreleufú.....	900	
Huemules.....	830	
Rio Mayer.....	250	
San Martin.....	914	
Ultima Esperanza.....	1,310	8,044
	<hr/>	<hr/>
Kilómetros.....		11,214

Dado este mezquino resultado cabe preguntar:

—No habria convenido mas el arreglo directo, por el cual tanto abogó el Presidente Errázuriz? No titubeamos en decir: No! porque en el hipotético caso que se hubiera dictado una sentencia igual a la que ahora analizamos, no habria sido aceptada por el pueblo, ni por el Congreso de ámbos paises.

*
* *

Antes de terminar estas páginas, escritas sin ánimo de abrir discusión sobre cosa juzgada, séanos permitido tributar nuestro homenaje a las dos figuras prominentes del litijio que acaba de fallarse: don Diego Barros Arana i don Francisco de Paula Moreno, Peritos de Chile i la Argentina.

El señor Barros Arana, historiador ilustre, polemista de fuego, sabio de profundos i variados conocimientos, permaneció al frente de nuestra oficina de límites hasta que dificultades i tropiezos de *las alturas* lo obligaron a renunciar. Cuenta a la fecha 72 años, pero su memoria es tan prodijiosa i sus convicciones tan arraigadas que bien parece el cerebro de un jóven en el cuerpo de un ciano, encorbado al peso de sus méritos.

I ese mismo carácter de lucha que lo ha caracterizado en toda su vida, ha hecho que nazcan a su lado un núcleo poderoso de admiradores que lo defienden i de enemigos que lo anatemizan.

No ha habido en Chile personalidad mas valientemente defendida, ni mas valientemente atacada que la del señor Barros Arana.

Desgraciadamente, los ataques de intransijencia i sectarismo de que ha sido blanco han llegado hasta perjudicar la causa de Chile. No se hizo distincion entre el Rector de la Universidad i el Perito en la cuestion de Límites.

Oh! si se entrara en el detalle, si se estudiaran las múltiples causales de nuestra derrota, si se analizara i se refiriera cuanto mal se hizo a la causa del país, en odio al señor Barros Arana, escribiríamos una página demasiado triste, demasiado cruel.

En cambio, el Perito argentino siempre fué espaldea-

do por su gobierno, por la prensa i por la opinion i asi pudo hacer una propaganda i una atmósfera al rededor de su causa que le dió la victoria. Por eso creemos que los arjentinos no habrian podido encontrar otra personalidad mas prestigiosa, de mayor actividad i de mas incansable teson que el Director del Museo de la Plata i Perito en la Cuestion de Límites, don Francisco de Paula Moreno.

Verdaderamente, fué una desgracia para nosotros que no hubieran continuado en sus puestos los Pico, los Virasoro i los Quirno Costa i mucho mayor aun el retiro casi forzoso a que se obligó al señor Barros Arana.

SANTIAGO MARIN VICUÑA.

(Miembro del Instituto de Injenieros de Chile)

Illapel, 14 de Diciembre de 1902.



A propósito de un Prólogo de Valera

De lo poco i nada que mandan a nuestras playas las letras españolas, sin duda que lo mejor llegado en el presente año es el *Florilejo* de don Juan Valera. Ya se vé que, aunque no hubiera llegado últimamente, sino mucho tiempo ha, seria siempre de lo mejor. En el jénero de la crítica, España produce ménos que Francia i muchísimo ménos que Inglaterra. I aun entre los que en España se consagran a formar tan escasa provision, Valera es casi único, ya que el pasmoso Menendez vive consagrado a la crítica de alto coturno, i Balart guarda obstinado silencio, i *Clarín*, el malogrado *Clarín*, desapareció cuando su espíritu penetrando en sus *templa serena*, comenzaba a escribir pájinas que traslucian las mas ámplias i simpáticas facultades críticas.

Tengo por inútil i fuera de propósito manifestar aqui las razones por las cuales juzgo i estimo que es de lo mejor todo lo escrito por ^{la}pluma de ^{Valera}. Aun puesto a ello no sabria hacerlo. Encuentro el pensamiento de Valera tan ^{claro} i tan ^{sutil} que se escapa ^{mil} veces a mi análisis. Su prosa me parece tan limpida, ^{tan}serena que no hallo medios para descubrirla en su refinado

artificio aun cuando siento yo mismo que le tiene en sumo grado. Su espíritu apto para discurrir con suma naturalidad sobre las cosas mas extraordinarias, desde la filosofía Kantiana hasta la nigromancia de la India, me causa una impresion agradable i desconcertante. Si yo pudiera definir a don Juan Valera, diria de él que es la última encarnacion del renacimiento italiano. Como los humanistas, posee un alma amplísima, abierta a todos los horizontes i con simpatias a todas las doctrinas. Tiene el don de la curiosidad como ellos. Tiene aquel alambicado discreto, aquella esquisita cortesanía, aquel escepticismo espiritual i práctico de los jentiles hombres de la época. Su estética, si algun dia llegara a formularla, seria talvez el neo-platonismo de la escuela española. Su prosa es semejante a la del marques de Castillon traducido por Boscan. La tendencia de usar como elemento maravilloso, i aun como trama del arte, los encantamientos de la majia i las trasformaciones de la alquimia, recuerda a aquellos personajes que hacian de las ciencias ocultas profesion de su vida i lo asemejan a ellos. A no dudarle es tambien un alquimista. Así como los otros destilaban liquidos prodijiosos de sus aparatos estrambóticos, así Valera destila del matraz de su ingenio un arte esquisito que, para unjir inmortal todo lo que toca, es muchísimo mas seguro que la misteriosa sustancia del marques de Villena.

Ademas de estas líneas jenerales comunes a todo arte i a todo pensamiento de Valera, sus últimas obras, i en especial su *Florilejo* de poetas, llevan impreso vivamente otro carácter que al valor literario de ellas, añade un valor moral no despreciable, i aun las hace mas dignas de encomio.

Este carácter es el patriotismo. Las últimas obras de Valera son eminentemente patrióticas. Pero así como hai que distinguir entre un afecto vulgar i otro que no lo es, así debemos distinguir el patriotismo de Valera de muchos otros patriotismos conocidos i comunes. Desde luego, el patriotismo es un sentimiento algo rebelde al arte. Se refiere al mundo moral i sus manifestaciones se verifican en lo que podríamos llamar el dominio de este mundo. Cada cual es patriota segun el alma que tiene i manifiesta su patriotismo tal como siente su amor a la patria. Cuando la cosa va de veras, el patriotismo lanza al aire sus asuntos sin cuidarse de producir efecto estético alguno. Pero cuando la cosa no es así, cuando, por ejemplo, con espíritu tranquilo desea producir en el terreno del arte un efecto mas durable i ménos pasajero que el de conmover las muchedumbres, entónces, el problema cambia i a menudo no logra sus propósitos. ¿Cuántas son las obras maestras del arte que hayan sido creadas con fines exclusivamente patrióticos? Me parece que mui pocas. I es que acostumbrados a no ser patriotas sino en determinadas ocasiones, i a manifestarnos en frases vulgares i conocidas, cuando queremos producir algo de mas aliento, algo nuevo, algo lleno de vida i de verdad, no sabemos mas que recurrir al camino trillado que lleva a la produccion de obras afectadas, llenas de falso calor i sin nervio. Valera ha comprendido todo esto. Huyendo del patriotismo vocinglero, ha procurado conseguir los mismos efectos por sendas ménos comunes. I así en Valera el patriotismo ha podido asemejarse a la caridad, que restaña la sangre, cura las heridas i levanta el ánimo; tiene algo de la fé que hace llevaderos los presentes trabajos con

el recuerdo de las pasadas grandezas i el vaticinio de glorias venideras, i es, en sí mismo, una esperanza: la de que puede ser su patria lo que en un tiempo fué, habiendo sido la mas grande, fuerte i poderosa nacion que hubo en el mundo.

Esto que a muchos parecerá estraño, i aun diverso de la realidad, puede comprobarse, por ejemplo, con la atenta lectura de aquella esquisita obra en que narró Valera las portentosas aventuras del renacido *Morsamor*, con muchos otros artículos suyos publicados ya poco ántes ya luego despues de la guerra americana, i sobre todo con el *Prólogo* a este su *Florilejio de Poetas liricos españoles en el siglo diezinueve*.

*
* *

Manifestar mas detalladamente lo que digo, seria entrar en el exámen del *Prólogo* a que me refiero, lo cual no es mi ánimo. Haré notar, sin embargo, que está inspirado en un sentimiento que podríamos calificar, i en sumo grado, de literariamente patriótico. Es como una rápida historia de la poesía española en el siglo pasado, con el propósito no solo de pintar el medio social en que vivieron los poetas i de asignar a cada uno su valor, sino aun de mostrar que esta poesía es de las mas ricas i variadas i en todas sus manifestaciones ha sido eminentemente nacional.

Semejante variedad proviene de muchas causas. Desde luego, de la amplitud de la misma vena poética. No existe jénero que no haya sido cultivado en España i no cuente con una o muchas obras merecedoras de larga i famosa vida. Desde el pujante poema épico hasta

el mas delicado canastillo de rimas, i desde la trajedia de alto coturno hasta la chispeante i malevóla pieza de jénero chico, todos han logrado intérpretes notables. Aun hai mas. España ha puesto de moda jéneros ya olvidados o desconocidos del todo, ora reformando, ora resucitando los antiguos, ora haciendo nuevas combinaciones de los existentes, ora, en fin, inventándolos de veras. Tales son, por ejemplo, el romance, el pequeño poema, el poema lírico, la dolora, i otros mas, fuera de las mil diversas combinaciones de metros i de estrofas que es lícito inventar al irritable jénio de los vates i que alcanzan mayor o menor fortuna segun el talento del inventor. I como si esto fuera poco todavia, el injénio español ha aclimatado en su tierra algunas maneras poéticas que no prendieron en otras fuera de la orijinaria, como la lirica heiniana, la balada, la leyenda i no poco de las escuelas parnasianas, coloristas i decadentes de la Francia contemporánea.

Otra razon que hace aparecer mui rico tal periodo poético, es el mismo número de poetas. Bien hubiera podido ser que una tan rica manifestacion fuera obra de individuos relativamente escasos, pero lo suficientemente vigorosos i afortunados para condensar en sí toda la materia poética que flota en la sociedad durante ciertos momentos, i luego espresarla en forma inmortal i nueva, como a veces lo atestigua la historia. Pero no ha sido así. Ningun pais cuenta en el siglo XIX con tal número de poetas como España. Aunque prescindiéramos del elemento épico, que no es escaso, i del dramático que es abundantísimo, i nos fijaríamos únicamente en el lírico, apenas si su número sufriría menoscabo. En España como en todas partes donde se poetiza no se encuentra

por lo jeneral, poeta dramático que no sea autor de alguna leyenda o de alguna oda, o poeta épico que no haya atentado en su vida contra alguna dama mas o menos hermosa i que por tal motivo no pueda tomar asiento entre los liricos. Esto hace que en cada nacion la masa comun de poesía, sea mas o ménos abundante i se halle formada en su totalidad por los poetas liricos o mejor por la poesía lirica, quedando la dramática i sobre todo la épica para distinguir a esta nacion de las otras i aun para revestirla de la fama mas duradera que se pueda obtener entre los humanos. Pero eso no significa que los grandes dramaturgos o épicos, por el hecho de haberse immortalizado en el drama o en la epopeya, no hayan de ser contados entre los liricos cuando tambien cantaron al son de una lira mas modesta i sobre todo cuando cantaron bien.

Semejante exclusion puede obedecer a dos motivos: o bien al de querer presentar un ramillete de los que solo i únicamente fueron poetas liricos, lo cual no dará nunca una idea cabal de la poesía lirica de una nacion, o bien al de querer alivianarse la tarea. Valera confiesa desenfadadamente esto último, pero luego se olvida de ello. Su patriotismo lo impulsa talvez sin querer a colocar dentro de su Florilejio, poesias que en rigor no son poesias liricas. Así figuran, por ejemplo, la *Proclama* de Vargas Ponce, algunas *Epistolas* de Jovellanos i Moratin, uno que otro mui bonito romance del duque de Rivas i tales o cuales sátiras o letrillas satíricas del fecundísimo Mora. I mejor que así sea. Mas valia que triunfara, como ha triunfado, el amplio espíritu critico i profundamente estético del colector, sobre el estrecho i contradictorio de cierta poética inflexible que a veces por mantener in-

fundadas preocupaciones, se resiste a reconocer la belleza donde la encuentra i la siente a pesar de que sabe que la encuentra i que la siente.

*
* *

La coleccion de Valera está hecha con gusto artistico mui elevado. Así lo demuestran el Prólogo del primer volumen, algunas páginas que acompañan a los otros dos ya publicados i las poesías que los llenan. El Prólogo, sobre todo, razona mui bien los ideales a que obedeció el autor, allegando los materiales de la obra. Además está lleno de ideas ingeniosas i es sumamente sugestivo. Habla de muchas cosas fecundas sobre las cuales se podría discurrir largamente aun en sentido opuesto al del autor. Se entretiene en cuestiones interesantes i siempre las observaciones que hace son nuevas i oportunas i revelan un criterio amplio i simpático a todas las manifestaciones del arte.

Ya, al comenzar, se detiene en una cuestion que podríamos llamar de límites literarios. Se pregunta si en el renacimiento habido en las letras españolas del siglo XVIII revivió el espíritu nacional o triunfaron ideas i doctrinas de otros países. La cuestion no dejaria de ser interesante en una historia internacional de la literatura, i en sí misma lo es, tratándose de la poesía española. En España hai la circunstancia especial de ser el renacimiento que se efectuó en el último tercio del siglo XVIII, como el natural punto de partida de las manifestaciones literarias venidas mas tarde. La verdadera historia de la poesía española contemporánea en él comienza, de tal modo que de él no se puede prescindir si

se desea hacerla completa i tal como es. En otros países no sucedió lo mismo. Para algunos el siglo XIX es el siglo del moderno renacimiento poético. En sus comienzos se verifica el esplendoroso advenimiento del romanticismo por modo tan repentino, que parece una flor hermosísima abierta de la noche a la mañana en medio de un campo desolado. En España no fué así. El romanticismo vino i triunfó ya hartó corrido el siglo pasado, i sus jérmes se encuentran de manera tan patente en los poetas de jeneraciones anteriores, que se puede afirmar que no hai verdadera separacion entre la obra poética del clasicismo del siglo XVIII i la del romanticismo del siglo XIX.

Ya se vé, pues, si es o no importante saber la jeneracion de aquel renacimiento. Respecto de la cuestion misma, esto es, de las causas que lo produjeron, el patriotismo de Valera piensa que se debió al espíritu nacional que recobraba las amortecidas fuerzas, i no a la importacion de exóticas doctrinas. Sin embargo, a primera vista i en jeneral, no parece que fuera tan exclusiva la obra del primero ni tan estéril la introduccion de las segundas, i quizás se podría sostener con mas verdad que el dicho renacimiento fué obra de ámbas causas, esto es, que si el espíritu nacional rejuveneció fué por asimilarse nuevas ideas, por descubrir nuevos horizontes, o aun, porque la resistencia contra los gustos i las cosas que venian de afuera, despertó en él briosa i patriótica enerjía.

Para demostrar esto, seria necesario discurrir largamente. Habria que dividir i distinguir diversos factores, estudiarlos separadamente i entrar por consiguiente en detalles superiores a mis fuerzas. Con todo, apuntaré

aquí algunas ligeras observaciones, sin perjuicio de rectificarlas mas tarde con mayor estudio i cuando la ocasion se presente.

Está fuera de duda que durante el siglo XVIII, Francia influyó por modo notable en las demas naciones del mundo civilizado. Su idioma, sus costumbres, i sus modas se esparcieron por doquiera. Con ellas tambien fueron sus ideas. Muchas de estas últimas, sobretodo las filosóficas, seguramente no eran francesas sino inglesas, pero la Francia asimilaba el rudo pensamiento de Albion, que por otra parte no era de gran vuelo metafísico, i lo presentaba revestido de una forma amable i asequible a todo el mundo. España, sea por su situacion política especialísima, sea por la esterilidad intelectual en que se encontraba, no podía escapar a influencia semejante i, de hecho, el espíritu que informó a los españoles del siglo XVIII fué el espíritu frances de la misma época. Seguramente no obró en la masa del pueblo que ni pensaba ni dirigia, pero los pensadores i directores, representantes siempre del movimiento intelectual de un país, se dejaron influir notablemente por él. Esto se hizo mas claro miéntras mas avanzó el siglo, cuando la proteccion real a las nuevas ideas fué mayor i cuando factores netamente políticos vinieron a producir consecuencias inesperadas en los terrenos mas diversos.

El estado jeneral de los espíritus debía reflejarse necesariamente en la teoría i en la práctica del arte. En los tratadistas de la época, el espíritu extranjero, por no decir esclusivamente el frances, ahoga la robusta tradicion de la escuela española. Luzán se adapta a los principios jeneralmente admitidos por Cromaz i los italianos, afrancesándose sin embargo cada día mas. Cap-

many rinde tributo al psicologismo de la escuela escocesa. La filosofía de Locke, o mejor el universalismo condillaquista, hasta mui entrado el siglo XIX, trasciende en la estética de Eximeno, Reinoso e Hidalgo. Del influjo de semejantes doctrinas subjetivistas o sensualistas no escapan ni Feijóo, ni el varonil pensamiento de Arteaga, ni mucho ménos el célebre diplomático Azara, Mecenas e instigador de las inteligencias de su tiempo. Solo al comenzar el siglo XIX i despues de haber informado a los espíritus con su verbo enciclopedista i revolucionario, la influencia francesa cede el paso al psicologismo escocés i a la estética en él inspirada, estética que penetra en la literatura española mas hondamente de lo que se cree, trayendo, gracias a los libros de Burke, Blair i a los falsos poemas ossiánicos mayor elevacion de pensamiento poético, mayor amplitud de forma i un fresco anuncio de cierto melancólico i soñador romanticismo.

Igual cosa si no mayor aconteció en la práctica literaria. En ésta, el influjo de las doctrinas del pseudoclasicismo tenia que ejercerse aun con menor mezcla de elementos estraños. En esto los franceses daban mas de lo que recibían i aun lo que ellos recibían marchaba a confundirse en el inmenso rio de su cultura i pasaba como suyo. Los franceses habían codificado los primeros la doctrina pseudoclásica i en seguida la habían impuesto al mundo. En ella se embebieron los que reformaron el gusto español i los que iniciaron el renacimiento, por mas que sufrieran tambien en algunos puntos otras influencias, si no francesas, afrancesadas. Clavijo i Cadalso se habían educado en Francia. Don Nicolas Moratin, a pesar de su jenio esencialmente español, se em-

peñaba en ajustarse al molde extranjero. Su hijo siguió sus huellas. El gran Jovellanos sostenía que el arte había de ser vehículo de grandes ideas, medio de propaganda i educación moral, aconsejaba los grandes asuntos i él mismo daba el ejemplo. Era la concepción del arte pseudoclásico, deformado ya por el espíritu enciclopedista.

Los grandes grupos tomados por los poetas de entonces no encontraron cosa mejor que seguir tales consejos. Algunos pretenden resucitar la antigua tradición nacional, pero de ella no ven sino lo que les permite el inconsciente prejuicio de la escuela, i de hecho no la imitan sino en aquello que no contradice al espíritu dominante. El alma de los grandes poetas escapa al análisis. La robusta vena de Lope, el sublime vuelo de Calderon, el pintoresco lenguaje de Rioja i de Balbuena, el rico vocabulario, en fin, de los poetas del siglo de oro parecen no haber existido. El gongorismo, el conceptismo, el equivoquismo terminan su reinado, pero comienza el suyo un arte frío i cortesano, mui racional i sensato, desnudo de verdaderas galas imaginativas, amanerado hasta en sus entusiasmos, que busca antes la armonía que la fuerza, el estilo fácil i desleído antes que el preciso, el lenguaje retórico i vago antes que el natural i exacto, i lleno todo él, en fin, de preocupaciones morales, políticas, i antipatrióticas a veces, que son los mejores testigos del espíritu que lo anima.

Mucho de esto podria demostrarse haciendo un estudio de los poetas en quienes se encarnó aquel renacimiento a partir de Melendez Valdes, cuya lira llena con sus dulces acordes el reducido horizonte de la época. Habria que estudiar sobre todo al mismo Melendez, ins-

pirador de otros que vienen despues i tienen mejor suerte i mayor celebridad, tanto porque su poética contiene en jérmenes la de Quintana, Cienfuegos i Gallegos, como porque su influencia se estiende a Lista, a Reinoso, a casi todos los poetas salmantinos i sevillanos, i aun triunfante la nueva escuela no desaparece del todo. Mediante las lecciones de don Alberto Lista dura en ciertos puntos muchísimos años mas. En pleno triunfo romántico florecen vates que siguen las reglas de un mitigado clasicismo, como Roca de Togores, Pezuela, Escosura, Ochoa, el limeño Pardo i Ventura de la Vega, el mas ilustre de todos. Influye en la retórica de los mismos románticos de tal modo que los mas notables de ellos, como el duque de Rivas, Espronceda, Bermudez de Castro, son por el verso clásicos, discipulos de Lista. I aun, trascurrida media centuria i una vez en decadencia el romanticismo, hai poetas que vuelven los ojos a la correcta nitidez de Melendez, el primor métrico de Gallego, la traidora grandilocuencia de Quintana, demostrando así que no en balde habian soplado auras de pureza i correccion sobre las letras españolas.

*
* *

Como quiera que ello sea, la completa emancipacion del espíritu nacional no se realizó en el mundo literario sino con la venida del romanticismo. En el social, ya se habia verificado por la guerra contra las huestes napoleónicas. Mucho ayudó el acontecimiento político al literario; pero aun sin él, se habria realizado. Las doctrinas románticas eran doctrinas de independendencia i libertad. La proscripcion de la antigüedad clásica, el color local, la

restauracion imaginaria i libre de las tradiciones nacionales, el olvido de las reglas, la deliberada confusion de los jéneros, la invencion de nuevos moldes métricos; todo llevaba a la exaltacion de la personalidad del artista i a proclamarla como lei soberana. Es claro que siguiendo el artista su propio temperamento, no iba a sujetarse a la imitacion extranjera, i aun sujetándose a ella, no iba a considerarla sino como un motivo para vaciar libremente su alma tempestuosa. Esto fué lo que sucedió. En la historia de la poesia lirica probablemente no hai época de menor imitacion de los demas ni de mayor exhibicion de lo moderno, que la época romántica. Ni hubo mejor oportunidad para que el jenio de cada nacion tomase el camino mas propio i adecuado a sus naturales inclinaciones.

Tres grandes nombres cita el señor Valera como iniciadores de la revolucion romántica i su camino. Estos nombres, que han vivido i vivirán siempre en la poesia castellana, no solo como revolucionarios sino como verdaderos i grandiosos poetas, son el duque de Rivas, Espronceda i Zorrilla. Los capitulos a ellos consagrados son interesantes i nuevos. El señor Valera los estudia procurando hacer ver sobre todo la porcion de elemento nacional que encierran sus respectivas obras poéticas. Cierta es que por ello parecerian mas bien épicos que líricos, i por lo ménos impertinentes a un Florilejio de esta clase, pero a nadie se le ocurrirá sostenerlo, sea por haber dejado tales ingenios notables muestras de alta poesia, sea porque el elemento épico se reflejó en los versos de cada uno de ellos con los colores del alma que atravesaban. Las muestras de tales poetas están bien elejidas i, cosa no estraña a la buena poesia, exhi-

bidas separadamente, adquieren mayor brillo, cautivan mas la atencion que unidas a la demas lujosa pedreria fabricada por la imaginacion del poeta. Si algun pecado ha cometido el señor Valera es haber citado poco de ellos. Así, yo hubiera colocado, ademas, muchos sonoros i flexibles endecasílabos del duque de Rivas; la carta de Elvira, con que se inmortalizó Espronceda en la memoria de jeneraciones anteriores a la nuestra; i de Zorrilla, aquella tremenda i sublime poesia en que describe la tempestad como cabalgando él mismo en las horripilantes nubes tronadoras.

La escuela romántica tiene en el Florilejio numerosos representantes, desde Gallardo que lo preludia con su hermosa *Blanca-Flor*, hasta Gustavo Adolfo Becquer que cierra el volúmen tercero. No es esto decir que todos los citados entre aquél i éste lo sean, sino que Becquer lo fué, i probablemente fué el último, si bien con un romanticismo diverso del que defendió e hizo triunfar el movimiento de 1835. Duran, Pastor Diaz, Arolas, Carbó, Piferrer, Milá, dignos estos dos últimos de ser mucho mas conocidos, Larra, Mesonero, Santos Alvarez, Hartzzenbusch, Garcia Gutierrez, la Avellaneda, la Coronado, en fin, todos los jenuinos representantes del romanticismo español, están allí conmemorados. Solo uno mui digno de serlo no lo fué. Me refiero a Salvador Bermudez de Castro. A mi ver, este poeta, por sus inclinaciones filosóficas i por su inspiracion, mas reflexiva que espontánea, se distingue de los demas de su escuela. En la literatura romántica, si no ocupa un lugar mui elevado, tiene al ménos uno exclusivamente suyo. Sin llegar a ser un poeta filósofo, fué el mas pensador de sus contemporáneos. Así como se ha dicho que Zorrilla es

el Hugo castellano, así podría decirse que Bermudez es el Alfredo de Vigny. Este i aquél son de la misma familia, i si bien el primero no alcanzó jamás la profunda inspiración ni la sombría grandeza del segundo, no por eso se negará que el ingenio de ámbos se amoldó a un mismo helado i pensador desconsuelo hermano.

..

El señor Valera sostiene que desde 1850 hubo una rápida decadencia en la poesía española. Cuando lo dice, bien sabido lo tendrá. Sin embargo, me asaltan dudas para creerlo de un modo absoluto. Si se quiere decir con ello que ha habido menor número de poetas, agrupando bajo este dictado, a todos los que hacen versos de un modo mas o ménos racional i decente, no lo hallo exacto. Si se quiere decir que no han florecido tantos verdaderos i célebres poetas como en la primera mitad del siglo, me abstendré de dar mi opinión, que de seguro no vale gran cosa. Para decir lo último creo que todos estamos implicados. Desde luego, nada podemos afirmar en cuanto a la celebridad de los vivos. Hai muchos de ellos que cantan aun, i es de esperar que añadan nuevas cuerdas a sus liras, con lo que si no se han hecho célebres, se hagan cualquier día. En cuanto a los muertos estamos mui cerca de ellos. Para juzgarlos carecemos de aquella perspectiva i de aquella serenidad que dan la lejanía de los años i el apaciguar de las pasiones fluctuantes en el alma de los contemporáneos. El juicio pertenece a la posteridad. Nadie sabe si verá en ella las mismas condiciones que vemos nosotros para la celebridad o si verá otras nuevas que no alcanzamos a

percibir o que percibiendo no alcanzamos a ensalzar debidamente. Los ejemplos de la historia son harto dignos de ser olvidados. Ellos prueban ántes que todo las contingencias de nuestros juicios i la mudanza de la fortuna que aun despues de muertos nos persigue.

Por la misma razon, no me atreveria a decir nada sobre la poesía de la última mitad del siglo pasado, aun prescindiendo de si en ella hubo o no decadencia. Si la poesía está representada por sus cultivadores, si no sabemos cuáles de estos son los que en definitiva permanezcan i se salven del olvido i la encarnen a los ojos de las edades futuras, ¿cómo hemos de elegir unos poetas despreciando otros, i cómo hemos de fijar los caracteres de ella ensalzando éstos i no aquéllos? ¿Qué rumbos ha seguido la poesía española contemporánea? ¿Ha reaccionado contra el romanticismo o se ha producido como una consecuencia de él? ¿Ha seguido las corrientes jenerales del arte o ha quedado estacionaria? ¿En sus manifestaciones se revela como ántes el espíritu nacional o cada dia tiende a ser mas cosmopolita i humana, participando así de las condiciones jenerales del progreso humano? He ahí otras tantas cuestiones que debiéramos resolver ántes de decir si en la poesía española hubo o no decadencia. Estas cuestiones a mi escasez de conocimientos se presentan como insolubles.

Aumenta mi perplejidad, la falta de fechas que indiquen ya la época en que vivieron los poetas, ya el momento en que se dió a luz tal o cuál composicion poética, de esas que son en el arte como el advenimiento o el presajio de bellezas desconocidas. En toda recoleccion hecha con sentido crítico, como el Florilejio, para decidir la influencia, el progreso, la decadencia, el valor, en

fin, de un poeta o de una literatura, es necesario tener a la mano una porción de cosas que el vulgo inconscientemente desdeña. En la historia literaria cada poeta notable es una época i cada poesía es un hecho, i ámbos llevan tras de si consecuencias, a veces, de mucha importancia. Para medirlas o abrazarlas en todo su significado es menester fijar en el tiempo la causa productora. Solo así sabremos a qué atenernos. Las fechas tienen su elocuencia i también su filosofía. Así por ejemplo, ¿por qué en el Florilejo Garcia Tassara, que nació en 1817 i murió en 1875, va mucho ántes que la Avellaneda, nacida en 1816 i muerta en 1873? ¿Por qué despues de Espronceda i ántes de Zorrilla están Ros de Olano, Romea, el marques de Valmar i no Hartzembusch, Garcia Gutierrez i Fermin de la Puente? ¿Talvez el «*Canto a la cruz*» es posterior al «*Himno al Mesías?*» ¿Cuánto es anterior «*La niña de los ojos azules*» a «*El canto de la Espiga?*» ¿Qué relaciones hai entre la obra poética de Bartrina i la de Becquer? ¿La del primero precede a la del segundo como pudiera creerse, segun el Florilejo, o no es así? ¿I si no lo es, Bartrina, imitando a Heine, como Becquer lo imitó, trajo a la poesia sentimientos que Becquer no habia traído o fué solo un ingenio de segundo o tercer orden, sin mas orijinalidad que su extravagancia? ¿De qué año son el *Miserere*, el *Raimundo Lulio*, o *El Idilio?* ¿Cuando este se escribió habia publicado ya Campoamor algunos de sus *Pequeños Poemas?* He aquí otra página llena de interrogaciones que resolver, explicar i desarrollar con sus consecuencias ántes de decir nada sobre la poesia lirica castellana de los últimos cincuenta años.

En tanto, será permitido seguir creyendo que no hubo

tal decadencia en un arte que produjo ciertos grandes nombres unidos ya inmortales, como Tassara, Aguilera, Querol, Campoamor, ya muertos, i Nuñez de Arce i Balart aun vivos.

Tambien será permitido creer que esta poesia vivió iluminada por el alma de la musa española. Ella inspiró himnos de paz, cantos guerreros, amargas sátiras políticas a sus hijos predilectos. Muchos de ellos descendieron al pueblo i ya se inspiraron en él o ya le comunicaron sentimientos elevados en cantares, baladas, letrillas i romances. Otros de vena mas alta, casi épica, resucitaron las sombras del pasado o manifestaron la poesia de las cosas pequeñas i de los hechos humildes. Otros, en fin, cantaron los recuerdos del hogar, o mas humanos, los recuerdos del dolor. I al servicio de todo pusieron una imaginacion briosa, netamente española, un procedimiento descriptivo de la realidad, desconocido en otras literaturas, i una métrica digna heredera de las enseñanzas clásicas.

RAFAEL L. DIAZ L.

Diciembre de 1902.



Manifiesto que dá al público

El Brigadier de los Reales Ejércitos, don Simon Diaz de Ravago, del orden de Santiago, del viaje que hizo a la Concepcion de Chile con el motivo i para los fines que se espondrán. (1)

Encargado por la Soberania el Excmo. Virrei del Perú, Marques de la Concordia (2), de reducir a sus deberes a los pueblos, que en el distrito de su mando i demas de esta América, se hubiesen revelado a la Madre Patria: i siendo uno de estos el Reino de Chile, dispuso enviar para sojuzgarlo una espedicion de tropas sacadas de Chiloé i Valdivia, al mando del Brigadier de la Real Armada don Antonio Pareja, quien tuvo la fortuna de que a su arribo al puerto de Talcahuano, en fines de

(1) El distinguido historiador don José Toribio Medina se ha servido enviarnos desde Lima una copia de este interesante documento. El orijinal se conserva en la rica Biblioteca del Señor Don Luis Varela i Orbegoso.

El autor de este manifiesto, don Simon Díaz de Rávago, desempeñó durante largos años (1796-1812) la Secretaria de Cámara del Virreinato del Perú i manifestó en ese importante cargo dotes nada comunes de oficinista laborioso e intelijente. Fué rejidor del Cabildo de Lima, Brigadier de los Reales Ejércitos i caballero de la Orden de Santiago.

(2) Don José Fernando de Abascal i Sousa, Virrei del Perú desde 1806 hasta 1816.

Marzo del año de 1813, (3) se le entregase éste después de una corta resistencia i ocupar seguidamente sin oposición la ciudad de Concepcion, participando inmediatamente este plausible suceso al Virrei, pidiéndole oficiales de todas graduaciones, i satisfaccion para organizar las divisiones de su ejército, así para el resguardo de la provincia de Concepcion, como para la reduccion de las demas del Reino, hasta la capital de Santiago.

En consecuencia procedió el Virrei a nombrar los oficiales que le parecieron, para que se trasportasen en la fragata Thomas, (4) de aquel comercio, que se hallaba en el puerto del Callao, próxima a navegar al de Talcahuano, i me pasó el oficio que se copia al número 1.º, su fecha 29 de Abril.

La reflexion que en su vista me ocurrió inmediatamente sobre el objeto de mi inesperada comision, me hizo acallar las que me sujerian el modo i circunstancias en que se me conferia: mi notorio estado decadente de salud, a que me habia reducido el largo espacio de diez i siete años de ejercicio de la Secretaria laboriosa del Virreinato del Perú, por cuyo motivo habia conseguido de la piedad soberana se me exonerase de ella por el Real orden de 28 de Noviembre de 1811, copiada al número 2.º, mandándosele al Virrei me propusiese para destino de mas descanso, correspondiente a mi clase i

(3) Pareja llegó a San Vicente, puerto situado a espaldas i a mui corta distancia de Talcahuano, el 26 de Marzo de 1813.

(4) La fragata «Thomas» era una ballenera inglesa que fué apresada por las autoridades españolas del puerto de Talcahuano en el mes de Febrero de 1805. En 1813 ese buque estaba destinado por su propietario, el comerciante de Concepcion don Javier Manzano, al tráfico entre el Callao i los puertos de Chile.

servicios, parece que me eximian de semejante encargo, cuyo desempeño requería salud robusta, especialmente para verificar mi embarque en lo más ríjido de la estación de invierno; al ménos estas justas consideraciones habrían exijido un comedido requerimiento de mi voluntad i disposición antes de la intimación del mandato. Mas, principal designio de este me sobrepuso a todo i me sujirió el del cumplimiento de la órden del Virrei a quien contesté con el mismo conductor de su oficio, por el mio que se transcribe al número 3.º, alentándome a esta resolución las halagüeñas i lisonjeras esperanzas de contribuir por mi parte al restablecimiento del órden, i reconocimiento de los sagrados derechos conculcados de mi soberano, i señalar con nuevos testimonios la carrera de 37 años ocupados en acreditar mi honra i esmero por el servicio público.

No obstante mi dicha contestación por escrito, pasé a la media hora al Palacio de S. E., quien preguntándome si había recibido su oficio, le respondí que ya se había contestado; i acercándose a la mesa que estaba inmediata, lo encontró, i como leído nada me dijese, tuve a bien hacerle algunas preguntas relativas a la espedición de Concepción: como fueron si el señor Pareja pedía jente, pertrechos de guerra, tiendas de campaña, etc.; i contestándome que solicitaba 900 hombres, pero que no podía remitirlos porque no los había, le repuse que me parecía urgente su envío supuesto que los necesitaba, i replicándome que los podría sacar de Chiloé, le espuse era impracticable, por la estación de invierno i falta de buques, i que por tierra lo era aun más por la distancia i fragosidad de los caminos intransitables en el invierno; i observando alguna incomodidad con esta conversacion,

me despedí, significándole mis deseos del acierto en el cumplimiento de la comision.

Como el plazo prefijado para la salida del barco era solo de cuatro o seis días, tuve que afanarme en ellos para el arreglo de los intereses de mi mujer e hijos, i mientras la casual demora de doce días, por embarazos que fueron ocurriendo al capitán del buque i al Gobierno, repetí cuatro visitas al Virrei, la última de ellas en ocasion de haber llegado de Talcahuano, una embarcacion, que era consiguiente trajese noticias del estado de cosas en Concepcion, las que traté de inquirir de S. E. quien solo me dijo le escribia el Obispo (5) le despachase prontamente un oficial de graduacion que se encargase de aquel mando por no ser compatible con su estado el que ejercia de la ciudad (6), a causa de estar para salir el jeneral Pareja, con las divisiones de tropas para lo interior, dejándole este encargo. Como a la sazón me habia llegado el grado de Brigadier, con que se dignó agraciarme la Soberania, i debia ser el segundo jefe del ejército, me insinué a efecto de que se me diesen algunas instrucciones que me ilustrasen como parecia regular, para el mayor desempeño de mis deberes, supuesto que a falta de Pareja reasumiria en mí el mando en jefe; mas tampoco me contestó al intento, haciéndome sospechar que algun siniestro influjo contra mí motivaba este estra-

(5) Don Diego Antonio Navarro Martín de Villodres, Obispo de la Concepcion de Chile.

(6) Despues del desembarco de Pareja i de la ocupacion de Concepcion por el ejército realista, continuó durante pocos días ejerciendo las funciones de Intendente de esa ciudad don Pedro José Benavente. La desconfianza, no disimulada, con que Pareja lo miraba i sus propias simpatias por la causa de la patria, movieron a Benavente a renunciar ese cargo. Pareja aceptó inmediatamente su renuncia i nombró en su reemplazo al Obispo Villodres.

ño silencio, el arrancárase me repentinamente del seno de mi familia, hallándome con la salud tan quebrantada, i mediando la órden citada, sabiendo tambien el Virrei, mejor que ninguno, mi exacto cumplimiento en las vastas tareas de la secretaria en que, por ayudarle, no perdoné fatiga los siete años que estuve a su inmedicacion, mereciéndole confianza en las ocurrencias de mas gravedad, i llegué a traslucir se contaba con que me escusaria al nuevo encargo por los fundamentos insinuados, i que sin admitirme la alegacion de la falta de salud se me contestaria de un modo que mancillase mi honor i me perjudicase en los sucesivos ascensos. Pero la Divina Providencia me dió esfuerzos i vigor para tolerar las angustias de mi ánimo en aquellos doce dias, cuyas noches pasé casi sin dormir por las muchas atenciones que ocupaban mi imaginacion, desmejorándose tanto mi naturaleza que todos anunciaban mi fallecimiento, como despues me lo dijeron los que me acompañaban en el viaje. Desde el 11 de Mayo, vispera de la vela, me fui a bordo por sustraerme cuanto ántes de la vista afflictiva de mi consternada esposa e hijos párvulos que lloraban mi separacion, sabiendo el quebranto de mi salud i lo arriesgado de la empresa; el empeñoso interes con que desde luego me propuse sacrificar, obedeciendo al jefe del reino, todo lo mas amable i aun mi misma vida por servir al rei i al Estado, fué mi único consuelo i el aliento de mi corazon en aquel lance.

Al dar la vela la fragata, vinieron a verme varias jentes, entre ellas los oficiales reales de la Tesoreria de Lima, i acercándome a don Joaquin Bonet, le significué que era cosa mui notable que siendo yo el oficial mas graduado de los que iban en la embarcacion no se me

hubiese pasado de oficio la menor noticia sobre el objeto a que íbamos, ni sobre los individuos ni cargamento para oficiar con el señor Pareja a la llegada, a que me respondió que los oficiales i pasajeros constaban del rol del capitan del puerto i el cargamento del registro; díjele que era para mí mui nuevo a aquel modo de mandar; pero que estaba bien i que se quedase con Dios.

Hechos a la mar el 12 de Mayo, fui conociendo en la navegacion a los que se decian iban en clase de oficiales, entre los que habia algunos que no merecian este carácter i me ratifiqué mas i mas en éste concepto por lo que fui notando en el viaje. Aunque éste fué feliz por lo que respecta al tiempo, padeci mucho no solo por el continuo mareo, sino por el... (7) del buque, dimanado del trigo podrido introducido en las costuras, i tambien porque su estrechez no admitia tantos pasajeros, i así iba ocupado el entrepuente con catres para los oficiales, mareados los mas, i lleno siempre de inmundicia, sin arbitrio para la limpieza por cuya razon pasé toda la navegacion sobre el alcazar, a la intemperie, i solo al tiempo preciso de irme a acostar, bajaba al camarote. La comida estaba abundante, mas no era posible condimentarla bien, por lo reducido del fogon, insuficiente para tantas personas, habiendo sido este otro de los graves cuidados que me angustiaron durante la navegacion; pues a los cinco dias se nos incendió, i en todas las noches fué preciso repararlo para que sirviese al dia siguiente, sin poderle dejar refrescar.

Sin embargo de las espresadas incomodidades, quiso Dios que arribase al puerto del destino con poca nove-

(7) Hai una palabra ininteligible en el original.

dad en la salud; i ántes de verificarlo, luego que nos acercamos a la costa, juzgué de mi deber arengar, como lo ejecuté por dos veces, a los oficiales sobre el juicioso manejo con que debian comportarse en saltando en tierra, para que las jentes del pais no tuviesen que censurarles i procurasen con el buen modo ganarles sus voluntades; que las circunstancias en que debia considerarse el reino lo exijian así, i que al señor Pareja i a mí nos seria mui sensible la menor falta que llegase a nuestra noticia, con otras semejantes reflexiones.

Cerca ya del puerto dispuse, a precaucion, se adelantase el bote con un oficial a tomar lenguas en la isla de la Quiriquina, i que éste fuese el Alférez de navio don Felipe Villavicencio, como el mas a propósito, porque habia estado allí varias veces: intelijenciados de esto el oficial Colmenares, (8) el Capitan del buque i otros varios, estando ya al embocar al puerto con viento bonancible, me bajé a la cámara, para preparar los borradores de los oficios que me pareció deber dirijir a los SS. Pareja e Iltmo. Obispo, dando razon de las personas que me acompañaban, i que todos pasaríamos a presentarnos al último, como encargado del Gobierno de Concepcion, en donde esperaríamos las órdenes del primero sobre nuestros destinos, como que íbamos a la suya; evacuado esto subí al Alcázar, a cosa de las doce del dia 7 de Junio, i noté que el bote, sin haberme dicho nada el oficial navegaba, no hacía la Quiriquina, como habíamos tratado, sino a otro rumbo; pregunté a donde iba, i se me contestó que a un paraje llamado Tumbes, donde estaba

(8) El Capitan de Navio don José Ignacio Colmenares. Véase Mendiburu, Diccionario Histórico-Biográfico del Perú, tomo II, páj. 400 i siguientes.

un tal Fuentes, que corría con la fábrica de salitres, quien daría mejor razón del estado de las cosas, a lo que no tuve que oponer, por carecer de noticias del local, pues a haberla tenido, no lo hubiera permitido, porque después conocí que la Quiriquina era sitio más aparente, i seguramente nos habríamos acaso libertado de la prisión de la fragata, acaecida en la forma que se dirá.

Con el poco viento que teníamos nos fuimos aproximando a la embocadura del puerto, i como metidos ya entre la isla referida i la costa, nos era contrario, fuimos ganando abordos, hasta cerca de la mitad de la Quiriquina, i en el que rendimos sobre ella, al anochecer contábamos se nos incorporase el bote, mas no pareciendo entramos en cuidado, i aunque el Capitan quiso dejar caer una ancla, me opuse i seguimos un poco a la otra vuelta, esperando a ver si parecía, hasta que anochecido dijo el Capitan tener orden del dueño de la fragata de fondear en siendo la oración, en cualesquier paraje que hubiese fondeadero, lo que se ejecutó a poco rato de haber cambiado la cabeza.

En este estado, i como a las ocho i media de la noche, me fui acostar, porque estaba indispuerto i levantado desde ántes de amanecer, i a eso de las ocho se oyó en tierra un cañonazo, que a todos nos alarmó, i cada cual empezó a hacer el juicio que le parecía; pero yo lo formé adverso desde luego, e hice llamar a varios de los oficiales, que tardaron en venir, porque me contestaban estar en el camarote de Colmenares; ocurrieron al cabo algunos i significándoles ni recelo, trataban de disuadirme, con razones de poca fuerza a mi parecer. En esta inacción se fué pasando algún tiempo, i como a las diez se oyó otro cañonazo, con lo que se avivó mi

cuidado, i aunque todavia insistian los mas de los que vinieron por mis recados a mi camarote, en que eso seria dar a entender que el bote estaba en tierra u otra señal, i que no debíamos presumir en contrario, con otras varias razones, yo dije que ese no era modo de explicarse, sino el mandar alguna embarcacion a avisarnos; que creía que los cañonazos eran para alucinarnos, i que no tomásemos partido, que mi opinion era saliésemos al mar, i si era posible hasta Lima, a lo que espuso Colmenares, que no podia persuadirse que en tan poco tiempo se hubiesen trastornado las cosas, de manera que estuviese ya perdido el puerto; que la falta del bote no era motivo para volvernos a la mar, i mucho ménos a Lima; que la estacion de riguroso invierno, reinando temporales i travesías esponian aquel mal pertrechado buque a un naufragio, i que así no habia otro partido que tomar sino esperar el dia a ver lo que se podia adelantar.

A la sazón habia calmado enteramente el viento, de suerte que era imposible dar la vela, aunque se hubiese querido, i continuamos así toda la noche, hasta que a las cuatro de la mañana, bajó del Alcazar Colmenares, diciendo haber divisado a la inmediacion las lanchas cañoneras. (9) Con esta noticia me levanté aceleradamente, subí arriba i medio las distinguí i por lo que pudiese suceder convoqué a la Cámara al Coronel de Ingenieros don Manuel Olaguer Feliu, a don José Ignacio Colmenares, al Teniente Coronel Graduado de Artilleria don

(9) Mandaban las lanchas cañoneras patriotas el distinguido oficial de artilleria don Nicolas Garcia i el teniente de caballeria don Ramon Freire, mas tarde Jeneral i Presidente de la República.

Bernardo Montuel i al Capitan de ejército don N. Rios, para acordar lo que debia ejecutarse con la correspondencia de oficio, i con el dinero que conducia la fragata, supuesto que sin viento para dar la vela, i sin armas ni artilleria para defenderla, era regular la rindiesen las lanchas al aclarar el dia. Sobre lo primero convenimos todos en que aprontada la correspondencia, la tuviese el contra maestre en el castillo dispuesta con peso, que la sumerjiese en el acto que se le mandase, como así lo verificó, luego que se vió venir una chalupa de las lanchas hácia la fragata. I en órden a la plata, se acordó dejarla a bordo fundándonos para ello, entre otras razones espuestas por los concurrentes, lo primero en que debiéndose saber por el enemigo que se traia en efecto, acaso nos habria castigado con pena de la vida el haberla echado al agua, i lo segundo, porque el dinero podria servir al Ejército Real, si se cambiaba la suerte de las armas.

Concluida esta junta, se subieron al Alcazar los mas de los oficiales, i me contraje a reconocer unos papeles que llevaba en una cajita, por si convenia ocultar, o romper alguno, i evacuada con precipitacion esta diligencia, subí prontamente arriba, porque ya empezaba a rayar el dia i me encontré con que Colmenares estaba hablando con los que venian en una chalupa, que estaba sobre los remos al costado, i que a la intimacion que le hicieron de que la fragata se rindiese a las armas de la patria, contestó que estaba rendida, porque ni viento ni armas para su defensa tenia. Aunque en realidad la contestacion era la que el caso requeria, siempre fué una falta reparable en dicho oficial el hacerlo sin mi prévia anuencia, pues yo debia llevar la voz como el de

mayor graduacion, i, sin embargo, de que podria no haber surtido efecto, habria yo tentado el sacar algun partido.

Antes de proseguir la narracion de mis aventuras, i sucesos posteriores al apresamiento de la fragata, no será fuera de propósito añadir otras reflexiones, a mas de las insinuadas, que califican de inevitable aquel suceso, que parece dispuesto por la mano de la Providencia para la humillacion i ejercicio del sufrimiento de las muchas penalidades que le subsiguieron.

La referida falta de viento habria sido el principal óbice de nuestra salida del puerto i la de armas para la defensa, siendo fácil a las lanchas cañoneras echar el buque a pique, lo que no nos hubiera estorbado para intentar la salida, si hubiese sido posible dar la vela i marear, asegurados ya de que el puerto estaba perdido; siendo este partido casi inadmisibile, sin otro motivo que el haber oido dos cañonazos, dictando mas bien la razon esperar unas horas mas la vuelta del bote, que por muchas contingencias podria haberse retardado: la mala calidad de la fragata sin mas velámen que el pendiente en malísimo estado, i en lo mas ríjido del invierno, en que las travesias reinantes son mui fuertes en toda la costa, i no permiten mantenerse sobre ella sin inminente riesgo de perecer, dificultaban todo otro punto de indagar el estado de cosas, ni lo habia que no pudiese estar prevenido por los enemigos; el no ser presumible tuviese en Talcahuano lanchas cañoneras, que en el caso de abandonarse por las tropas de Lima, se debieron haber inutilizado, para que no ofendiesen buques que viniesen, i últimamente lo que habria padecido nuestro honor si hubiésemos deliberado regresar al puerto del Callao, sin

mas causa que los recelos enunciados, i sucediese no habia novedad en Concepcion, lo que se tendria por la mayor delincuencia, porque comunmente las cosas se gradúan por los resultados, siendo mui fácil acertar despues que se han visto, pero lo seguro es que cualquiera que reflexione comprenderá que debia esperarse el dia para tomar partido seguro, atendidas todas las circunstancias. Las que quedan referidas en nuestro caso parece que convencen a clara luz el arreglo de nuestra conducta, que sin temeridad e injusticia, jamas podrá sindicarse, i volvamos a la narracion de los acaecimientos posteriores.

Rendida la fragata del modo dicho, se pidió al capitán, el cual llevado a una de las cañoneras, volvió luego la chalupa solicitando él que la capitaneaba saltásemos a ella, yo, Olaguer Feliu, Colmenares i Montuel, entrando al mismo tiempo a marinar la fragata un oficial con algunos soldados. Luego que bajamos a la dicha chalupa el 8 de Junio, con solo la ropa que en el acto teniamos puesta, se nos mandó por el jefe de las lanchas fuésemos a presentarnos al jeneral que estaba en el puerto, i sentados sobre la borda de la chalupa, que parecia un cuchillo, llena toda de agua, i con un frio atroz anduvimos al remo las dos leguas que hai desde donde salimos al desembarcadero, el piso estaba intransitable por los lodazales, i habiéndonos introducido en una casa, se nos mandó pasar luego al fuerte, donde se hallaba el jeneral don José Miguel de Carrera, su hermano don Luis, el Cónsul Anglo-Americano, (10) que era un

(10) Rávago se refiere al Cónsul de los Estados Unidos de Norte América, Mr. Joel Roberts Poinsett.

frances venido por emisario de Bonaparte i varios oficiales. En el acto en que nos acercamos se encaró conmigo el jeneral Carrera, i me preguntó por la correspondencia, respondile que por acuerdo que tuvimos habíamos deliberado echarla al agua: me repuso que no sabia que prisioneros tuviésemos facultad para elló, contesté que no lo éramos todavía cuando lo determinamos, i que esto se ejecutaba siempre en casos semejantes, a lo que dijo estaba bien, i que importaba poco.

Despues de esto se nos mandó retirar i nos llevaron a varias partes, hasta que por último fuimos a la casa del que hacia de Gobernador de Talcahuano (11), quien en unos caballos mal aviados, que pudo aprontar, nos hizo caminar a Concepcion, acompañados de un oficial estando sin alimento alguno. Llegando a Concepcion cerca de la oracion, tuvimos que sufrir uno de aquellos insultos propios de un populacho desenfrenado, que en todas partes regularmente el mismo en sus maneras, entramos entre la griteria de los muchachos i jentes que sin cesar nos tiraban pelotones de barro, diciendo *mueva el Rei i viva la Patria*, i aunque el oficial que nos conducia volvia la cara a uno i otro lado, al parecer para contenerlos, no pudo, hasta que por fin llegamos a la casa del Gobierno, permaneciendo largo rato parados en el patio a la espectacion de un gran número de pueblo; despues se nos condujo a un cuarto donde estuvimos con centinela de vista bastante tiempo, luego nos llevaron con escolta de tropa por evitar nuevas vejias i atropellamiento al Palacio del Obispo, destinándose una de las habitaciones del

(11) Probablemente el Comandante del Batallon Infantes de la Patria, Teniente Coronel don Santiago Muñoz Bezanilla, que despues de la toma de Talcahuano por Carrera quedó, con su cuerpo, de guarnicion en esa plaza.

patio para nuestro alojamiento, dejándonos allí centinelas de vista.

Aquella noche, compadecido el oficial que nos condujo del puerto, nos hizo llevar cena i cuando empezábamos a tomarla comenzó el sargento de la guardia, que estaba en la puerta, a improperarnos soezmente, sin que el oficial de ella que se hallaba presente i penetrado de sentimiento por nuestra triste situacion, le pudiese refrenar, acibarándonos tal accidente aquel socorro de la humanidad, hallándonos sin cama ni mas ropa que la del cuerpo, en una vivienda desabrigada i en extremo fria, lleno el techo de agujeros, que parecia una jaula, es de concebir, que tal noche pasaríamos, en especial yo enfermo i delicado, i sin otro auxilio que el de unos pocos ponchos que nos proporcionó el referido oficial, este fué el lecho que tuvimos en seis dias, al cabo de los cuales vinieron nuestros colchones i ropa de cama. A las espuestas mortificaciones corporales, se nos añadió en esos seis dias la mas afanosa i terrible del ánimo porque aquel aparato ultrajante, aquella casi total desatencion a nuestro carácter, con abandono hasta de los sentimientos de humanidad, la conducta del pueblo en nuestra entrada i la observada en aquellos aciagos dias, nos hizo casi consentir en un *tolle tolle*, i en que queriéndose seguir el sistema de terrorismo (de que recordaba algunos hechos en el Reino de Chile) se renovase talvez en nosotros la escena trájica de la Cabeza del Tigre (12) en Buenos Aires, sacrificándose nuestras vidas como las

(12) Alude Rávago a la ejecucion del Jeneral Liniers, del Capitan de Fragata Concha, del Coronel Allende, del Asesor Rodriguez i del Tesorero Moreno verificada, de órden de la Junta Gubernativa de Buenos Aires, en Cabeza de Tigre, provincia de Córdoba, en Agosto de 1810.

de Liniers, Concha, etc., etc., dándonos mayores sospechas de este designio la vista de un religioso que se apareció con breviario, en una ocasion a la inmediacion de nuestro aposento, no habiéndose mudado la guardia de aquel dia a la hora regular, sin que por esto me faltase, gracias a Dios, la fortaleza i resignacion para sacrificar mi existencia en las aras del amor a mi soberano, en cuyo obsequio i de la causa pública, toleraba con gusto cuantos infortunios i penalidades me sobreviniesen.

Al sexto dia de nuestra traida a Concepcion, llegaron con el equipaje nuestros criados, que hasta entónces habian permanecido en Talcahuano, donde dieron prueba los mios de su fidelidad, en no haber accedido a la libertad i destino que les ofreció el mismo Comandante de Artillería don Luis Carrera, i mediante su venida lo empezamos a pasar mejor en cuanto a la comida que corria ya por direccion nuestra, pero siempre mal en alojamiento. Los equipajes se nos entregaron con faltas considerables, pudiendo calcularse lo sustraído en el mio, en mas de cuatro mil pesos en plata labrada, sable de plata, i cutó (13) de oro, baston, alhajas, dos catres i otras muchas cosas, para que así fuese el quebranto i persecucion estensiva a nuestros intereses. Seguidamente dimos la palabra de honor que se nos exijió de no tomar armas contra el reino de Chile, ni sus aliados; i despues se nos tomó tambien, por el Auditor de guerra, una declaracion sobre varios particulares; evacuado lo cual se nos quitó la centinela de vista, i se nos puso en libertad de

(13) *Cutó* se deriva del frances *cutteau*. Era «una arma blanca de cortas dimensiones, a manera de daga o sablecillo, que como adorno usaron algun tiempo los oficiales de guerra de la Armada i los Guardia marinas, llevándola al costado izquierdo, pendiente de un biricú.»

entrar i salir por la ciudad, con lo que aliviarnos los inesplicables conflictos en que habíamos estado los días antecedentes.

En el mismo día en que se nos otorgó el permiso de salir, pasé yó con los oficiales Olaguer Feliu i Montuel, porque Colmenares tuvo ántes este indulto, a dar las gracias al general don José Miguel Carrera i a su hermano don Luis, i despues de un corto rato de conversacion, nos dijo el primero debíamos marchar mui luego para Santiago, i como yo me hallaba a la sazón con un chupo que me habia salido en la cara, le pedí que se me permitiese retardar el viaje hasta que se supurase i me contestó que estaba bien.

Mas a los pocos días i sin cerrar la llaga fué preciso salir de Concepcion, porque lo verificaban los propios jenerales para el sitio que se iba a poner a la villa de Chillan, en donde estaba el resto del ejército de Pareja, i no queria quedase prisionero alguno en aquella ciudad. En cumplimiento de la órden me puse en camino, al medio día del 23 de Junio, en compañía de Feliu, Montuel i un hijo del primero, venciendo, con miles dificultades, las jornadas por caminos que solo viéndolos se puede formar concepto de su escabrosidad, especialmente en las veinte leguas primeras por montañas i cuevas intransitables, por lo pendientes i sin huellas, llenas de lodo i agua, cayendo por eso las mulas de carga a cada momento, precisados de hacer noche donde se podia i muchas de ellas en chozas desamparadas, que si llovía era forzoso mojarse, lo que hizo Dios no sucediese en los tales parajes; pero el inmenso frío i continuas heladas, nos mortificaban con extremo, i de este modo fuimos avanzando en aquel incomodísimo camino, atravesando

arroyos i rios mui temibles i riesgosos, aunque vadeables por fortuna en los dias que los transitamos, dando incesantes gracias al Señor, para que en medio de tan acerbas penalidades, lejos de resentirse mi estenuada salud, me parecia se iba mejorando, i aun el estómago recibia mejor los alimentos, sin embargo de que no se guardaba, ni era posible observar orden en horas ni calidad.

Pero procuraba no olvidarme que era uno de los designios de la Divina Providencia, en mi venida a la expedicion de Chile, el que tuviese que ofrecerle en descuento de mis pecados frecuentes i graves padecimientos. Así fué que en uno de los alojamientos en que, por razon del tiempo lluvioso, nos detuvimos dos noches, me acometió en la última un fuerte cólico que me puso en peligro de perecer, i con los efectos de él, me resolví al siguiente dia hacer la jornada de cinco leguas que habia hasta la villa de Cauquenes para salir del desamparo en que estaba, i considerando hallar auxilio en ella, a la que llegué con solo una taza de caldo que habia tomado al montar a caballo, habiendo tenido que atravesar en una malísima balsa el rio de dicha villa, que no era vadeable, i pasádole a nado las caballerias. Me alojé en la casa de unas buenas mujeres que me hicieron toda la hospitalidad que les fué posible, i con otra taza de caldo me metí en cama porque, con no haber dormido la noche antecedente i la indisposicion padecida, estaba sumamente abatido. En esta disposicion sucedió que por haber llegado el dia ántes al pueblo la noticia de que los de Chillan habian hecho una salida i aprisionado a un don Luis Cruz, coronel que mandaba una de las divisiones del ejército insurgente, con algunos

soldados, me pasó el justicia mayor de Cauquenes, el oficio de la copia número 4, que contesté con la del número 9, desde la cama; i aunque quedé persuadido de que con mi respuesta hubiese sobreseido en el empeño de mi salida, me hallé con que a la siguiente mañana vino al cuarto de mi morada a rogarme, como por favor le hiciese de marcharme aquella tarde, aunque fuese solo a una casa distante dos leguas, manifestéle mi estado de salud i el riesgo que corria mi vida, que si su jeneral supiese como me hallaba, léjos de aprobar su mandato lo llevaria a mal, porque era contra la caridad, con otras reflexiones que de nada sirvieron porque estaba lleno de miedo i trataba de ponerse a cubierto de cualquier cargo que se le pudiese hacer. Viendo esto me puse en manos de Dios i resolví caminar, como lo verifiqué a las tres de la tarde, con dos tazas de caldo i el vientre todavia movido, i llegando a la enunciada casa, dispuse acostarme i que mis criados me preparasen otro poco de caldo, con lo que pasé aquella noche como se puede concebir.

Al siguiente dia restaba una jornada larga porque no habia alojamiento i la emprendimos, llegando a un malisimo rancho, en donde no cabian las camas de los que ibamos, i para acomodar la mia tuve que preguntar si habian animales ponzoñosos, como parecia regular por la inmundicia que se notaba. La noche era cruda i con dificultad se pudo hacer un puchero, i la pasé casi en vela.

La caminata del dia siguiente fué hasta la hacienda llamada de Villavicencio, en donde se hallaba su dueña, una señora Garfias, mui cariñosa i amable, quien al punto mandó prepararme el alimento de dieta que exigia mi

constitucion, con el que pasé una regular noche, aunque todavia resentido el estómago.

En el inmediato correspondia pasar el famoso rio de Maule, divisorio de la provincia de Concepcion con la de Santiago, i salimos temprano con un corto desayuno, llegamos a la orilla como a las once de la mañana, pero por varios incidentes ocupamos en la pasada de personas, bestias i equipajes hasta mas de media tarde, de forma que eran las cinco cuando empezamos a caminar en busca de una posada medio regular, porque en la intermediacion no la habia. La distancia de la primera seria de cuatro leguas, i habia que subir una penosa cuesta, de malisimos pasos, en lo que ocupamos lo poco que quedaba de dia, pero fiados en la tal cual luz de la luna, continuamos por entre montes haciendo todos de arrieros para que no se perudiese alguna carga. Sobrevino una neblina con alguna garúa, i no siendo ninguno práctico del camino para la casa de teja a que queríamos ir, se buscó un mozo que nos guiase, i despues de tropiezos i dificultades, llegamos por fin, a las 8 de la noche, a ella, donde la pasamos como se pudo.

Al otro dia se adelantó a la ciudad de Talca, distante dos leguas, el oficial de la patria que por disposicion del Gobierno nos acompañaba como prisioneros desde Concepcion para que hablase con el jefe de las armas, que si no habia inconveniente nos tomase alguna casa al propósito para descansar unos dias, i para dar tiempo a la respuesta, se le previno saldriamos del alojamiento a las dos de la tarde, a encontrarle en el camino, como sucedió, andada una legua, trayendo la respuesta para mí consolatoria de que el Gobierno que allí se hallaba, era un don Rafael Sota, conocido mio, quien

decía haber casa para mis compañeros de viaje, i dispuestas para mí en separacion unas piezas, caso de que no quisiese estar con ellos, como así sucedió.

Llegados a Talca, nos encaminamos directamente a la casa del Gobierno, i en la plaza, frente a ella, estaban esperándonos el Ilustrísimo Obispo don Rafael Andreu i Guerrero, con los oficiales de marina Colmenares i Villavicencio, a quienes hacíamos ya en Santiago, por haber salido dos días ántes que nosotros de Concepcion, mas a la lijera i mejor aviados. Luego que saludamos al Gobernador, salió con nosotros, incorporados los mencionados señores, acompañándome todos a la posada que se me habia buscado, i su dueño, una señora viuda doña Mercedes Vargas, me atendió con esmero los diez i seis días que permanecí allí.

Desde que Colmenares se me acercó me dijo que su Ilustrísima, noticioso de que yo venia enfermo, habia escrito de motu propio al Jeneral don José Miguel Carrera, indicándole la necesidad de detenerme allí hasta reponerme, i el Gobernador Sota habia hecho lo mismo. Con este motivo se trató de que Feliu, su hijo i Montuel, siguiesen solos para Santiago, lo que verificaron a los ocho días, quedándome yo hasta esperar la contestacion de Carrera, a quien nuevamente habian escrito los mencionados Obispo i Sota, estrañando el silencio que se atribuía a las atenciones i cuidados del sitio de Chillan, con su ejército; mas habiendo llegado en los días intermedios varias cartas suyas a los mismos, sin hablarles de mi particular, recelaba de que no aprobase mi detencion i temia algun desaire, i habiéndome insinuado con su Iltma. con designio de irme, me contestó, estoviese tranquilo esperando que la respuesta seria como se

deseaba. Al siguiente dia de esta conversacion, Sota, que comia lo mas en la casa en que yo vivia, me espresó estar cuidadoso por el silencio del jeneral al cabo de tanto tiempo, i diciéndole entónces lo que habia pasado con el señor Obispo, i que yo no queria tuviese que sentir por mí, quedamos en que lo mas acertado era seguir mi marcha a Santiago, i deliberé salir al siguiente dia, aunque no me sentia bueno.

Dispuesto todo con aceleracion, salí de Talca el 24 de Julio, acompañándome un oficial que se nombró para mi custodia, i descompuesto el estómago con el desayuno, pasé mui mala noche, i al otro dia estuve perplejo sobre quedarme en aquel mal alojamiento o volver a Talca, pero ofreciendo uno i otro inconvenientes resolví seguir el camino i anduve una jornada de diez leguas, con designio de aproximarme al terrible rio Lontué, para pasarlo temprano al siguiente dia, que amaneció lluvioso i yo bien molestado; pero como de detenerme resultaba que con la lluvia habia de crecer el rio i demorarme quién sabe cuánto tiempo, arbitré marchar vadeándole en la mañana con bastante recelo por su gran corriente i gruesas piedras. Puesto al otro lado empezó a llover, i dejando atras las cargas, galopé hasta la villa de Curjicó, distante dos leguas, a la que llegué a las once de la mañana i me detuve aquella noche, que fué lluviosa, i el medio dia siguiente, pero tratándose de pasar el rio de Teno, que dista dos leguas al otro lado de la villa referida, i si seguian las aguas estábamos en el mismo caso que con Lontué, por tanto en medio de aquel tiempo estaba mui cargado, hice aparejar i marché a la hacienda de un Villosa (14), situada a corta dis-

(14) *Villosa*, dice el testo; pero debe de ser *Villota*. En las inmediaciones

tancia del río, de mui buen alojamiento en que lo pasé bien, aunque sus dueños no estaban en casa. Al otro día temprano seguí con el fin de transitar el río Tinguirica, una legua ántes de la villa de San Fernando, también sin puente como los anteriores, i bien peligroso, i aunque la jornada fué de doce leguas, la vencí a buena hora, i mas habiendo andado por unos atolladeros, que a no ir fiado del capellan de la hacienda de donde salimos, que tuvo la bondad de acompañarnos hasta dejarme fuera de lo mas malo, hubiera mil veces creido quedarme clavado con el caballo en el barro. Esa noche alojé en las casas de la hacienda de don Pedro Nolasco Guzman, situada fuera de la villa, como media legua, me atendió i divirtió con su buen humor, i como hubiese llovido al otro día, me quedé allí hasta el siguiente, en que pasé a comer a la estancia de don Manuel Valdivieso, sujeto recomendable por sus prendas i virtud, en cuya buena capilla oí la plática de la mision en que se estaba. Al día siguiente seguí a la villa de Rancagua, seis leguas distante, i pasé por el vado del río Cachapoal, que por fortuna no estaba mui cargado, llegando a las tres de la tarde al convento de San Francisco, en donde me alojé i mantuve dos días asistido i cuidado con el mayor esmero por el padre presidente Silva.

Desde allí escribí a mi pariente el Oidor Decano de la Audiencia de Chile don José de Santiago Concha (15)

de Curicó, un rico propietario español de ese apellido era dueño de la Hacienda de Teno.

(15) Rávago era casado con doña Manuela Avellafuerte i Querejazu. Doña Manuela fué hija de don Juan José Avellafuerte Sierra i Navia i de doña Francisca de Querejazu, hija esta última del Oidor don Antonio Hermenegildo de Querejazu i Mallivedo i de doña Josefa de Santiago Concha, hija del Marqués de Casa Concha. Doña Josefa de Santiago Concha, abuela de la

(quien sabia no habia podido, por su numerosa familia, trasladarse a Lima antes de cerrarse el puerto) sobre que se me aprontase casa, i a don Diego Larrain, acompañando a éste una carta de recomendacion que el Ilmo. Andreu me habia dado para que se la adelantase i esperase su respuesta, antes de entrar en la ciudad, i como a ambos les decia que antes de llegar al Monte Alverne, que es un conventillo de relijiosos de San Francisco, situado en sus goteras, les avisaria para que me remitiesen sus contestaciones; seguí mi marcha pasando al otro dia a la hacienda del señor Conde de la Conquista; al siguiente a la de un don Ramon Moreno, i al otro pasando por el malísimo puente el rio Maipo. A las dos de la tarde estuve en el conventillo enunciado en donde me hospedé; i habiendo el oficial que me habia acompañado, seguido para la ciudad, a hablar con el caballero Larrain, con encargo de que hiciese avisar al pariente Concha, quedé esperando el resultado para ver como me debia manejar, i lo que la Junta de Gobierno determinaba de mi persona, lo que me tenia cuidadoso por varios motivos, aunque ya el dicho don Diego, me habia escrito una carta consolatoria, que le agradeceré mientras viva. A la oracion vino Larrain i luego el señor Concha con su señora esposa, (16) todos me hicieron los mas significantes cariños, i el primero me impuso de lo que

mujer de Rávago, era hermana del Oidor don Melchor de Santiago Concha, padre de don José de Santiago Concha i Jimenez de Lobaton, que hasta 1811 habia sido Oidor decano de la Audiencia de Chile i a quien se refiere Rávago en el testo.

(16) Don José de Santiago Concha i Jimenez de Lobaton fué casado con su sobrina doña Josefa de la Cerda de Santiago Concha, hija de don Nicolas de la Cerda i Sanchez de la Barrera i de doña Nicolasa de Santiago Concha i Jimenez de Lobaton.

había ejecutado en mi beneficio, de acuerdo con el pariente, pasando en persona a hablar con los de la Junta, i principalmente con su cuñado don Francisco Perez, que hacía de Presidente de ella, para proporcionar se me destinase hasta nueva providencia, a una de sus haciendas, nombrada Colina, distante cinco leguas de la ciudad. La cosa ofrecía dificultades porque desgraciadamente llegué en circunstancia en que el pueblo estaba conmovido con motivo de un alboroto causado por algunos prisioneros de la villa de los Andes, i la Junta ocupada en tomar providencias relativas al caso, que se espidieron en la misma tarde; pero no impidió esto el que Larrain lograse lo que deseaba, i despues de algunos debates se le pasó oficio conviniendo en mi traslacion a Colina, quedando allí incomunicado, siendo él responsable de la seguridad de mi persona. Como mi deseo era no vivir en la ciudad, por varias consideraciones, en las presentes circunstancias, me complací sobre manera cuando se me dijo lo que habia: a las nueve de la noche se despidieron los que he espresado, repitiéndome ofertas que nunca olvidaré.

Por la mañana volvió el señor Concha con sus dos hijos mayores i algunas finezas de su mujer; estuvimos hablando hasta que llegó don Diego, quien habia adelantado aviso de que las cargas del equipaje saliesen para la hacienda, para caminar nosotros despues sin ese embarazo. A las once vino Larrain i como yo contaba con ir a comer a la hacienda, atravesando el rio por los arrabales de Santiago, pues así me lo habian dado a entender él i el señor Concha, quien se despidió a las doce, estrañando yo la demora en montar a caballo, hasta que a la una i media de la tarde, dijo vámonos i llevándome

por la ciudad, me iba señalando los edificios mas visibles de las calles por donde transitamos, i llegando a la puerta de una casa situada en la plaza principal, me preguntó si queria entrar; respondile que él era dueño de mis acciones, i apeándonos en el patio entramos a la cuadra donde se hallaba una señora, que era su esposa, (17) con algunos caballeros, i despues de un corto rato de sentados llamaron a comer, esmerándose todos en obsequiarme, singularmente la señora, que es de amable carácter, con lo que i las bellas ocurrencias de su marido se pasó un rato agradable, tratóse despues de comer de dejar la ida a Colina para el otro dia, durmiendo aquel en su casa, pero como el equipaje i mis criados habian ya marchado, resolvimos irnos i llegamos al anochecer.

Aunque se habia propuesto el señor Larrain volverse al otro dia a la ciudad, se detuvo dos i ántes de irse me encargó las llaves de la casa en que me alojó para que dispusiese de cuanto habia en ella, intimando en mi presencia a los mayordomos para que obedeciesen mis mandatos, i me franqueasen lo que les pidiese, con otras expresiones que me enternezco al recordarlas, siendo de referir que ya habia hecho traer de la ciudad el repuesto necesario de víveres, dulces, frutas, etc. etc., i ordenando se pidiesen aquellas cosas que se consumiesen.

Volvióse a la ciudad, i quedé yo echando ménos su agradable compañía, procurando conformarme en aquel solitario retiro, en el que, por ocupar el tiempo, he escrito la precedente verídica i menuda historia de mi peregrinacion en la campaña al Reino de Chile, hasta 31 de Agosto desde el 6 del mismo que llegué a esta ha-

(17) Doña Francisca del Solar.

cienda, en la que al quinto día apareció escrito de buena letra en una pared del corredor, que cae a la campaña, el letrero siguiente: *Viva la patria i muera Rávago*, lo que aumentó mi desconsuelo, viéndome solo en un sitio siempre temido por la frecuencia de robos i asesinatos, reservando continuar los demas acaecimientos hasta mi regreso a Lima, si Dios me lo concede como espero i ¡ojalá fuera cuanto ántes! que será consecuencia de haberse restablecido el órden i cortádose las diferencias presentes, entre aquella capital i este Reino, ruinosas a ambos, a lo que cooperaré en cuanto pueda, porque se halla mi corazón penetrado del mas acerbo sentimiento, contemplando los males que se están causando.

Estos los he tocado por mí mismo en el tiempo que estuve en Concepcion, i en el viaje de mas de ciento sesenta leguas que anduve, advirtiéndome la miseria de la jente de campaña, pues siendo este Reino meramente agricultor, faltándoles, por la obstrucción del comercio con Lima, el espendio de sus frutos, principalmente trigo, charquis i sebos, les faltan los ausilios para su subsistencia, a que agregadas las frecuentes exacciones de caballos, mulas, etc., para las tropas, el mal manejo de los encargados, de que oí infinitas quejas, i otros mil perjuicios, aceleran la destrucción i ruina de ese pobre Reino, digno por sus otras cualidades de mejor suerte, i singularmente porque advertí en las conversaciones i conducta de muchas personas, con quienes he tenido que tratar, no ser todas las principales i poquísimas de la plebe baja adictas al que llaman sistema de independencia, sostenido por algunos cabecillas, por sus miras particulares, a pesar de que conocen lo estraviado de sus

designios i la falta de recursos para sostenerlo, en un Reino pobre.

Yo he procurado de estos principios a los sujetos a quienes he podido hablar en confianza hasta ahora, haciéndoles ver la imposibilidad de que se altere el sistema de gobierno antiguo, como algunos han pensado, i las proporciones que tiene para hacer sucumbir a este Reino, empeñándome mas en estos convencimientos despues que pude imponerme del buen estado de fuerzas del Ejército Real de Chillan. Me he valido para ello tambien de la sagacidad i prudencia del mencionado mi pariente Oidor Concha que con la frecuencia compatible con la cautela necesaria para no ser calumniado, i vuelto al destino de su patria, que sufrió largo tiempo, me ha visitado en esta hacienda, conociendo con su trato sus reccomendables prendas, que no son fáciles de puntualizar, ni tampoco los favores que a él i a su esposa he debido, habiendo ellos sido mi consuelo, i me consta, por lo que he sabido, ha sido uno de los que mas ha trabajado en persuadir contra el sistema revolucionario, padeciendo por la causa del Rei sinnúmero de males, sin abatirse ni decaer su rectitud i lealtad constante, siendo en mi juicio uno de los mejores Ministros que han tenido las Audiencias de América, por todas sus circunstancias bien notorias. I ya que por mi desgracia no he podido llenar como quisiera con las armas los deberes de mi comision, procuro conquistar las voluntades de las personas que suelen acercárame por ser paso para los lados del Norte, alojándose algunas en esta hacienda, haciéndoles de buena fé las reflexiones que me ocurren para que se adhieran a la justa causa, i con estos cortos ratos distraigo algun tanto las interiores amarguras de un prisionero que sufre

la mas dura pena, cual es, la privacion de la natural libertad, la triste memoria de su amada consorte i pequeños hijos, la carencia de las comodidades de su casa, abandono de sus intereses i cruel incertidumbre de su suerte, espuesta, en el último tercio de mi vida, a los efectos de una calumnia, de que en semejante situacion no está libre la mas arreglada conducta por causa del tono i aspecto que las cosas tomen i se me quiera hacer padecer nuevas opresiones, abatimientos i trabajos, sobre los que he relacionado en este manifiesto, al que agregaré las posteriores ocurrencias mas notables i acompañaré al fin de él por comprobante de mis anteriores servicios bajo los números que se señalarán.

En el tiempo que medió desde mi llegada a la hacienda del confinio hasta que salí de ella, que fueron nueve meses trece días, estuve en continuo sobresalto, porque los papeles públicos, que algunos confidentes me remitian, contenian frecuentemente especies contra los prisioneros de Lima, i aunque los tenian a todos repartidos en la campaña, bajo la tutela de sujetos notoriamente adictos al llamado sistema, creian no obstante los malévolos que este era un trato demasadamente bueno, lo que me estimuló a pasar a la Junta Gobernante el oficio del número 19, porque no podía sin indignacion ver ponderar en sus impresos el buen manejo que se tenia con nosotros i el que observaban en Lima con los suyos, los que decian estar metidos en casasmatas i limpiando las calles con grilletes, i aun amagados algunos a muerte, con otras especies falsas, para alucinar al vulgo incauto i disponerlo mas contra los que allí estábamos viviendo de caridad, sin habernos hecho señalamiento alguno de dinero para las muchas necesidades que

el hombre tiene, como lo ejecutan todas las naciones cultas, no habiendo merecido contestacion a dicho oficio. Como los sucesos de la guerra, fueron ventajosos a las armas del Rei, no fué nuestra suerte tan desgraciada como hubiera sido en el caso contrario, pero siempre tuve mucho que padecer, especialmente desde que entraron las tropas realistas en Talca, i se mudó el Gobierno de la capital, (18) apoderándose de él sujetos en todo adictos a los insurjentes de Buenos Aires, por cuya razon empezaron el mismo dia a espedir órdenes i bandos contra los que llamaba sarracenos, i singularmente contra los europeos, aprisionando de éstos los solteros, depositándolos en la cárcel, sin darles lugar para proveerse de ropa i otras cosas necesarias, ni aun cama, haciéndolos, al segundo dia, marchar con escolta al puerto de Valparaiso, como una cuerda de presidarios, i entre ellos fueron algunos relijiosos de San Francisco, el Coronel Olaguer Feliú, el Teniente Coronel Montuel, i un hijo del primero, prisioneros del Perú, los cuales estuvieron tambien en la cárcel, en calabozos i depositados despues con los demas que se ha dicho, en un barco que se hallaba en dicho puerto, en el que permanecieron cuarenta i tantos dias, con las penalidades que son de inferir. Como estas ocurrencias llegaban a mi noticia, puede cualquiera comprender el efecto que causarian en mi ánimo, preparado a seguir la suerte que me amagaba, lo que me era tanto mas sensible, cuanto que un mes antes habia decretado la anterior Junta desde Talca mi libertad, con la de ocho prisioneros mas de

(18) Se refiere Ravago al reemplazo de la Junta de Gobierno, compuesta de don José Miguel Infante, don José Ignacio Cienfuegos i don Agustín Eyzaguirre, por el Director Supremo don Francisco de la Lastra.

los que fuimos en la fragata *Thomas*, por interposicion del Comodoro i Comandante de la fragata de Guerra inglesa *Phoebe*, don Santiago Hillyar, que habia oficiado desde que llegó al referido puerto, conduciendo algunos prisioneros del Reino de Chile, licenciados por el Excmo. Señor Virrei, i aunque hice cuantos esfuerzos me fueron posibles por medio de dicho Comodoro a fin de interesar su mediacion, dirijiéndole ocultamente cartas, por medio de propios costosos, para que tuviese efecto lo que la Junta habia dispuesto i comunicándole de oficio, no pude recabar providencia lisonjera, i permaneci en incertidumbre hasta que se hicieron los tratados que son notorios, entre el Brigadier don Gabino Gaiosa, jefe principal del Ejército Real, i los del insurjente, en que intervino el dicho Comodoro Hillyar, de que resultó el canje de prisioneros, i el permiso para venirmos los de la procedencia de Lima, con cuya noticia procuré, por medio de mi relacionado Oidor Concha, se me pasara la órden i pasaporte correspondiente para trasladarme a Valparaiso, i aprovechar el primer buque que viniese al Callao, lo que verifiqué pasando directamente al puerto, desde la hacienda de mi confinio, en cuanto recibí la órden, porque sabia estaba en él una fragata inglesa de guerra con cuyo Comandante hablé al momento de mi llegada, i aunque desde luego no me dió el consuelo que apetecia, me ofreció trasportarme en ella si venia al Callao, lo que todavia no podia asegurar; sucesivamente fueron llegando a Valparaiso algunos otros prisioneros i varios particulares, con el mismo designio de trasladarse a Lima en la indicada fragata, i como yo creia, por motivos que no es del caso referir aquí, no habian de subsistir los tratados hechos, vivia en

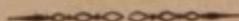
continuo sobresaltos, esperando por momentos alguna novedad que frustrase mi libertad, lo que cada día se hacia mas temible, por los acaecimientos que iban sobreviniendo, de suerte que los diez i seis que permanecí en el referido puerto, fueron de una continua inquietud, hasta que con el arribo a él de otra fragata de guerra inglesa, deliberaron los Comandantes de ámbas, i el de la *Phoebe*, dar la vela el 1.º de Junio, saliendo juntas las tres i la *Anglo-Americana Essex*, apresada por la última un mes ántes, i sobre las islas de Juan Fernandez, se separaron las dos últimas para seguir su viaje al Janeiro i Londres, continuando las otras dos para el Callao, a donde arribaron el 18 de Junio, a los diez i ocho días de navegacion, con lo que logré la satisfaccion de reunirme a mi familia, i regresar a un pais cuyos habitantes me dieron en esta ocasion pruebas del favor que les merezco, por las demostraciones de alegría que todas las clases manifestaron por mi venida, lo que ha empeñado mas i mas mi gratitud hácia ellos; i al dar fondo, diriji oficio al Excelentísimo Señor Virrei, participándole mi arribo i lo demas que me pareció preciso.

He recopilado lo mas sustancial que acaeció en los trece meses siete días que mediaron desde mi salida del Callao hasta el regreso al mismo puerto, en cuyo intermedio, aunque he experimentado humillaciones, trabajos i perjuicios de bastante consideracion, he merecido al cielo, ausilios muy eficaces, con los que siempre pude hacerme superior a todo, considerando que nada vale el hombre sino tiene valor para sobrellevar los contratiempos que ofrece la vida humana, especialmente en tiempos tan calamitosos como los presentes, i me queda la complacencia de que, aunque no estuve en

acciones de guerra, que me habrían sido mas llevaderas i satisfactorias, he procurado, en el triste estado de prisionero, llenar mis deberes como fiel vasallo, amante de la integridad de la Monarquía Española i de los derechos de mi adorado Soberano el Señor don Fernando Séptimo, en cuya defensa sacrificaré siempre hasta la última gota de sangre.

SIMON RÁVAGO.

Lima i Noviembre 23 de 1814.



EL PAQUETE (1)

Era al final de la calleja—una calleja estropeada por las lluvias de invierno i que tenia aun marcada en el barro seco el paso de la última carreta de bueyes.—De un lado i de otro viejas pitas mezclaban el color verde claro de sus anchas hojas carnosas con el verde oscuro, casi negro, de las zarzas i espinos; de trecho en trecho ergulanse algun alcornoque decrepito, hayas blancas i plateadas, laureles embalsamando el aire con el olor fuerte i bueno de sus largas hojas agudas.

Al final levantábase la casa con su aspecto señoril.

La yedra habíase apoderado del exterior i, aprovechando las grietas que el tiempo abriera, desperezándose sobre el lecho del viejo musgo amarillo que revestia cada piedra de la pared, iba a unir sus hojas delicadas a los racimos de otras plantas que en elegantes pirámides colgaban de los aleros del tejado.

Una pequeña escalera, seis o siete peldaños gastados, movedizos, partidos, conducia del patio al vestíbulo del palacio.

(1) En el número próximo publicaremos un estudio critico de este eminente literato portugues.

Sobre el porton, cuya pintura grieteada por el sol había caído poco a poco, ostentábase, comido por el tiempo el blason de la familia, sobre el cual amenazaba ruina una grande corona de conde trasformada en guarida de lagartijas.

Los vidrios ennegrecidos i apenas traslucidos temblaban de viejos en los plomos.

Por el patio, en los intersticios de las piedras, crecía libremente la yerba, i en un rincon una cigarra juntaba sus estridentes melodías al monótono canto de las ranas del pantano vecino.

El conde estaba en la librería sentado en una vieja poltrona de cuero con clavos de metal. Tenía en la mano un libro latino, que leía atentamente.

La librería era una vasta sala alumbrada por tres ventanas mui grandes.

Avistábase a lo léjos la aldea con su campanario blanco, sus casitas bien encaladas, i las cimas de los chopos sobresaliendo de los tejados e indicando la carretera que la atravesaba conduciendo de un pueblo a otro.

Entre las ventanas i las puertas estaban los armarios con los grandes infolios amarillos, los gruesos diccionarios i las obras clásicas latinas, portuguesas i francesas.

La pared frontera a las ventanas, por cima de la chimenea de mármol blanco, la ocupaba el retrato del abuelo del Conde. Era un hombre alto, bien formado, simpático. Estaba vestido a la usanza de don Juan V. Tenía una de las manos en el pomo de la espada, sus encomiendas al pecho i una sombra esquisita, fuerte, brutal, en la mitad de la nariz del lado izquierdo. La moldura había perdido el dorado i hallábase agujereada por la carcoma. En un

rincon una araña habia urdido su tela i esperaba la presa, escondida en un roto del lienzo.

El sol declinaba, i el Conde, para aprovechar los últimos rayos, habia colocado su sillón en el hueco de la ventana i, con el libro sobre la rodilla, el codo en la pierna cruzada i la cabeza apoyada en la mano, leia atentamente un pasaje de Suetonio.

El crepúsculo invadió lentamente la sala. El sol, despues de jugar un instante con el último rayo en la testa veneranda del anciano comendador, ocultóse por detras del cabezo, i las grandes sombras de los montes fundiéronse poco a poco en una tinta jeneral.

El Conde cerró el libro sobre el índice i púsose a contemplar la aldea.

El viento Norte, entrando por las grietas de las paredes, silbaba tristemente en el corredor; los vidros zumaban en los plomos; las aves nocturnas, que habitaban en las vastas chimeneas del palacio, comenzaban a piar, i a los oídos del Conde llegaba la alegría de la aldea como nota estraña de una lengua olvidada.

Mediados de Noviembre, las noches eran frias.

El Conde miró con tristeza hácia las ventanas de las casas de los labradores, alegremente iluminadas por el fuego vivo de los hogares, i, estremeciéndose de frio dentro de la vieja levita parda, levantóse, tocó una campanilla i, metiendo las manos en los bolsillos, comenzó a pasearse por la sala.

Era un viejo achacoso i casi completamente calvo; apenas dos o tres madejas de cabello blanco i largo caíanle de la nuca sobre el cuello del leviton. Usaba toda la barba; era corta i blanca. Sus ojos, cuya luz iba apagando la edad, eran de ese color mal definido que

tienen los ojos de los viejos i de los niños de pecho: tenían, a pesar de todo, una espresion dulce i melancólica. En el ángulo de la boca un pliegue vertical, desdeñoso i altivo, cuando el Conde estaba serio, dábale una espresion de simpática tristeza cuando sonreía.

Al toque de la campanilla acudió un criado.

Era un viejo tambien, mas viejo quizá que el Conde. Vestía un frac, verde por cierto, de tan viejo como era, si no le ocultasen el tejido zurcidos acumulados de hilo negro.

Entró encorvado un poco por el respeto, otro tanto por los años.

—José—dijo el Conde,—ve a arrancar una tabla mas a la sala del dosel i arregla la lumbre.

—Señor Conde, yo solo no tengo fuerzas.

—Llama al casero, como has hecho otros días.

—Manuel se ha marchado hoi, señor Conde.

—¡Se ha marchado! ¿Por qué?

—Fué a trabajar a la Quinta de Juan Pereira. Usted bien sabe que el pobrecillo tiene familia que sustentar, i como los ordenados andan atrasadillos.....

—Efectivamente, me acuerdo de que há ya bastante tiempo..... ¡Vaya, pobrecillo! ¿Pero, por qué no me lo dijo?... Yo me olvido de todo. Has de darle dos *pintos* (1) de mi parte. Yo te ayudo hoi a arrancar la tabla.

I saliendo ambos, fueron a un cuarto próximo i arrancaron una tabla del suelo. José aserróla en algunos pedazos, hizo lumbre con un pedernal, porque el Conde reprobaba los fósforos como peligrosos, i, poco despues, una llama alegre i viva trepaba por la chimenea.

(1) Moneda portuguesa de plata, i valor de 480 reis, o sean 2,20 pesetas aproximadamente.

El Conde tornó a abrir el libro i continuó leyendo Suetonio a la luz de un trozo de su palacio.

Habíanse ido las tablas poco a poco, i ya casi no restaban sino tres cuartos completos: el del Conde, el de José i la librería. Tablas, vigas, puertas i ventanas habíanse deshecho en cenizas.

I los viejos labradores de la aldea, al ver el humo salir de la chimenea del palacio, sonreían tristemente i decían:

—¡Pobrecillo!

Pero el Conde continuaba alegre e indiferente. Como hasta allí de nada había carecido, Dios sabe a costa de cuantos sacrificios del pobre criado, no pensaba en el estado de miseria en que ahora vivía, o, por mejor decir, no quería pensar.

Cuando volvía de misa los domingos, caminaba conversando alegremente, con un cierto aire entre familiar i protector, con los labradores que le estimaban i gustaban de oírle. Entraba en las casas mas pobres, i aflijido por la miseria que en ellas encontraba, decía bajito al viejo José, que le acompañaba siempre, con el grande misal romano debajo del brazo:

---José, deja un *pinto* encima de la mesa para que esta pobre jente festeje el Domingo.

I salía tocando suavemente con los dedos en las mejillas sonrosadas de las criaturitas, que le miraban con sus acariciadores ojos grandes, llenos de asombro i curiosidad.

José deteníase como para obedecer al hidalgo, i salía momentos despues, llevando en los vastos bolsillos del frac los pedazos de pan negro i de carne, con los cuales i con la ayuda de Dios comería aquel día.

I el Conde continuaba alegre i pasaba los días conversando con sus autores favoritos i entreteniendo la imaginacion con los sueños dorados de un futuro mejor.

Tenia un hijo.

Tres años hacía que su jenio indolente le había obligado a marchar al Brasil, en la esperanza de reparar a fuerza de trabajo los desastres de la fortuna.

I no había sido la ambicion lo que le llevara tan lejos. No desconocía la manera de sustentarse el Conde, i costaba a su jenio altivo vivir sujeto a la compasiva limosna de los aldeanos.

Un día participó al padre sus intenciones, mostrándole la conveniencia de aquella partida, aunque ocultándole una gran parte de la verdad por temor de que la revelacion de toda ella fuese un golpe fatal en la vida del anciano. Rechazada primeramente la idea como absurda i poco digna, el pobre padre, con el corazón despedazado por el dolor i por la vergüenza, rindióse al fin a sacrificar su orgullo al orgullo mas noble del hijo.

Obtenida la licencia, partió llevando por capital la bendicion paterna i los pocos *pintos* que produjo una hipoteca mas.

Los primeros días fueron horribles para el Conde. Sentía un vacío enorme en aquella casa hacia poco tan llena. Después el dolor fué debilitándose poco a poco, i el Conde volvió a sus antiguos hábitos. Tenía un sentimiento mas en el corazón: la esperanza.

Una tarde llegó una carta que decía:

«Mi querido padre: Estoy bien, muy bien. Por el próximo paquete espero poder enviarle cien mil reis (1),

(1) 500 pesetas.

cuantía que continuaré mandándole todos los meses »

El Conde buscó *paquete* en el Diccionario de Moraes, pero encontró la palabra comida por la polilla.

José lloraba de alegría, i aquella noche echó dos tablas a la lumbre, aceptó una copa de vino a Juan Pereira, i, cuando acabó el tercio, dijo al Conde, con quien habia rezado en voz alta:—Para que se realice lo que don Carlos nos promete: Salve, Reina....

I pasó mes i medio, i el Conde decia:

—¿Qué será *paquete*?

De Agustin de Macedo (2) para acá no sabia nada, no leia periódicos, ni verlos queria. Detestábalos con un odio de viejo, casi instintivo. Cuando veia algun periódico, murmuraba en seguida:

—¡Masonería!

I continuaba esperando el paquete, como un sebastianista espera a don Sebastian, con una confianza llena de misterios i de pequeñas impaciencias.

El palacio poco tenia ya mas que las paredes. Poco a poco, tabla por tabla, viga por viga, el cuarto del criado habia pasado por la chimenea, i éste dormia ahora en la cámara del Conde.

I el viejo hidalgo decia al ver crepitar en el vasto hogar las tablas carcomidas:

—¡Paciencia! Esto se concierta despues, cuando llegue el paquete.

I José solo respondia:

—Salve, Reina.

Estábase a principios de Enero.

El Conde comenzó a separar los libros en dos cla-

(2) Célebre poeta portugues de fines del siglo XVIII.

ses: la de los libros útiles i la de los libros inútiles.

Los libros inútiles trasformáronse en calor, i cuando el Conde veia las pájinas amarillas retorcerse por la accion de la lumbre, mirábalas tristemente, i despues, levantando los ojos hácia el retrato del abuelo, decia mentalmente, como disculpándose:

—Son los peores.

Acabaron los libros inútiles, i el Conde apartó los óptimos i quemó los restantes.

Duraron dos dias.

I como el paquete no llegaba, el Conde rascábase la cabeza i miraba con un modo ménos respetuoso al misal romano.

José triplicaba el número de *salves*.

I el paquete no llegaba, i los manuscritos habian ardidido, i el Conde quemó los grabados i conservó solamente el Suetonio.

Pasados ocho dias llegó una carta.

Un sobre azul, trasparente, con mui buena letra, una letra de trazos finos i gruesos, como la de un profesor de caligrafia. Traia sello del Brasil i olia a carbon de piedra.

Fué José quien la recibió, i corriendo hacia la libreria, donde el Conde estendia sus manos trémulas sobre las cenizas frias de la chimenea, entró gritando:

—¡El paquete! ¡el paquete!

El Conde se estremeció, irguióse i cojió la carta.

¡Era tal vez la riqueza!

Pasóle una nube por los ojos.

Apoyóse en una poltrona i, temblando, abrió el sobre.

I leyó:

«Tenemos el doloroso deber de dar a usted parte del fallecimiento de su hijo...»

El Conde no pudo leer mas i dejó caer la carta.

José exclamaba:

—¡Perdidos! ¡perdidos!

I daba con la cabeza en las paredes.

El Conde conservábase silencioso i miraba con ojos torvos la hoja de papel azul, que temblaba en el suelo ajitada por el viento.

—Réstanos la caridad, José—dijo por fin.—Ve, ve a estar con esa jente a quien ayer aun dí limosna, i dile que el Conde le pide, por amor de Dios, un pedazo de pan.

I despues, sollozando:

¡Manuel! ¡Hijo!... ¡Hijo mio querido!

I como hacia mucho frio, el Conde quemó el Suetonio.

JUAN DE CÁMARA,
Portugues.



NERON

Vedle tañir la cítara esplendente;
De mirto i de laurel ciñe a su frente
Espléndida corona;
Pídele al cielo inspiración i ayuda,
Al pueblo-rei saluda
Con rostro humilde i su canción entona.

La nueva Babilonia, la altanera,
La que en el mundo impera
Entre duelos i pánicos i asombros,
La del orbe señora,
La que luce sangrienta i triunfadora
La púrpura imperial sobre los hombros;
El soberbio patricio que en Augusta
Cuna arrullara el Tíber; el guerrero
Que al sármata i al partho i al ibero
Con su valor asusta;
La infiel sacerdotisa
Que del César en brazos, la divisa
De Vesta mancillara; el campesino
De atezado semblante,
El atleta de torso de gigante,
El taumaturgo que por dón divino
Descifra los enigmas del destino
I a sondear sus misterios nos enseña;
Del Trastíber la plebe, la risueña

Turba del Aventino;
El poeta que oculta sus laureles
I su sagrada inspiracion oculta;
La vil esclava que al pudor insulta;
El viejo sacerdote de Cibeles
I el bravo centurion i el pretoriano,
Todos rinden al monstruo vasallaje,
Que hasta el jenio le ofrece su homenaje
En Séneca i Lucano.

I ¡guai del que pretenda
Hacer de noble independendencia gala;
Del que el canto sublime no comprenda
Del que a los dioses en poder iguala;
Del que ose sincero
De su voz no admirar las inflexiones,
O prefiera a sus cantos las canciones
De Pindaro i Homero!

Contempladle bañado en viva lumbre
Sobre el estrado, pedestal i cumbre
I abismo donde todo resplandece
I embriaga i aroma,
Que la dueña del mundo es Roma, i Roma
A su dueño i señor toda se ofrece.

Contempladle; la citara de oro
Tañe con torpe mano, i su insonoro
Canto preludia ante su pueblo atento,
I ora el dulce i profundo arrobamiento
Del éxtasis simula,
Ora ronco i febril salta i jadea,
I la enorme cabeza balancea
I en simias actitudes jesticula.

I el entusiasmo estalla,
I el cónsul i el quirite i la canalla
Rompen en delirante clamoreo:

—¡Ave, César cantor, sistro de oro!
 ¡Astro!—la turba grita.—Yo te adoro,
 I me ciega tu luz i no te veo.

I en el muelle cojin, en irrisoria
 Afectada actitud en que mañana
 Con su buril lo esculpirá la historia,
 Se reclina soñando que es la gloria
 La torpe adulacion, su barragana.
 I reclinado en el cojin pasea
 Los entonados ojos,
 En los que nada humano centellea,
 Por la turba que ruje i que vocea
 A sus plantas de hinojos,
 I de pronto su sed de sangre aviva
 De Lucano la altiva
 Faz a un tiempo sarcástica i burlona:
 ¡Ya le irrita mirar siempre delante
 Una frente cien veces mas radiante
 Que en la que ostenta la imperial corona!

.....

Pronto Pisón intenta
 Quebrantar el dogal que al mundo afrenta,
 I sucumbe Pisón i no desata
 El vergonzoso freno
 Que al pueblo rei i a su verdugo ata;
 I a la vez que Pisón, Lucano acata
 Del déspota la órden, i sereno
 Atraviesa del baño los umbrales,
 I en el agua aromada con verbenas
 Corrije con la sangre de sus venas
 De sus cantos los versos inmortales.

ARTURO REYES.

El Dr. Francia, Monteagudo, Rosas

I

El doctor Francia tuvo un atavismo fatal; sus padres fueron locos i él, en medio de sus continuos accesos de hipocondría, llegaba a perder la razon, i su carácter se poseia de una estrema irritabilidad cuando soplaban los vientos cálidos i húmedos del norte.

Adolescente, él azotó a su padre; hirió gravemente a un camarada suyo de colejio, i trató de asesinar a uno de sus profesores; llegó a ejercer las mas altas funciones públicas en su pais, mostrándose al principio de su carrera política, justo e independiente; pero, bien pronto aparecieron en él las extravagancias de los hipocondriacos, las ideas del suicidio, los terrores de los alucinados, i al fin el delirio de las persecuciones, imájenes de incendio, de homicidios i de crueles torturas, de las cuales él se imaginaba ser testigo o creia presidirlas.

El doctor Francia era el tipo del melancólico: estatura mediana, espalda lijeramente encorvada, cabeza comun, dolicocefálica, signos frontales divididos por un surco mui hondo, piel bruma, mirada felina, *zygomas* prominentes, labio inferior reducido.

II

Monteagudo presentaba todas las debilidades atribuidas por los fisiólogos a los histéricos; los caprichos increíbles de su sensibilidad petulante i pervertida, fueron el orijen de todos sus actos irreflexivos, que con una apariencia de intencion culpable,

eran el producto de una perversion instintiva de sus facultades morales, su imaginacion rica, lijera, viva; sus abatimientos femeniles, sus reacciones convulsivas, tan características en él, eran el resultado de su violenta neurosis. Tenia los ojos negros i brillantes, reveladores de la tension constante en que mantenía sus pasiones precoces. Juntaba a su jesto dramático la vanidad teatral.

III

Rosas, hijo de madre histérica, se complacia desde su infancia en atormentar a los hombres i a las bestias; él manifestó en esto los primeros síntomas de su *locura moral* que luego en el poder pudo saciar ampliamente con el crimen revestido de formas típicas i feroces; i sus impulsiones homicidas corresponden a ciertos estados patológicos en los cuales se encuentran las formas de una epilepsia *turbada*. En efecto, él sufría de ataques neuropáticos que lo impulsaban algunas veces a correr a caballo por los campos, gritando i ajitándose hasta caer estenuado, o bien se entregaba a frecuentes i terribles accesos de furor: entonces caía a golpes sobre las personas i las cosas que encontraba a la mano. En los grandes calores estos accidentes se multiplicaban.

Se tiene de su *locura moral* numerosas pruebas: él fabricaba arneses para sus caballos con la piel de sus enemigos muertos; insultó a su padre moribundo i cometió innumerables asesinatos de prisioneros; en 1840 eran diarias las órdenes de muerte espedidas por motivos imaginarios sin causa conocida; él inflaba de aire a sus bufones para estraérselo a puntapiés del vientre, ordenó a uno de ellos calzarse un par de botas ardiendo; guardaba entre una ánfora de cristal las orejas del coronel Borda, para mostrarlas a sus convidados.

Caracteres antropológicos: cabellera abundante; ángulo facial mui agudo; frente deprimida; ángulo frontal estrecho, los arcos de las cejas prominentes; desde su infancia habia contraído una bien traumática en el frontal derecho.

LA VIDA LITERARIA

JUANA LUCERO (vicios de Chile), por Augusto Thomson.—Santiago, 1902.

Max Nordau, en un artículo sobre *Las condiciones del éxito*, que ha publicado últimamente en la FORTNIGHTLY REVIEW, dice, entre otras mui atinadas cosas, lo siguiente:

«El jóven que desea ser famoso cae naturalmente en la idea de llegar a serlo escribiendo un libro, lo que requiere el minimum de capital, de trabajo i permite forjarse ilusiones por mas tiempo. El que busca la fama en una carrera pública, se convence pronto de que no puede lograr éxito si no posee las cualidades necesarias. El que desee ser millonario sabe en todo momento el estado de su caja. El que espera lograr fama con la pluma puede gastar su tiempo i su fuerza durante muchos años ántes de verse obligado a reconocer que ha errado el camino. Para crear una obra inmortal, bastan tinta, pluma, papel. El jenio cree el jóven ambicioso poseerlo, i cuanto ménos talento tenga, mas benévolo es para juzgar sus esfuerzos. Se morirá en la conviccion de que es un jenio no reconocido, i de que la posteridad le acordará la justicia negada por sus contemporáneos. El número de estos infelices se cuentan por miles; sus inútiles trabajos representan un gasto de enerjía lamentable. Si no tuvieran ambicion, serian seres útiles i de valor moral i económico para ellos i para la humanidad, i quizás encontrarán en la vida un éxito moderado.»

Estas frases del famoso médico-literato han traído gran consuelo a mi atribulado espíritu. Atribulado, por el excesivo nú-

mero de personas que dicen que yo, en estas croniquejas de libros, me complazco en descorazonar, en desilusionar a los jóvenes que empiezan la carrera de las letras, ora como poetas, ora como novelistas. Esos diceres me traian desazonado e inquieto. Porque nada mas fácil, a un espíritu jóven, que la desesperacion ante ataques (alcanzamos un tiempo venturosísimo, en que a la verdad se la llama ataque) que él estima injustos, i nada mas conforme con la naturaleza humana, que esa desesperacion produzca el quebrar o abandonar la pluma, no como las aves que la remudan en ciertas épocas, sino definitivamente, como silenciosa protesta contra los beocios que no saben comprender la belleza i que, por contera, tienen la desvergüenza de decirlo. I, así (me decia entre acongojado i turulato) ¿no podré ser yo causa indirecta de que la literatura chilena pierda las riquezas con que habrian podido regalarla algunos de esos poetas o novelistas de la pluma rota abandonada?

Pero Max Nordau me consuela. Max Nordau confirma mi creencia de que muchos jóvenes escriben solo por ganar fama i porque publicar un libro no es ya cosa del otro jueves. Max Nordau dice una verdad que yo sentia, pero que no sabia espresar con tanta enerjía i nitidez. Si; es menester desviar la actividad de la juventud escritora — naturalmente, con escepciones — de ese amor al libro que la consume i que consume sus ahorros. Es menester que esas vidas, jóvenes, robustas, se empleen en otra cosa, para que sean útiles a sí mismas, a supais, a la humanidad entera. Es menester combatir sin descanso esta fiebre de notoriedad que trae a tanto jóven macilento i neurasténico, devorado por las ansias de una gloria i de una fama que nunca alcanzarán, a ménos que se recojan en si mismos, estudien, piensen, contemplan, i dejando a un lado los oropeles de la *reclame* i la vitrea pedrería del aplauso mutuo, trabajen en silencio, haciendo arte i no industria con la pluma; no industria de resultados pecuniaros, ya que aquí los libros, aunque malos, no se venden, sino industria de vanidad i de petulancia, que solo produce un provecho, el provecho de vanas ambiciones momentaneamente satisfechas, en cambio de las mejores flores del espíritu.

I como si fuera poco el refuerzo que Nordau me aporta para

perseverar en esta tarea (incómoda como ninguna) de decir que un libro es malo cuando efectivamente lo es, he aquí que J. Ernest-Charles, el sagaz i valiente crítico de *La Revue Bleue*, me trae el refuerzo de esta poderosa batería, disparada en uno de los últimos números de esa simpática revista: «Una tarea capital incumbe a la crítica contemporánea. Es preciso rechazar a los industriales de las letras que invaden i absorben todo... El papel intelectual del crítico es inmenso: en momentos en que todo se universaliza apresuradamente i en que es preciso que toda obra sea eficaz, el crítico debe despejar el terreno de todos los groseros parásitos de la literatura, para que produzcan mayor efecto útil los verdaderos escritores..... I sobre todo i ante todo, el crítico debe ejercer un gran papel: restaurar la dignidad de las costumbres literarias, contra las insensatas empresas de los comerciantes de la literatura, salvaguardar la libertad, la honradez i la situación misma de los verdaderos escritores: es un magnífico esfuerzo que hacer!»

*
* *

Hacia mucho tiempo que venia anunciándose la aparición de *Juana Lucero*. Por fin, un día amanecieron los postes telefónicos llenos de carteles que avisaban su próxima salida a luz. Naturalmente, los carteles ostentaban el retrato del autor, que también figura en la portada del libro.—¡I pensar que hace diez años que ando yo detras de un retrato de Heine! Era la *reclame* anticipada de la mercancía que se quería vender. El público se preocupó un poco de esa Juana Lucero, cuyo nombre tanto veía por todas partes. Luego, se paró mientes en el otro título del libro: *Los vicios de Chile*, título genérico, algo así como *La Comedia Humana* o los *Episodios Nacionales*. Siempre es agradable conocer los vicios de los demás i siempre resulta picante ver la descripción de los propios, de suerte que el interés del público mas se avivó. Además, se susurraba que era una *novela de clave*, que, con nombres disfrazados, figuraban en ella personas conocidas..... Vamos, ají de Cayena o pimienta de Java.

I apareció *Juana Lucero*.

Ignoro si otro que yo la habrá leído integra. Yo la he leído completa, de la primera página a la última, i hasta he releído algunas páginas. I me he quedado asombrado. Asombrado de que para tan pobre libro, se gastaran tantos anuncios en los palos telefónicos. La historia de siempre: *Ridiculus mus*. Solo que en este caso no parió raton el monte, [sino una sabandija de peor clase, que el autor llama estudio social, pero que no es ni estudio ni social.

*
* *

Principiemos por el principio. Juana Lucero es hija natural de una pobre mujer que muere, dejándola al cuidado de una tia, beata i de mal corazon. Despues de sufrir mucho en casa de la tia, Juana va a casa de una familia, en calidad de costurera. I apuesto a que, sin ser ningun Cuvier, ni siquiera un mediano descifrador de fugas de vocales, el lector adivina lo que le pasa a Juana. ¿Que no? Pues alla va. El dueño de casa, que es un don Juan de sus sirvientas, viola a Juana, que a poco se nota en cinta. ¿Qué hacer en tan terrible lance? Pues escaparse de la casa con un señorito que la galantea e irse a vivir con él. Luego viene otro drama: Juana confiesa a su amante que es madre de un hijo que no es suyo (del amante), i éste, despues de enojarse, da con la muchacha en una casa de lenocinio. Líbrase Juana de su mal por arte de criminal comadrona, i, cuando llega el primero de Noviembre, va al cementerio a poner flores a la tumba de su madre. Encuentra que el cadáver de ésta ha sido arrojado a la fosa comun; llora; i de vuelta a la casa, coje un revólver i lo dispara contra un espejo en que cree ver la imájen de su madre... ¡Estaba loca!

Este es, en pocas líneas, el argumento de *Juana Lucero*. Como figuras decorativas, todo un mundo de seres bajos, abyectos i corrompidos: viejos lascivos, jóvenes perdidos, señoras complacientes, niñas tontas o depravadas, prostitutas de lo peor, i hasta un clérigo con satiriasis. Es un amontonamiento incoherente de todo lo malo que puede haber en una sociedad. El señor Thomson hace en su libro oficio de traperero, i no hai basura ni detritus que no remueva o recoja con su gancho. De los personajes de su

novela, el que no es corrompido es ridículo, el que no merece presidio debería estar en la Casa de Corrección. Hasta Juana, la heroína, la víctima de semejante sociedad, es una víctima muy conforme con su destino. Se hace la querida de su amante con toda tranquilidad, i, después, vende su carne con una serenidad que le quita todo carácter de víctima. Probablemente, nacida i educada en otro medio, Juana siempre habría acabado mal, porque es un ser absolutamente incapaz de acción, un espíritu amorfo que siempre obrará, no por impulsión al mal, sino por conyénita repulsión al bien. Ni siquiera sabe amar, como toda muchacha de su edad. En suma, Juana es una infeliz mujer, de cuya caída le cabe a ella, por lo ménos, tanta culpa como a la sociedad en que vivió. Esas mujeres así, caen como la piedra que, de pronto, pierde el centro de gravedad. La ataxia de su voluntad las condena a ser esclavas, etairas o locas.

Sin duda que el estudio de la psicología de una mujer así, es interesante, hecho por un escritor de talento. Pero el señor Thomson—de cuyo talento me será lícito esperar mejor prueba que esta—no ha hecho eso. Toda la *psicología* de Juana se reduce a que, de vez en cuando, se acuerda de su madre; i a su locura, producida talvez por los excesos alcohólicos i por el solazo que hubo de sufrir en el cementerio. De ahí que Juana sea solo un pretexto para pintar lo que el señor Thomson llama los *vicios de Chile*. El no ha querido—o no ha podido, si acaso lo quiso—presentarnos un estudio de mujer caída: ha querido, mas bien, señalar esos vicios, que son como las pajas de una escoba cuyo mango es Juana.

*
* *

Grande i noble pretension ésa de fustigar a los viciosos i condenar el vicio. Solo que, como todas las cosas de este mundo, es menester saber hacerlo. I ello es difícil. El látigo de Juvenal, se convierte, en manos inespertas, en inofensiva i ridícula palmeta de dómine perlático, i en vez de sacar sangre, produce, al principio, risa, i después, fastidio, invencible fastidio. I las manos de nuestro autor son desgraciadamente hartamente inespertas.

Lo repito: tarea nobilísima es denunciar i combatir los vicios de la sociedad en que se vive, i apellidarla a mejor vida. Laudable empeño que suele llevar al Calvario; pero que tambien suele no llevar a ninguna parte. Este último es el caso del señor Thomson. La sociedad no le hará caso, por varias razones. Porque es mui jóven i mui inesperto; porque su arte es demasiado pueril i caricaturista, todo junto: semeja, no la caricatura maligna i honda de Forain o de Willette, sino los *monos* que los niños dibujan: cabezas enormes i sin cuerpos, largos brazos, ojos de traves, seis o diez dedos en cada mano. Esa caricatura nada dice al espíritu, porque el punto de comparacion, lo caricaturado, no aparece, no se distingue en el torpe dibujo, i esto mata en jermen el objetivo perseguido. I tambien porque la sociedad gusta de ser atacada con talento i con finura. Las damas florentinas que huian las iglesias en donde contra sus no pocos vicios predicaban frailes energúmenos, de aquellos que, como decia Froissart, blandian, a guisa de machete,

Un Christ empistollé tout noirci de fumée,

esas mismas damas gustaban oír los cuentos de Bocaccio i del Barberino, que con estilo elegante i amable filosofia pintaban sus vicios. I si con los cuentos no se morijeraban, ménos con los sermones. Pero el señor Thomson—que ha escrito algunos cuentos simpáticos—ha preferido abandonarlos; i poniéndose frailuno capuchon, predica, predica contra los vicios de la sociedad, contra los *vicios de Chile*, segun el desmesuradamente enfático título de la serie de novelas cuya primojénita es ésta. I ya dije que ni el fraile es apropiado para tal sermón, ni el sermón para tal objeto.

Con todo, apesar de la pobreza solemne del argumento, de lo insignificante que aparece su protagonista, de lo burdo de la caricatura, etc., *Juana Lucero* tiene otro defecto, capital en cuanto se la considera como obra de arte. El estilo del señor Thomson es, sencillamente, inculto. El mas ordinario prosaismo es su principal característica. Carece en absoluto de las condiciones que hacen del estilo un arte. Su crudeza llega, en ocasiones, a ser repugnante; su colorido, albayalde; su movi-

miento, muecas simiescas. Aquí i allá, mui a lo lejos, tal cual toque feliz, tal cual descripción acertada; pero todo lo demas, crudo i sin sal.

*
**

Resumo lo dicho i lo callado, i concluyo: *Juana Lucero* es un fracaso. Quiso el autor escribir un «estudio social», i le ha resultado una caricatura. Quiso hacer la psicología de un ser desgraciado, víctima del medio, i solo ha conseguido narrar las vulgares aventuras de una prostituta cualquiera. Quiso pintar la sociedad chilena, i ha solo descrito los paseos del 20 de Enero en la Plaza de Yungay, i las orjias de las casas de lenocinios, dedicando a estas casi la mitad de su libro. Quiso hacer obra de arte i de moral, i ha quedado por debajo de Lopez Bago. El intento era mui grande i las fuerzas mui cortas. No bastan reminiscencias de lecturas mas o ménos rápidas, para cojer la vida i estamparla en las páginas de un libro. No basta la descripción minuciosa de lo que se ve ni la copia exacta de lo que se oye, para producir la impresión de la realidad, ni basta deleitarse en la pintura de lo malo i de lo puerco, para ser el Zola de su país.

I yo me siento, en verdad, apenado por este fracaso del señor Thomson. Habría deseado aplaudirle, mucho i sinceramente. Su esfuerzo, escribir una novela, ya me le hacia, por sí solo, simpático. Algunos cuentecitos suyos me habían hecho concebir esperanzas. I he aquí que todo ese castillo de ilusiones se derrumba estrepitosamente. Lo siento en el alma. Pero no desespero. Aun confío en que el señor Thomson reconozca que, al escribir una novela, quiso hacer lo de Icaro, i vuelva modestamente a tareas ménos pesadas i arrogantes..... Pero no: el señor Thomson anuncia ya la segunda parte de *Juana Lucero*, i tiemblo..... Nunca segundas partes fueron buenas, dijo Cervantes. I si así es la primera ¿cómo será la segunda?

..... I la tristeza vuelve a invadir mi atribulado espíritu.....

PEDRO J. CARLOS.

BIBLIOGRAFIA

Biblioteca de autores chilenos, editada por Guillermo E. Miranda, Santiago, Ahumada 51.

El conocido Librero don Guillermo E. Miranda ha iniciado la publicacion de una serie de obras de autores nacionales. Hasta ahora ha publicado las siguientes:

- B. Vicuña Mackenna.—Los Girondinos Chilenos.
» El Jeneral O'Brien.
» Las Calles de Santiago.
» El Orijen de los Vicuñas
» Vida del Jeneral San Martin.

José Zapiola.—La Sociedad de la Igualdad.

P. Ruiz Aldea.—Los Araucanos i sus costumbres.

M. L. Amunátegui.—El Diario de la Covadonga.

Domingo Santa Maria.—Vida de José Miguel Infante.

Benjamin Vicuña M.—Vida del Jeneral D. Juan Mackenna.

José Zapiola.—Recuerdos de Treinta Años.

La mayor parte de esas obras, de un mérito indisputable, eran sumamente escasas i han alcanzado precios exorbitantes. Otras fueron publicadas en diarios i revistas i hoi, por primera vez, se reunen en volúmen.

Deseamos que el público preste una benévola acogida a la iniciativa del señor Miranda i le permita dar estenso desarrollo a su Biblioteca.

F. de Bèze.—Paseos Topográficos.—Santiago, 1902.

Libro precioso en manos de maestros hábiles. Merced a él podrán los alumnos de la enseñanza primaria i secundaria aprender—casi jugando i sin darse cuenta de éllo—nociones que en su vida posterior tendrán mil oportunidades de aplicar. Los maestros que aprovechen las indicaciones del señor de Bèze harán ménos monótona la vida del colejo, mas amable la enseñanza i desarrollarán en sus jóvenes alumnos el espíritu de observacion.

Julio Perez Canto.—El Obrero Propietario.—Guatemala, 1903

Se han recibido en Chile los primeros ejemplares de la interesantísima obra que el Consul de Chile en Guatemala, don Julio Perez Canto, ha dedicado al estudio del importante problema de las habitaciones obreras.

El señor Perez Canto es un especialista en esa materia. Sus obras anteriores sobre ese mismo problema (Las Habitaciones para Obreros, 1.^a i 2.^a parte, con 241 i 399 páginas respectivamente) fueron los primeros estudios serios que acerca de él se publicaron en Chile. En su nuevo trabajo el señor Perez Canto se dedica principalmente al estudio de las empresas que tienen por objeto hacer—en un plazo mas o ménos largo i merced a una módica renta i una amortizacion de capital igualmente módica,—al obrero propietario de la casa que ocupa. No necesitamos encarecer la importancia del trabajo que nos ocupa, ella se impone a todos los espíritus que comprenden que el problema social no tardará en presentarse en nuestro pais. La mas vulgar prevision nos obliga a anticiparnos a reivindicaciones tan temible como fundadas. Socializando impediremos que las malas pasiones esploten sentimientos que pueden estar hoy dormidos; pero que tendrán en un plazo nada largo un terrible despertar. Debemos apresurarnos a hacer voluntariamente hoy lo que mañana, seguramente, nos obligarán a hacer.